

La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 781

MADRID, 22 DICIEMBRE 1928

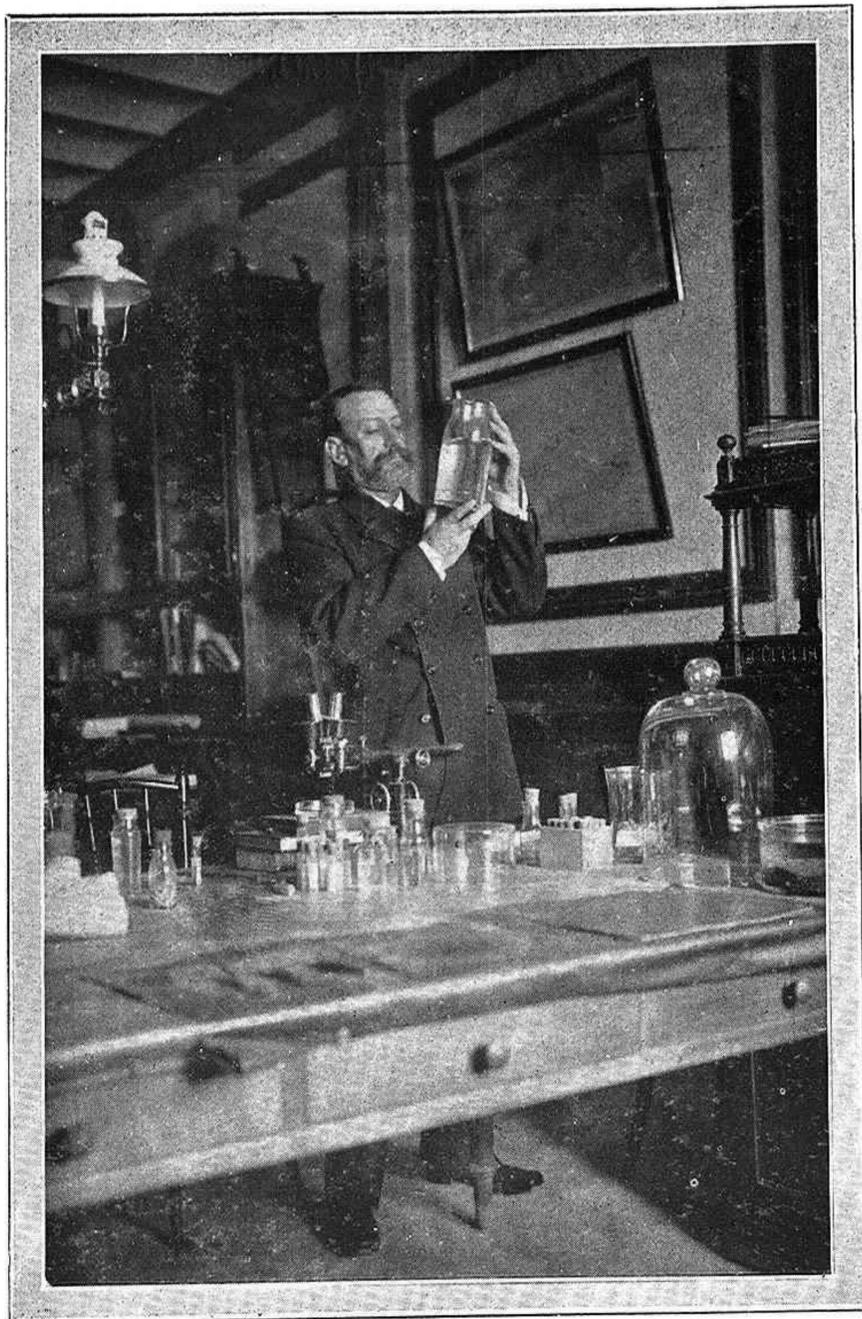
ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO

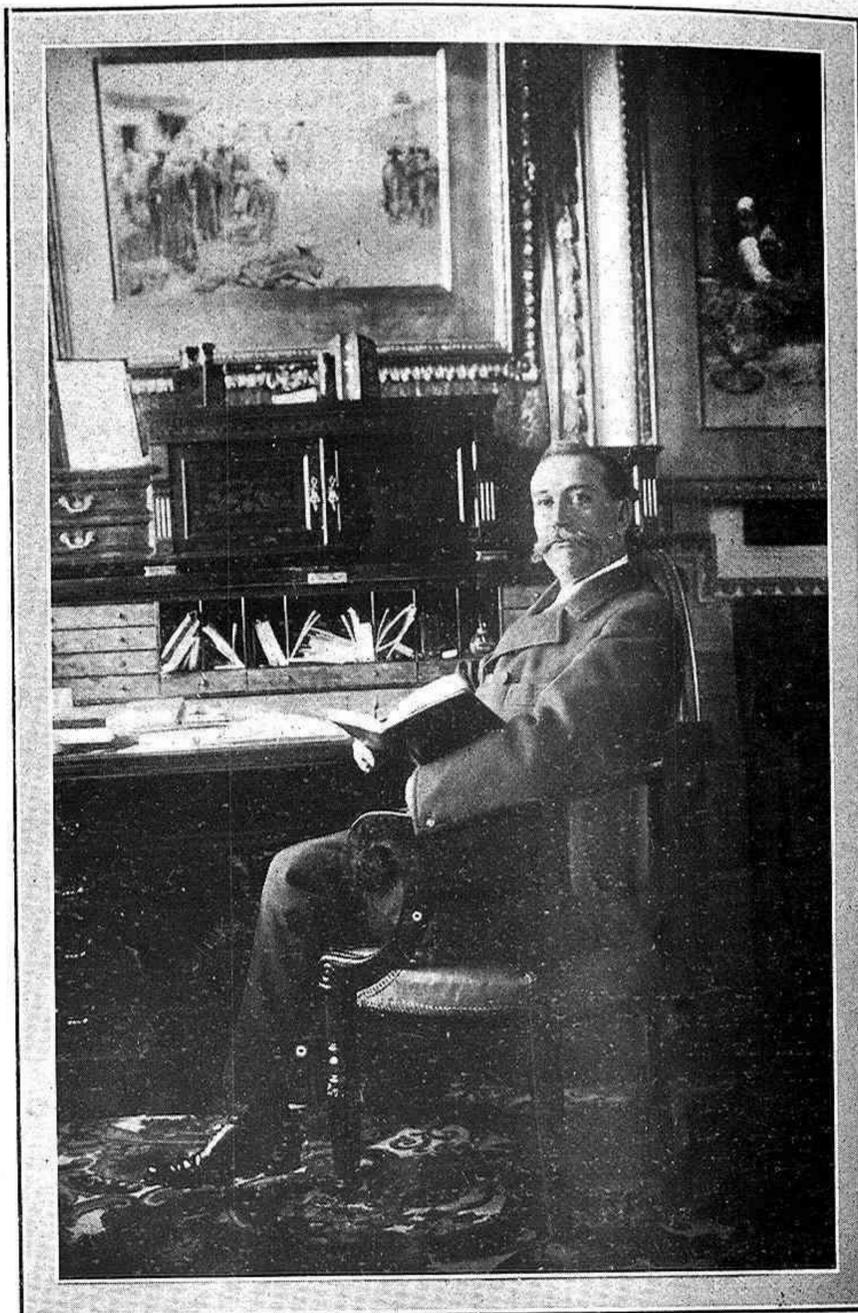


Las energías de un «Primero» inglés

Míster Lloyd George llegando á Newmarket, para asistir á unas carreras de caballos



El príncipe Alberto en su laboratorio



El príncipe Alberto en su despacho

DE LOS MEJORES TIEMPOS DE MONACO

Un principado que pierde su esplendor

El príncipe de Mónaco, Luis II, hijo y heredero del famoso oceanógrafo Alberto I, después de publicar un manifiesto muy enérgico contestando á otro de la Cámara, ha presentado la renuncia de su cargo.

La razón del disentiimiento entre la Cámara y el Soberano parece haber sido la discrepancia de opiniones acerca de los medios que debían ser aplicados para remediar la situación económica, muy desfavorable, por que atraviesa el Principado.

El Príncipe, á lo que refieren los telegramas, era partidario de un régimen de restricciones y economías que la Cámara consideraba contraproducente; porque ese régimen era, á su juicio, el obstáculo para que Montecarlo recobrase su antiguo esplendor.

El príncipe Luis II de Mónaco, que ha presentado la renuncia de su cargo



El Príncipe de Mónaco :: ha dimitido ::

La decadencia económica de Mónaco es, efectivamente, consecuencia de la decadencia de Montecarlo, que durante las últimas temporadas no ha realizado, ni mucho menos, los beneficios tradicionales. Para atraer de nuevo al público, juzgaba la Cámara imprescindibles gastos, que pudieran considerarse como reproductivos, y que el príncipe Luis estimaba improcedentes.

Tal vez uno de los motivos que hacían más necesarias esas atracciones era el anuncio de la constitución de una gran sociedad, con el propósito de establecer en la República de Andorra un nuevo Montecarlo con un máximo de atracciones.

Con la dimisión del Príncipe ha coincidido la del Consejo Nacional.

Los tiempos de esplendor de Mónaco parecen haber pasado definitivamente, y la situación actual hace recordar la figura del príncipe Alberto, tan digno de general estimación.

RELETA
MAGRE

IMPRESIONES DE ARTE

Cómo han visto El Escorial los artistas franceses



Vista del Monasterio de El Escorial desde la Presa

(Fot. Ruiz Vernacci)

NADA más interesante que conocer la impresión que una obra inmortal ó un hecho intensamente histórico produce en espíritus igualmente selectos, pero varios, puestos ante él. La diversa actitud mental y la diversa actitud sentimental, matizándolas, nos la muestran varios, como las almas mismas de sus contempladores entre sí y en sí mismas; pero cada una de esas visiones particulares no descubre á su vez facetas distintas, y, en definitiva, para conocer totalmente la obra ó el hecho, sería el mejor procedimiento formar con todas esas imágenes parciales una imagen de conjunto y procurar luego percibir, por nosotros mismos lo que aquellos á que pudiésemos denominar nuestros guías espirituales percibieron antes.

Un ilustre académico francés, Louis Bertrand, que ha comenzado á publicar un estudio, que promete ser muy interesante, acerca de *Felipe II en El Escorial*, ha seguido en cierto modo ese procedimiento, y ha encontrado en dos grandes escritores, franceses como él, y por eso, sin duda, los ha elegido entre otros muchos, buscando la semejanza espiritual. dos reacciones ante la octava maravilla del mundo muy diversas; pero, según sus propias palabras, ambas igualmente significativas y representativas.

Las impresiones son la de Teófilo Gautier y la de Maurice, y Bertrand



FELIPE II

Retrato pintado por «Pantoja de la Cruz», que se conserva en el Museo del Prado

dice de ellas, en primer término: «Merecen que nos detengamos un instante para nuestra edificación personal.»

Luego las analiza así: «Gautier era, indudablemente, el hombre más incapaz de comprender El Escorial y de gozar ante él. Pagano, adorador de la forma y del arte por el arte, forzosamente había de sentirse desorientado ante un edificio que es la expresión más íntegra del más feroz y del más intransigente catolicismo. Era, además, un romántico forjado por la Edad Media y el Renacimiento, y el estilo de El Escorial es la negación de ambas cosas. Fué construido, evidentemente, reaccionando contra todos los excesos, por no decir contra todas las orgías ornamentales del estilo mudéjar y del plateresco, que el bueno de Gautier adoraba en el fondo, llegando hasta sentir indulgencia, si no ternura, por el churrigueresco, más exagerado, y por todas las monstruosidades del barroco ó gótico. Se comprende su espanto y su asombro ante las desnudeces implacables de El Escorial. Para él, aquel triste edificio es «el monumento más tedioso y más pesado que pudieran soñar para mortificación de sus semejantes un fraile triston y un tirano desconfiado». Gautier, sin embargo, era demasiado artista para no haber sentido la belleza de aquel extraño perfil arquitectónico, visto de lejos, formando cuerpo, por decirlo así,

con la montaña de donde surgió. Así, expresó su primera y justa impresión en términos excelentes: «El efecto, de lejos, es bellissimo: parece un inmenso palacio oriental. La cúpula de piedra y las bolas que rematan todas las puntas contribuyen mucho á forjar esa ilusión.» Tampoco dejó de percibir el sentido faraónico del edificio. Pensó en Egipto y en las pirámides, no sólo porque el Monasterio de Felipe II es un lugar de sepulcros regios, sino por la indestructible enormidad de aquellas masas de granito que le recordaron los colosos de la arquitectura egipcia. Con su exactitud y su habitual agudeza visual, notó inmediatamente la solidez del aparejo y la calidad de la piedra: «un granito gris de ratón, de grano grueso, micáceo, como sal de cocina». Es imposible ver mejor — dice justamente Bertrand —; así es, pero así es el exterior. La belleza íntima se escapó á Gautier.

«Barrés, por el contrario — sigue diciendo el académico —, desdeñoso de lo anecdótico, inclinado á no retener sino la flor y la esencia de las cosas y de los seres, estaba mejor preparado para enfrentarse con El Escorial.

«Este voluptuoso, que juzgaba elegante hablar de ascetismo; este intelectual, menos angustiado por la idea que por el hecho brutal de la muerte, podía encontrar por alguna faceta al fundador de aquel convento, simpatizar con aquella imaginación regia, incesantemente alucinada por pompas fúnebres y obsesionada por los ritos sepulcrales. Ante el edificio sintió que allí había algo muy grande — un edificio imperial —, y, en definitiva, uno de esos lugares que amaba, porque son, ante todo, «significativos para el alma». Su alto genio iba instintivamente hacia aquella grandeza.

«Pero no se tomó tampoco el trabajo de precisar su sentido. El también, como Gautier, era (en la época en que escribió *De la Sangre, de la Voluptuosidad y de la Muerte*) demasiado escéptico y demasiado goetiano para profundizar justamente en aquel ascetismo y en aquel dogmatismo católicos é interesarse en ellos. Todo su esfuerzo de simpatía hacia Felipe II y hacia El Escorial se reduce á escribir: «Este rey, que instaló su poder en un subterráneo, nos hace ver que la grandeza



FELIPE II, JOVEN

Cuadro de «Pantoja de la Cruz» que existe en el Museo de Viena

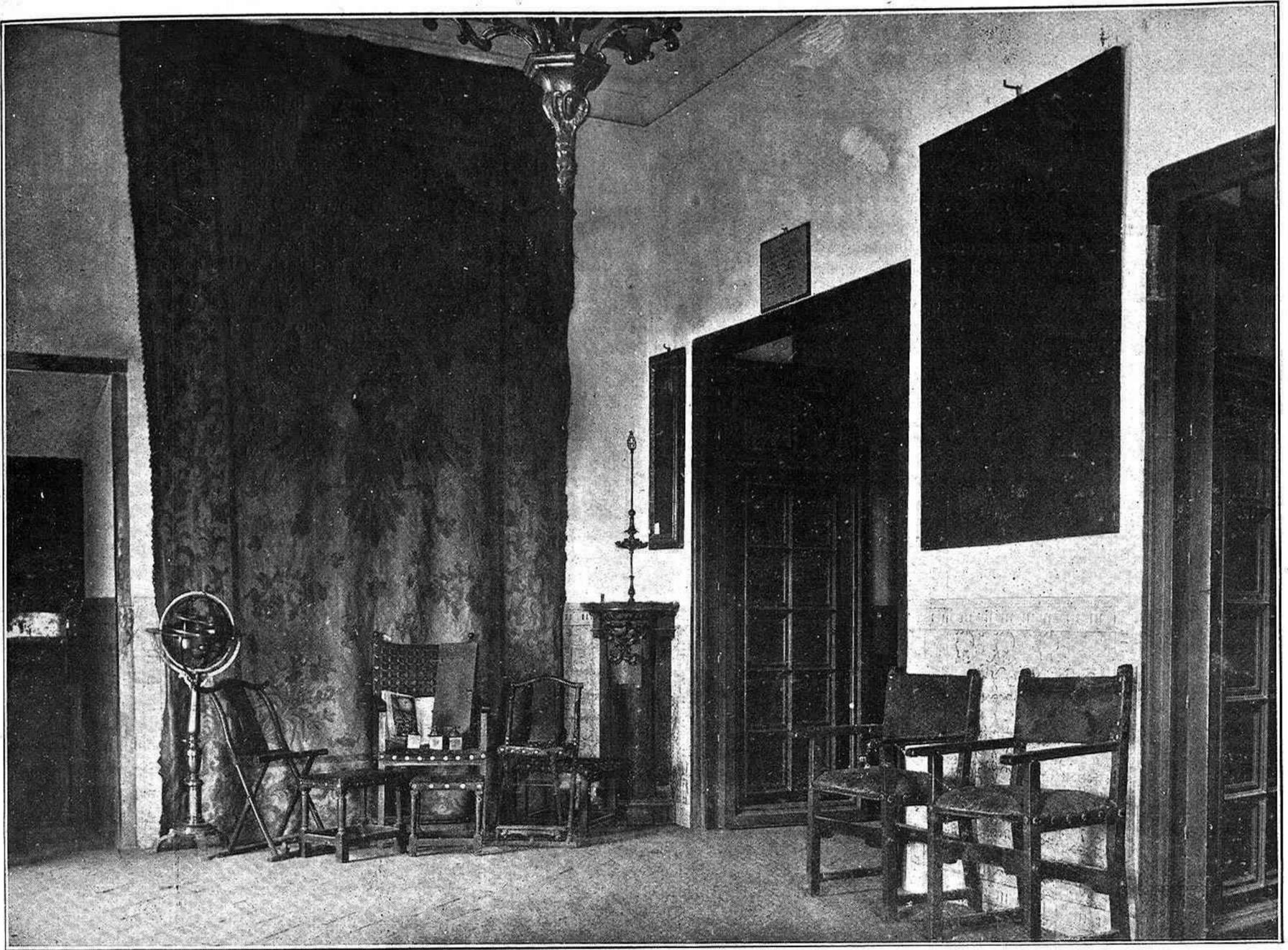
del hombre es grande, en cuanto el hombre se reconoce mísero...» Veía El Escorial como un comentario en granito de la frase de Pascal, y es necesario reconocer que es algo de eso; pero es algo más...

«El paisaje de El Escorial — añade Barrés — atormentado por pasiones sombrías, y que soporta el monasterio real como una losa aplastante de granito azulado, parece exactamente la «composición de lugar» que presentaría á su imaginación, para fijarla, un Pascal meditando...»

«Pero — dice Bertrand — nada menos atormentado que aquel paisaje de El Escorial que se nos impone sobre todo por su carácter de inmensidad de soledad apacible y serena. Si se quiere ver en él el reflejo de no sé qué «sombrias pasiones» que hubiesen atormentado á Felipe II, es muy difícil concordar esa visión fantástica con la realidad. Nada menos pascaliano que la fe de Felipe II si se entiende por tal una fe inquieta é incesantemente trabajada por las dudas. Aquel monarca no conoció jamás la duda ni la inquietud. Su conciencia fué tan tranquila como la inmensa llanura con ondulaciones pétreas sobre que alzó su monasterio, su fe era tan firme é inquebrantable como aquel rectángulo de granito.»

Junto á esas impresiones instructivas del mismo Bertrand, que buscó su edificación en ellas.

«Cuando se llega á Madrid por el rápido de la mañana, después de haber pasado Avila y atravesado los pinares y todo el árido paisaje rocoso del Guadarrama, nos sorprende súbitamente una visión virginal y fresca: El Escorial... No le imaginábamos como aparece...; domos, torres, flechas, un vasto recinto completamente blanco en la amarillenta luz del alba, con una blancura que parece más cándida aún por el contraste con la sierra que le oprime con sus negruras. Se diría que era una procesión caminando por la montaña, una procesión completamente cubierta por albas vestiduras, con cruces y banderas guiando el cortejo. Al sólo nombre de Escorial habíamos soñado no sé qué sombrío palacio...; y he aquí que nos encontramos ante un convento ó, más bien, ante una colosal basílica, un San Pedro de Roma más austero y sobre un fondo salvaje.»



Celda de Felipe II en el Monasterio de El Escorial

Por lo súbito de la aparición, El Escorial recuerda al escritor francés Versailles, que también aparece súbitamente cuando se va de Chartres á París... «Por eso—dice—, cuando algunos días después se va de Madrid á visitar aquel enorme y extraño edificio, se piensa aún en Versailles, en aquel Versailles que, en el fondo del pensamiento de Luis XIV, envidioso de las glorias españolas, fué probablemente proyectado para anonadar á El Escorial. No hay de común entre uno y otro sino la intención evidente en los dos fundadores de hacer algo grande y aun gigantesco; pero, puesto súbitamente ante el terrible Escorial, es desorientado por aquella asociación involuntaria que se formó espontáneamente en su espíritu. Busca un palacio:

On voit un grand palais, comme au fond de une gloire...

y encuentra uno de los claustros más severos que existen en el mundo. Busca jardines de placer, praderas, estatuas paganas, estanques escalonados con grandes superficies espejeantes, y detrás un suave y encantador paisaje, como el de la *Ile de France*. No ve en torno más que una inmensa llanura desértica con vegetación rala y ondulaciones indistintas que van á perderse en las llanuras infinitas de la Mancha y, limitando ese desierto por el otro lado del horizonte, un muro de granito que corta duramente el cielo. Entonces, disgustado, aparta su vista de todas aquellas rocas; no se toma el trabajo de mirar, de sentir ni de comprender aquel extraordinario paisaje. Olvida que El Escorial es, ante todo, una soledad ascética, y le pide que sea un lugar de recreo, hecho para la voluptuosidad de todos los sentidos... La incompreensión y la mala inteligencia comienzan

»Y, por añadidura, aquellos muros que de lejos, iluminados por la luz del alba, parecían de blancura oriental, se revelan ahora de un gris fúnebre. Finalmente, la sequedad de la arquitectura, que parece exagerar la aridez de la montaña y de la llanura circundante, acaba de des-

orientar al curioso. Aquella geometría implacable, aquella falta total de adornos aparecen como un propósito de ser desagradable, de herir todas las convenciones admitidas y aun las más legítimas exigencias de la sensibilidad. Suben á los labios las palabras «cuartel» y «prisión». El Escorial es una espantosa y aplastante obsesión; la obra de un maniático de la alineación y de la mortificación de la vista. Y, sin embargo, se siente bien que hay allí algo extraordinario, algo que sobrepaja á la idea que nos forjamos de un convento. Hay una grandeza innegable y aun un poco anonadadora, un formidable símbolo lleno de un sentido secreto que irrita no descubrir desde el primer momento.

«El rígido y pesado edificio es un símbolo, un geroglífico complicado de que alguien se sirvió para expresar un pensamiento altivo, desdeñoso de las aprobaciones humanas, y que parece ocultarse celosamente. Y como se quiere eludir el trabajo de descifrar el enigma de piedra, como no se puede ó no se tiene tiempo para hacerlo, se sale del paso con ingeniosidades fáciles.»

Para Bertrand, que ha estudiado muy á fondo la figura de Felipe II, y encuentra en ella inexplicadas contradicciones que le impiden fallar acerca de ella, aceptando los juicios, tan diversos por lo demás, emitidos por otros historiadores, El Escorial y su fundador son dos enigmas parejos, y el uno puede ser explicable por el otro.



«Retrato de Felipe II», por Tiziano

PARÍS

SALÓN DE OTOÑO

EL «Grand Palais», cuyo inmenso *hall* alberga en este momento, y con todos los honores, la exposición industrial del automóvil, tiene aún lugar para ofrecer una hospitalidad secundaria y casi decorosa á la exposición artística del Salón de Otoño, campo avanzado de las tendencias y las innovaciones en otro tiempo, mas ahora distanciado por ese otro salón de los «Verdaderos Independientes» que en la Puerta de Versalles reúne á los «primitivos», á los «visionarios» y á los «imagineros»; últimos títulos puestos en circulación con los valores, supuestos ó reales, de otros tantos grupos ultramodernos, desdeñosos ya del ultraísmo, del dadaísmo y del superrealismo, monsergas idénticas á las de hoy, pero viejas con la edad de ayer...

En su injusticia eterna é inevitable, la juventud, enferma de insaciable rebelde, no quiere recordar... La memoria se le antoja traba, y al rechazar toda imposición del pasado, suprime también la gratitud... Si así no fuera, los «verdaderos independientes» sabrían, al menos, que al Salón de Otoño se debieron las primeras afirmaciones de artistas nuevos, ignorados ó discutidos, como lo fueron Toulouse-Lautrec, Carrière, O. Redon, Berta Morizot, Monticelli y tantos otros... Al Salón de Otoño se debieron, igualmente, las primeras exposiciones de artistas extranjeros, como ahora mismo se debe la exposición de grabadores checoslovacos, que es, tal vez, la manifestación artística más interesante del momento... Y al Salón de Otoño se debe, por último, la iniciativa de reunir en una misma solemnidad, y dentro de un círculo muy amplio, la pintura, la escultura, la arquitectura, la fotografía, el arte decorativo, la poesía, la música, las artes gráficas, la danza, la moda, el cinematógrafo, el teatro, la gastronomía...

Tengamos, pues, los *mayores de treinta años*, tan desdeñados por los menores de veintinueve, la buena cualidad de la memoria, que al llevar la cuenta del espíritu lleva, también, la del corazón... Y hablemos con afecto sincero, si no con grandes admiraciones, de este Salón de Otoño que preside á la agonía de un año... Luego hablaremos, sin rencor, de ese Salón de Independientes que pretende ser aurora de una época, y en el que —¡vanidad del minuto y de la obra!— los «visionarios» trazan el nuevo límite de la prehistoria, que para ellos comienza en la víspera de su actual exposición...

•••••

Fiel á su tradición, hecha en veinticinco años de existencia, el Salón de Otoño, que siempre fué, ó trató de ser, para el arte recuerdo, actualidad y anticipación, abriendo en sus galerías las tres puertas del pasado, del presente y del futuro, nos ofrece, en este año, varias exposiciones retrospectivas: la de Contel, la de Faure, la de Lassudrie, la de la admirable Céline Lepage, y las de Pavie, Plumet, Prunier y Fernand Simeón... Una exposición de artistas polacos y la ya citada de grabadores checoslovacos constituyen dos grandes núcleos extranjeros... Por lo demás, y fuera de esos grupos organizados respectivamente por el Círculo de Artistas Polacos, de París, y por la Sociedad «Hollar», de Praga, el elemento extranjero representa las dos terceras partes, al menos, del Salón...

Es de notar, ante todo, el dominio absoluto del arte ruso, con las obras de Vera Rockline y de Grigory Gluckmann en primerísimo lugar...

Vera Rockline nos sorprendió hace algunos meses llevando al Salón de las Tullerías, en la primavera última, los más bellos desnudos de mujer que se han pintado desde que el divino Zorn dejó de pintar... En este Salón actual, la joven y extraordinaria artista presenta, en un gran lienzo, la múltiple maravilla de otros desnudos: tres muchachas que se bañan en la rompiente de la ola y en una magia de luz y de color, de tal modo que no hay en el cuadro una sola pincelada que no sea una vibración, una transparencia, un reflejo, un impulso, una palpación... La naturaleza y la vida mismas, en suma...

Grigory Gluckmann, más clásico y menos luminoso, pero admirable igualmente, ha elegido también el desnudo femenino como *leit motiv* de su pagano misticismo pictórico... Sus dos obras,

forman la legión enviada por las islas del Sol Naciente á la conquista de París, que es la de Europa...

Entre los polacos, cuyo grupo ocupa una sala entera, destacan en primer término, y á gran distancia de todos sus compañeros, Tamara de Lempicka, cuyo retrato de Arlette Boucard es una de las obras más bellas y emotivas del Salón, y Wojciech Weiss, con otro retrato titulado *Mi modelo*, obra maestra de técnica...

Alexis Vietinghoff, suizo, expone un magnífico desnudo de mujer, en el que se nota la influencia de la triunfante escuela rusa... La finlandesa Aino Alli nos ofrece su *Retrato de una dama* y su *Retrato de una aldeana*, que podrían figurar con honor en cualquier museo de Arte Moderno... El irlandés O'Conor presenta un desnudo de adorable ingenuidad... Gerda Wegener, la ya célebre pintora y dibujante dinamarquesa, cuyo *Album Mitológico*, recién publicado, está siendo el máximo acontecimiento editorial del otoño, expone dos lienzos: *La corona de la desposada* y *El aperitivo*, obras de espíritu tan opuesto como lo son el candor y la malicia, y realizadas con acierto y agilidad sin igual...

Entre los españoles, que son ínfima minoría, Joaquín Sunyer nos ofrece dos cuadros, un desnudo y un retrato muy estimables, y dos dibujos, que superan en mucho á las pinturas; y Servando del Pilar, con su *Quiétude* y su *Descanso*, y Mariano Andréu, con su *Disfraz*, y Eduardo Soria, con su *Gitana ante el espejo*, representan, muy dignamente, ese arte nuestro que se desvía tan lamentablemente de las exposiciones internacionales para buscar tan sólo, á través del mundo, los caminos de exclusivismo y de provecho...

En el *mare magnum* de la obra francesa, que abarca desde el estilo más *pompier* hasta el sintetismo más absurdo, merecen toda atención: Berthold Mahn, paisajista; Legrand, que expone un estudio de mujer pintado con vigoroso acierto, y un *Baño en el río*, cuyos desnudos, en la media luz de la enramada, tienen veracidad y encanto muy grandes; Magdalena Luka, nostálgica de primitivismo en su curiosa *Española* y en su *Campesina*, llena de gracia; Elena Dufau, que ha puesto todo su amor y toda su maestría en el retrato de *Made-moiselle M...* desnuda; y Dreyfus-Stern, y Raymond Pallier, y Lucien Maillol, devotos, igualmente, del modelo femenino en este Salón que podría titularse «Exposición de las naturistas...»

Los firmas célebres y cotizadas muy alto por los marchantes: Othon Friez y Van Dongen. La *Fille* del primero y la *Miss J. de L.* del segundo, merecerían, por igual, no haber existido nunca. Hay, sin duda alguna, un punto en que el artista consagrado pierde la cabeza ó se burla tranquilamente de su público...

Pocas esculturas, y entre ellas dos obras considerables: el *Torso de muchacha*, modelado por la polaca Mika-Mikoun, y las rudas tallas, labradas en troncos apenas desbrozados, por el ruso Dimitry Tsapline...

Moraleja de este Salón de Otoño, la siguiente: para conocer el verdadero arte nuevo, hay que estudiar á los artistas rusos formados en estos últimos años, y tras de los cuales marchan los escandinavos, los bálticos, los germanos y los austriacos... Y es menester olvidar, por el momento, la cantilena del genio latino...

ANTONIO G. DE LINARES



«La corona de la desposada», cuadro expuesto por la célebre pintora y dibujante dinamarquesa Gerda Wegener

un retrato—adquirido por el Estado francés— y una composición, han sido pintadas en la penumbra de la alcoba, y tienen la belleza serena, a audacia y el inquietante misterio de la mujer expectante sobre el ara del lecho, cuando, libre de todo velo material, se envuelve aún en el cenital impenetrable de su secreto...

A los rusos siguen, en voluntad de esfuerzo creador, aunque no siempre en fortuna para la realización, los japoneses... Hattori, con su bello desnudo de mujer; Katsumata, con su *Mujer en la cocina*, sorprendente de realismo; Nakamura, con sus *Flores de Mayo*; Hasegawa, Inagaki é Ishii, con sus notables paisajes; Aoyama, con su *Canto*; Ataka, con sus estudios de calles aldeanas; Athono, con sus flores; Hazama, con sus apuntes de Niza; Miramoto, con su extraño *Músico*; Kaminagai, con su *Rongen Danse*; Kimata, con su *Brujas*; Kinoshita, con su *Mujer sentada*; Koda, con sus naturalezas muertas; Kojyo, con su *Paisaje de la India* y su *Nuestra Señora de París bajo la lluvia*; Kondo, con su *Calle*; Koyama, con sus retratos de muchachas, y Kuniyoshi, con su extravagante *Tauromaquia*,

LA LEYENDA DE LOS DOS PAPAS MADRILEÑOS

LA Iglesia honra en el mes de Diciembre á los bienaventurados San Melquiades y San Dámaso, que, según añeja tradición, nacieron en Madrid.

El primero, que figura con el número 33 entre los obispos de Roma, fué hijo de un matrimonio africano que á mediados del siglo III se trasladó á la Península Ibérica huyendo de su país natal, donde las autoridades gentílicas hacían imposible la existencia á los fieles cristianos.

Al decir de Jerónimo de Quintana—que se apoya en los escritos del arcipreste Juliano, de Flavio Lucio Dextro, del abad Maurolico y de otros antiguos autores—, en el año 248 y, sin duda, á raíz de establecerse en la vieja Carpetania dicho matrimonio, nació San Melquiades, el cual, desde su juventud, se dió con tanto ahínco al estudio de las letras sagradas, que antes de llegar á la edad madura había compuesto varias obras notables en defensa de la fe.

Siendo aún mozo el futuro Papa, pasó á Roma, donde combatió las doctrinas de los maniqueos, y allí sufrió tantos trabajos durante la llamada Era de los mártires, que, á pesar de no haber perdido en ella la vida, como la perdieron infinitos de sus hermanos en Cristo, fué incluido por la Iglesia en los martirologios.

Aún se hallaba oprimida la cristiandad por los politeístas idólatras cuando Melquiades sucedió en la silla pontifical al Papa Eusebio. Debió sufrir, por tanto, grandes amarguras; mas tuvo la suerte de que en sus días concediese Constantino á cuantos fieles dependían del Imperio la libertad de rendir público culto al Crucificado.

Refiere Jerónimo de Quintana en su obra de la *Antigüedad y nobleza*, de Madrid, que el Papa Melquiades ó Milciades, pues tal fué su verdadero nombre, al decir del sabio hagiógrafo padre Grisar, gozó de extraordinario predicamento con el hijo de Santa Elena, del cual consiguió el palacio lateranense, convertido más tarde en la famosa basílica de San Juan de Letrán.

Este venerable pontífice, de cuya bondad cuentan maravillas sus contemporáneos, falleció el 10 de Enero del año 314, celebrándose primitivamente su fiesta en ese día, y no el 10 de Diciembre, conforme se hace en la actualidad. González Dávila refiere que los restos de San Melquiades recibieron honrosa sepultura en el viejo cementerio de San Calixto, inmediato á la famosa Vía Appia.

San Dámaso, que ocupó el más alto puesto de la Iglesia hacia el año 366, nació en tierra española y fué varón de virtuosas costumbres é indiscutible saber.

Desterrado de la ciudad eterna el Papa Liborio por no avenirse á condenar á San Atanasio, como los arrianos, sostenidos por algunos poderosos personajes, pretendían, siguióle Dámaso hasta la antigua Tracia, donde, de igual modo que en Roma, fué objeto de amenazas terribles para que se apartase de él. La resistencia valerosa del clérigo español granjeóle la protección y el afecto de aquel bondadoso pontífice, que al cabo tornó

á Italia, llamado por Constancio, á ruego de infinitos católicos.

Elevado nuestro compatriota á la cátedra de San Pedro en la fecha indicada anteriormente, alzóse contra su autoridad cierto diácono llamado Ursacino, cuyos secuaces promovieron en las calles romanas un tumulto espantoso, durante el cual perecieron ciento treinta y siete personas y fueron heridas muchas más. A continuación de este suceso, triunfador Dámaso de su enemigo el antipapa, aplicóse á combatir enérgicamente todas las doctrinas heterodoxas que por aquel entonces perturbaban la paz del mundo católico, viéndose á la postre en el duro trance de tener que excomulgar al hereje Apolinario de Laodicea y probablemente á Faustino y á Marcelo, aquellos extraviados discípulos de Lucifer de Cagliari, que se atrevieron á presentar á Valentiniano II y al gran Teodosio un libelo calumniando al bendito pontífice.

Este, que escribió bastantes obras, construyó varias iglesias y ordenó á San Jerónimo la traducción del *Antiguo y Nuevo Testamento*, conocida bajo el nombre de *Vulgata*, murió el 11 de Diciembre del año 384, siendo inhumado en uno de los templos erigidos por él.

Don Vicente la Fuente, en su *Historia eclesiástica* de nuestro país, clama contra los escritores de mediana nota que han asegurado que San Dámaso era madrileño y señalan la parroquia del Salvador como aquella donde fué bautizado. «No haremos poco—añade—en lograr sostener que nació en España, pues alegar los desacreditados fundamentos de quienes lo regalaron á Madrid sólo serviría para comprometer la cuestión principal de haber sido español y hacer reir á nuestra costa á los críticos extranjeros.»

Es de advertir que entre esos escritores de mediana nota á quienes alude D. Vicente figuran

Flavio Dextro, Marineo Sículo, Carrillo, el maestro Juan López, Bleda, Matamoros, Pereda, Gabriel Lobo, Lasso de la Vega y los ya mencionados historiadores del viejo Madrid, Jerónimo de Quintana y Gil González d'Avila.

Realmente, la existencia de nuestra villa durante los siglos pretéritos en que florecieron los Papas San Milciades y San Dámaso no está de ningún modo comprobada.

Algunos estudiosos conocedores de las obras del geógrafo é historiador islamita Yacut aseguran que el amir omeya Muhammad (852-866) fué el fundador de Magerith; la primera vez que aparece este nombre en las crónicas cristianas medievales es con ocasión de una expedición militar del segundo Ramiro de León, allá por el año 931 de nuestra Era. Debemos la noticia de tan notable algara al obispo de Astorga, Sampiro, que escribía á fines del siglo X ó en los albores de la centuria siguiente.

Cierto es que hasta ya entrado en días el reinado de Isabel se ha atribuido una antigüedad extraordinaria á Madrid, é indudable parece que no lejos de sus muros debieron existir varias poblaciones hispanorromanas, además del famoso Miacum, que vanamente intentó identificar D. Miguel Cortés con la Villa del Oso y el Madroño.

Pero que ésta cuente veinte ó más siglos de vida no puede sustentarlo nadie seriamente desde que para construir el flamante Metropolitano se ha removido el suelo madrileño en todas direcciones, sin hallar ningún vestigio que demuestre su abolengo romano ó de mayor ancianidad.

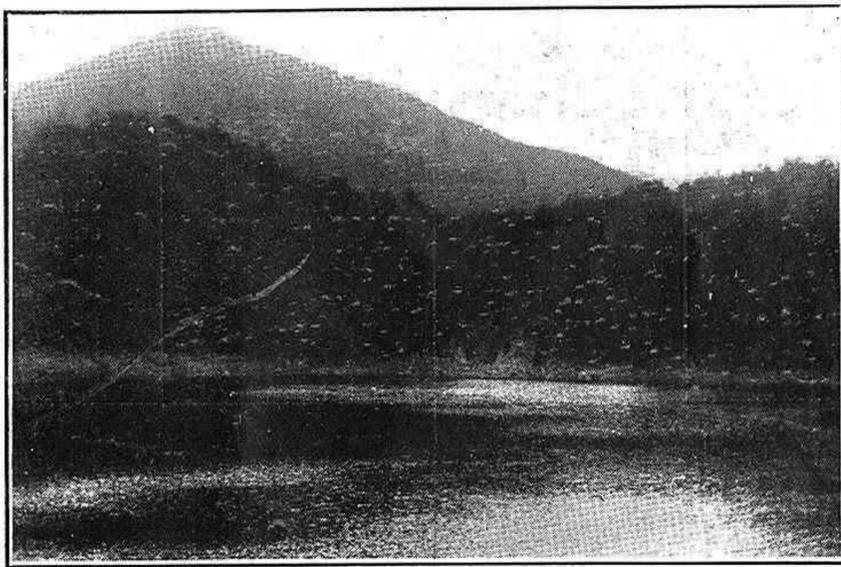
Para concluir: Hace bastante tiempo que varios críticos *patentados* han tenido á bien decidir que San Milciades nació en Africa, y que San Dámaso, como natural de la ciudad de Guimaraes, fué portugués.

Nada tengo que manifestar respecto al primer punto (dicho sea sin ánimo de hacer chistes de ninguna clase); mas, por lo que toca al nacimiento del inmediato sucesor del Papa Liborio, me parece oportuno recordar á mis lectores que las comarcas que hoy integran la parte peninsular del país portugués eran españolas hace mil seiscientos años, y que Guimaraes, según noticias, fué fundado en tierra gallega y por gallegos mucho tiempo después de haber nacido el glorioso San Dámaso.

San Dámaso, por consiguiente, fué español, y aun no me parece imposible que durante su juventud habitara en las cercanías de los Carabancheles, habida cuenta de que nuestros mayores le dedicaron una ermita ó pequeña iglesiuca en el mismo sitio donde hoy se alza el cementerio de Santa María.

En dicho santuario, algo más viejo de lo que suponen D. Pascual Madoz y D. Ramón Mesonero, celebrábase una fiesta en pretéritos siglos el día 11 del presente mes.

José FERNANDEZ
AMADOR DE LOS RIOS



MELANCOLÍA

Mansamente, se ha dormido
bajo las frondas el viento...
Mi corazón, dulcemente,
también descansa en mi pecho.

Duerme, corazón; la hora
se presta, lánguida, á ello;
corazón: duerme y olvida,
que yo velaré tu sueño.

La tarde comienza, triste,
á llenarse de luceros,
y el agua del hondo estanque
parece un tranquilo espejo
donde se miran, temblando,
las estrellitas del cielo.

¡Serena melancolía
la de este grave silencio,

en que el corazón quisiera
volar, soñando, muy lejos!...

¡Pobre corazón, cansado
de tanto sufrir! Tan quieto
dentro de mí te quedaste,
que ya no sé si te tengo.

La tarde comienza, triste,
á llenarse de luceros...

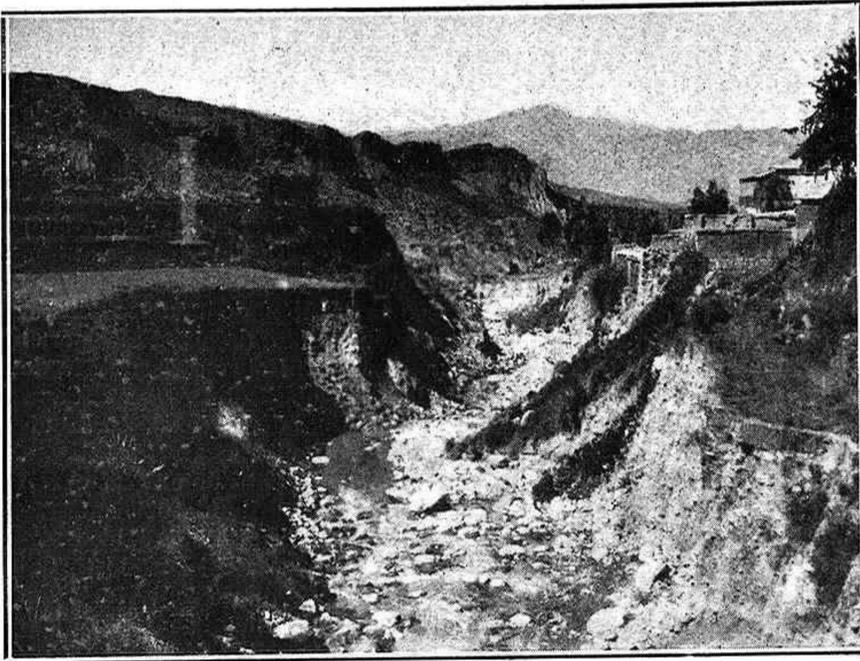
Mi corazón se ha dormido
igual que un niño en mi pecho...
¡Ojalá no despertara
ya nunca más de su sueño!

Fernando LÓPEZ MARTÍN

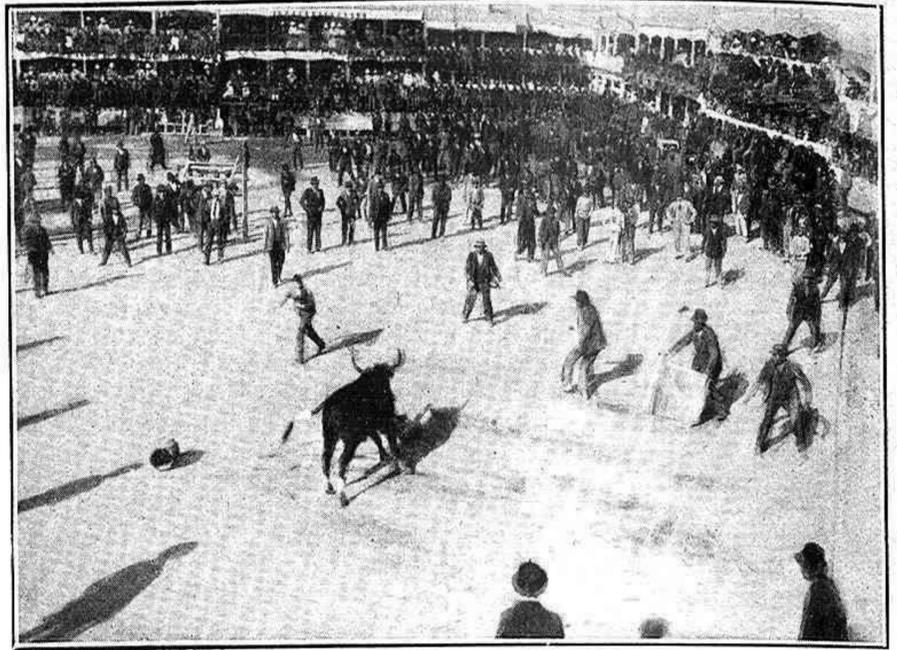
(Fot. Gárate)

DEL CONFLICTO ENTRE BOLIVIA Y PARAGUAY

Las tierras del Chaco y las «montoneras» de los indios



El fondo de Illeuvan cerca de La Paz (Bolivia)

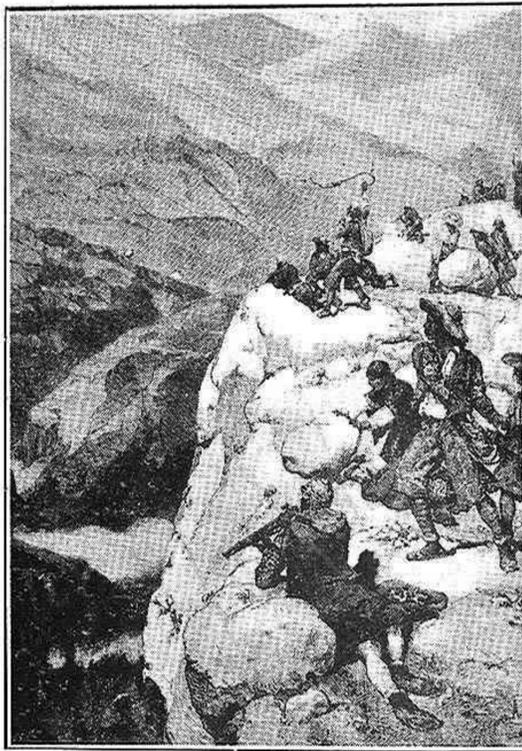


Plaza de Toros de Oruro (Bolivia)

POSIBLEMENTE, casi seguramente, se impedirá la guerra entre Bolivia y Paraguay, á pesar de la fe, de la vanidad infundada ó del orgullo justificado que nuestros descendientes ó hermanos—hartos confusos andá ya el parentesco—ponen en las guerras con sus vecinos, que son, al cabo, guerras civiles. De este fervor, de este estímulo de superar á los vecinos, da idea el hecho, consignado en un telegrama de Nueva York, publicado en *Le Matin*, de París, de haberse presentado en los cuarteles de La Paz, apenas divulgadas las primeras noticias del conflicto, seis mil jóvenes pidiendo ser enrolados en el ejército que marchará contra el Paraguay, detentador de una codiciada parte del Chaco, mucho menor que la que retiene Bolivia, y menos de la quinta parte de la que posee Argentina. Sólo el Chaco argentino es casi tan grande como España, y podría llegar á sustentar, con las riquezas que contiene, quince millones de habitantes.

¿QUÉ HA PASADO EN EL CHACO DESDE 1923?

En las informaciones llegadas á Europa estos primeros días del conflicto entre Bolivia y Paraguay, no se ha citado para nada á la «Bolivia Concessions Limited»... ¿Subsiste esta Compañía? ¿Sigue amparándola la Sociedad de Naciones? ¿Son sus intereses los que han estado debatiendo en Buenos Aires, desde Mayo último, delegados

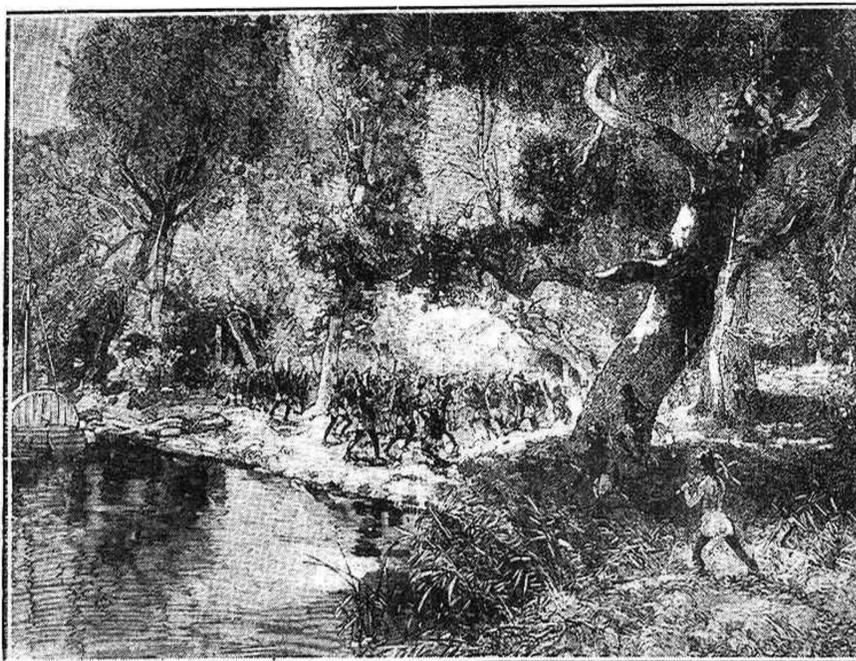


Una escena de la guerra del Pacífico. Expedición chilena en la Cordillera

bolivianos y paraguayos? No lo sé, en verdad. Sé solamente que en Junio de 1923, el Gobierno de Bolivia concedió á esa Compañía 647.000 kilómetros cuadrados de tierras vírgenes—más de la tercera parte del territorio nacional—, que se extienden desde la cordillera de los Andes al río Paraguay. En este territorio hay cuatro mil kilómetros cuadrados, por lo menos, de posibilidades petrolíferas y otros tantos de realidades mineras. El resto del territorio habría de explotarse con cultivos y aprovechamientos forestales. Una gran zona parece apropiada para la producción de caucho.

La Compañía inglesa que había de recibir este enorme territorio contraía el deber de construir un puerto en el río Paraguay y un ferrocarril desde dicho puerto hasta el lugar denominado Santo Corazón, distante cien kilómetros. Instalaría aserraderos, fábricas, aprovechamientos de aguas en los ríos San Juan y Pilcomayo, y las vías de comunicación necesarias para estas explotaciones. Durante veinticinco años, esta Compañía habría de ser dueña absoluta de estos territorios, pudiendo en ellos imponer y recaudar tributos, incluso el derecho aduanero en el futuro puerto del río Paraguay.

Transcurridos los veinticinco años de la concesión, el puerto y el ferrocarril y el derecho fiscal pasarían á poder, dominio y goce del Estado boliviano.



Lugar donde fueron asesinados los miembros de la misión Crevaux



Florista india de «Cochabamba» (Bolivia)

Para realizar esta titánica empresa de colonización se había contado con la Sociedad de Naciones. En los comienzos de vida de este organismo, preocupó mucho á los sesudos consejeros la existencia en Europa, no ya de excedentes normales de población en diversas naciones, sino de muchedumbres desplazadas por la guerra de sus países originarios; muchedumbres sin preparación técnica, en su mayoría, y sin hábitos de trabajo; gente aventurera y osada y de corazón endurecido en las crueldades impunes de las expediciones militares; tales, los rusos y menoristas y balcánicos que habían formado los ejércitos de Wrangel, con que Francia é Inglaterra intentaron derrumbar la fortaleza comunista de Rusia. Se quiso, se intentó, se logró, en parte, encaminar estas muchedumbres hacia Suramérica.

La «Bolivia Concessions Limited» no apetecía estos colonos aventureros; llevó ingleses—en Marzo de 1925, por lo menos, salió de Inglaterra un grupo de 300 colonos—, que pagaron su pasaje y depositaron en la Caja de la Compañía ciento cincuenta libras esterlinas por cada familia de cinco personas, recibiendo, en cambio, sesenta hectáreas de terreno laborable, herramientas modernas, semillas y animales para el cultivo. España, influida estos últimos años de un deseo de restringir su emigración, y alucinado hacia Europa el espíritu de nuestros aventureros, no ha tomado parte en estas expediciones, olvidando acaso que la colonización en América, manteniendo la hispanidad de aquellas poblaciones, era, más que un patrimonio que heredamos, un deber imperativo que teníamos.

¿Qué ha pasado en el Chaco desde 1923? ¿Qué éxitos, qué engrandecimientos ha logrado esa Compañía inglesa cosoberana del enorme territorio? ¿Esa disputa en la frontera paraguaya ha sobrevenido por la necesidad de situar el futuro puerto boliviano lo más abajo posible en la corriente del río Paraguay? No lo sé. Me limito, pues, á consignar las informaciones que poseo.

EL INDIOS DEL CHACO Y SUS «MONTONERAS»

El colono, en el Chaco, así como en otras partes de la Argentina y del interior del Brasil y del Perú, ha de luchar, más que con la Naturaleza, que defiende su virginidad, y con las fieras del bosque y de los ríos, y con los insectos que le transmiten la fiebre, con el indio aborígen, que se cree expoliado en el avance de la civilización. Cualquier enciclopedia, cualquier geografía informará al lector de las numerosas tribus indias que pueblan el Chaco. En las lindes de los territorios poseídos por blancos, el indio ha ido adquiriendo estabilidad y hábitos de vida europeos y prestándose á mestizaje; pero en el interior vive trashumante y salvaje, siendo relativamente frecuentes los casos de antropofagia. Soporta que el blanco invasor cree un derecho de propiedad sobre las tierras que eran libres, singularmente cuando ve á los colonos acompañado de tropas, pero va



Tipo de trabajadores bolivianos en La Paz



Un día de fiesta en Bolivia



Tipos de indios del Chaco

acrecentando su disimulado rencor mes a mes, y en un momento propicio, cuando ve recogidos rebaños y pjaras en la próspera granja y frutos abundantes, ó cuando cree á los colonos en descuido y confianza, toda una tribu, varias tribus á veces, invaden en la noche el territorio colonizado. Es la «montonera». Incendian, roban, destruyen, asesinan, aprisionan, torturan. En los comienzos de las colonizaciones, los indios apenas tenían armas de mal trabajado hierro; luego ya, como ha acontecido en Africa y en China, mercaderes blancos les han procurado armas de fuego. En la Literatura argentina y uruguaya, chilena y peruana, la «montonera» ha sido elemento fundamental. El novelista uruguayo Acebedo Díaz la ha descrito en páginas de grandeza admirable. Y en la historia de la guerra del Pacífico en 1880, la «montonera» organizada en las crestas de los Andes, contra los osados ejércitos chilenos invasores, compensó frecuentemente las batallas perdidas por las tropas regulares peruanobolivianas. Curioso paralelismo. Con peñascos, como en Roncesvalles, con hondas como los primitivos pobladores de Baleares, defendieron las «montoneras» la independencia del territorio indio, que ha venido á parar á manos de una Compañía inglesa.

Y como en Africa, y como en Asia, y como en Norteamérica, cada camino abierto, cada sendero trazado está marcado con monolitos donde manos misericordiosas esculpieron una cruz y trazaron una fecha y escribieron el nombre de un explorador que cayó en la emboscada india. Todavía en 1882, los tobas hicieron desembarcar con engaños y asesinaron al explorador Crevaux, que recorría el Pilcomayo, y buscaba caminos navegables que á través del Chaco, condujeran al río Paraguay y abrieran una salida al Atlántico á Bolivia «la emparedada», que en la guerra chileno-peruana había perdido el menguado trozo de costa que tenía en el Pacífico.

Se evitará la guerra, sin duda; se buscará en un arbitraje la solución del conflicto militar entre Bolivia y Paraguay; se trazará una bien delimitada frontera, rebuscando los viejos mapas de nuestro Archivo de Indias, que debiera titularse «Registro de la Propiedad de América». Lo que no hará la obcecada Europa y su burocrática Sociedad de Naciones es emprender, como una obra colectiva, la colonización rápida de toda América. Si se hubiera invertido en esta empresa el dinero que se gastó en la guerra, la abundancia de bienes sería tanta, que apenas se necesitaría una jornada de cuatro horas para ganar dinero suficiente con que adquirir las mercancías y disponer de los servicios ajenos que utilizamos para vivir...

Y he aquí que en lugar de esto, los hombres civilizados, como los indios, tienen necesidad de apelar á la «montonera» armada para constituir la propiedad y establecer el derecho y asegurar el sustentamiento de los hombres...

DIONISIO PEREZ

ESTAMPAS DE NAVIDAD

SU MAJESTAD EL PAVO

A PENAS mediado Diciembre, cuando antes que el invierno haga su entrada oficial, ya están las cumbres de la vecina Sierra coronadas de nieve y los vientos y las lluvias parecen haberse acercado en la Villa, hacen su aparición en las cortesanas calles las manadas de pavos que han de ser, en las mesas, la gala gastronómica con que ha de festejarse, en las más de las casas, el nacimiento del Mesías, que vino a redimir a la Humanidad y feneció de mala muerte en el suplicio de una cruz sin poder lograrlo.

Aunque los más de estos enfatuados animales (símbolo exacto de la vanidad y de la hinchazón hueras de los antiguos senadores y de la mayoría de nuestros hombres de letras) vienen embanastados estrechamente en los vagones del ferrocarril, todavía se encuentran grandes masas de ellos entrando pausadamente por las viejas puertas de Madrid—; ya no quedan más que dos: la de Alcalá y la de Segovia.

Los que entran por esta última vienen de los pueblos comarcanos: los Carabancheles, Leganés, Jetafe, Parla, Fuenlabrada y aun de las primeras aldeas toledanas.

Guiados por los pastores lugareños, de los que los más viejos todavía tocan su cabeza cana con el recio sombrero puntiagudo y recogido de ala—que en tierra de Segovia llaman *paravrayos*—, caminan por jornadas, y muchos de ellos terminan su oronda vida en las cocinas de los pueblos pudientes ó en las ventas razonables que hay á la margen de los caminos.

En estos sitios, bien ajenos del refinamiento culinario que se usa en la ciudad, será aderezada su carne sabrosa con el sencillo y gustoso aderezo de la cocina española; unas veces

les harán nadar en el gustoso pebre de la pepitoria; otras irán simplemente asados en el mismo horno en que se cuecen las hogazas para el sustento diario de la gente rústica; y cuando ya están bien dorados y guarnecidos de laurel, romero y cantueso, triunfarán la noche de la Pascua en las campestres mesas, bien sazonados con áspero vinillo de Yepes ó Esquivias, y como himno litúrgico que ensalce su buen sabor, florecerán en las gargantas los villancicos circunstanciales y las coplas de la tierra, que después serán la marcha triunfal que les acompañe á oír la misa del «gallo», más por costumbre que por devoción.

Los que ya desde el corral de su origen vienen destinados á satisfacer la gula cortesana, apenas pasan el almorzarifazgo de las «puertas», suben por la encuestada calle de «Segovia»—zaguan de la villa matritense—; y siempre con su hinchada prosopopeya se esparcen por las calles y plazas, dando, los que no hallaron comprador en el camino, en la histórica Plaza Mayor, que en los días pascuales recobra su

antiguo y muy bien ganado prestigio de zoco.

En tal tiempo, allí está todo revuelto, como presto se verá en las arcas humanas cuando tomando por pretexto el nacimiento del Hijo de Dios, han de consumir los ciudadanos madrileños.

Y en tanto que los predestinados animalitos se agrupan resignadamente, como si supieran que tienen contadas las horas de su breve existencia y cada vez lanzan más desentonadamente su estentórea y monótona canción, los guardianes, mientras fuman cachazudamente un cigarro, hacen cuentas con lo que han sacado y piensan sacar de su «pavorosa» industria.

Los hornos de las pastelerías dan un poco de tregua á su ordinario menester, y dejan el lugar preferente para los pavos, los besugos y la sopa de almendra.

Las viejas hosterías—en realidad no queda más que la de «Botín», en la vieja plaza de «Herzadores»—, que quizás vió sentarse en sus sillas de anea, en amigable camaradería, á Quevedo, Castillo de Solórzano y Trillo y Figueroa—, llénase estos días de comensales devotos de la

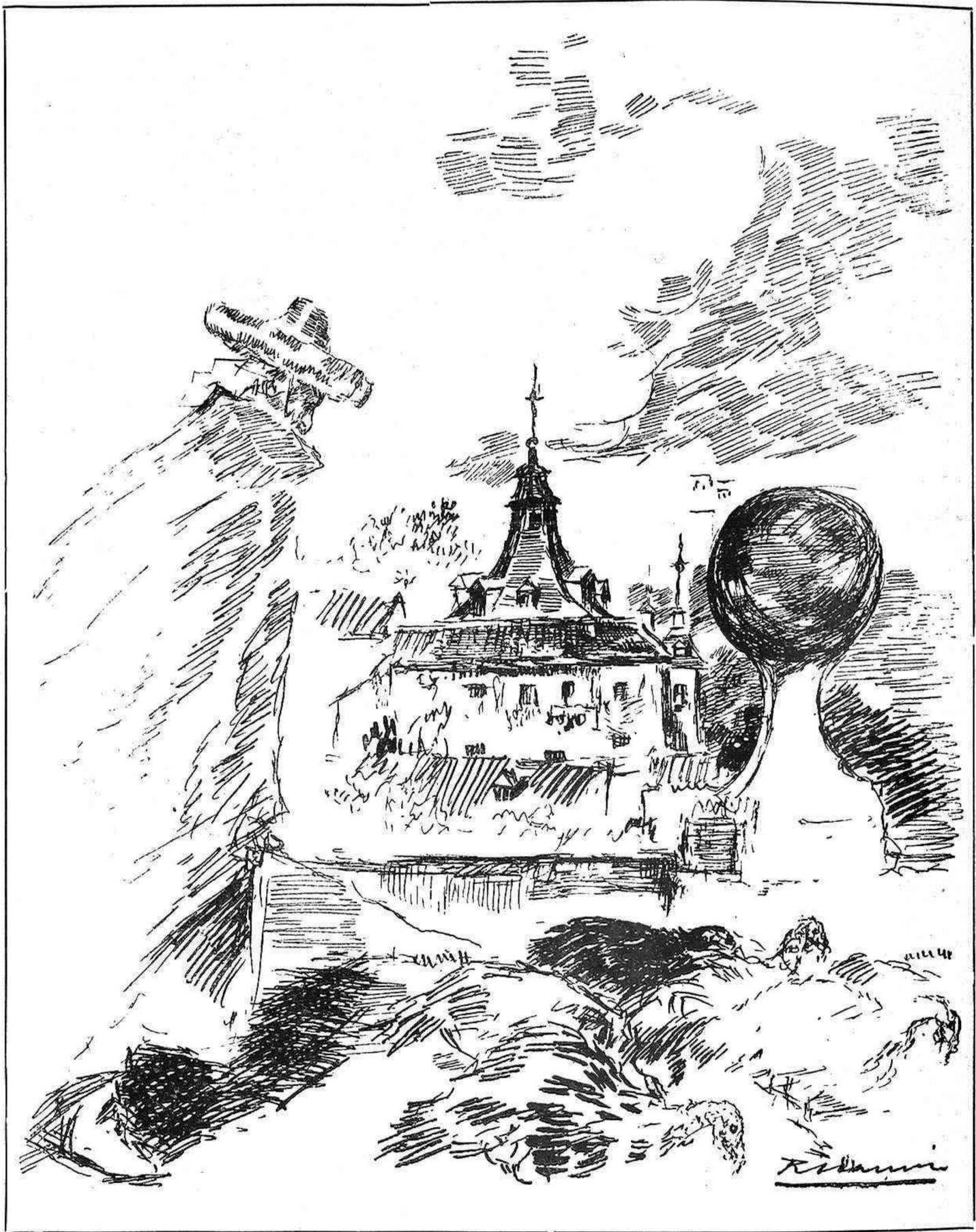
tradición culinaria que desean rendir tributo á la costumbre de acuerdo con el calendario...

Sólo en las mesas de los grandes hoteles y en los comedores de las casas ricas se profana el casticismo del pavo, quitándole—por decirlo así—un poco de su plebeyez, adornándole con trufas y gelatinas, y como ello viene á darle un aspecto uniforme con todos los succulentos productos de la «charcuterie», le hace codearse como de igual á igual con el faisán, el pastel de «foiegras» y la cabeza de jabalí.

Saludemos, pues, hermano lector, en esta época del año, á Su Majestad el Pavo, que por el breve espacio de unos cuantos días es el amo y señor de la gula hispana.

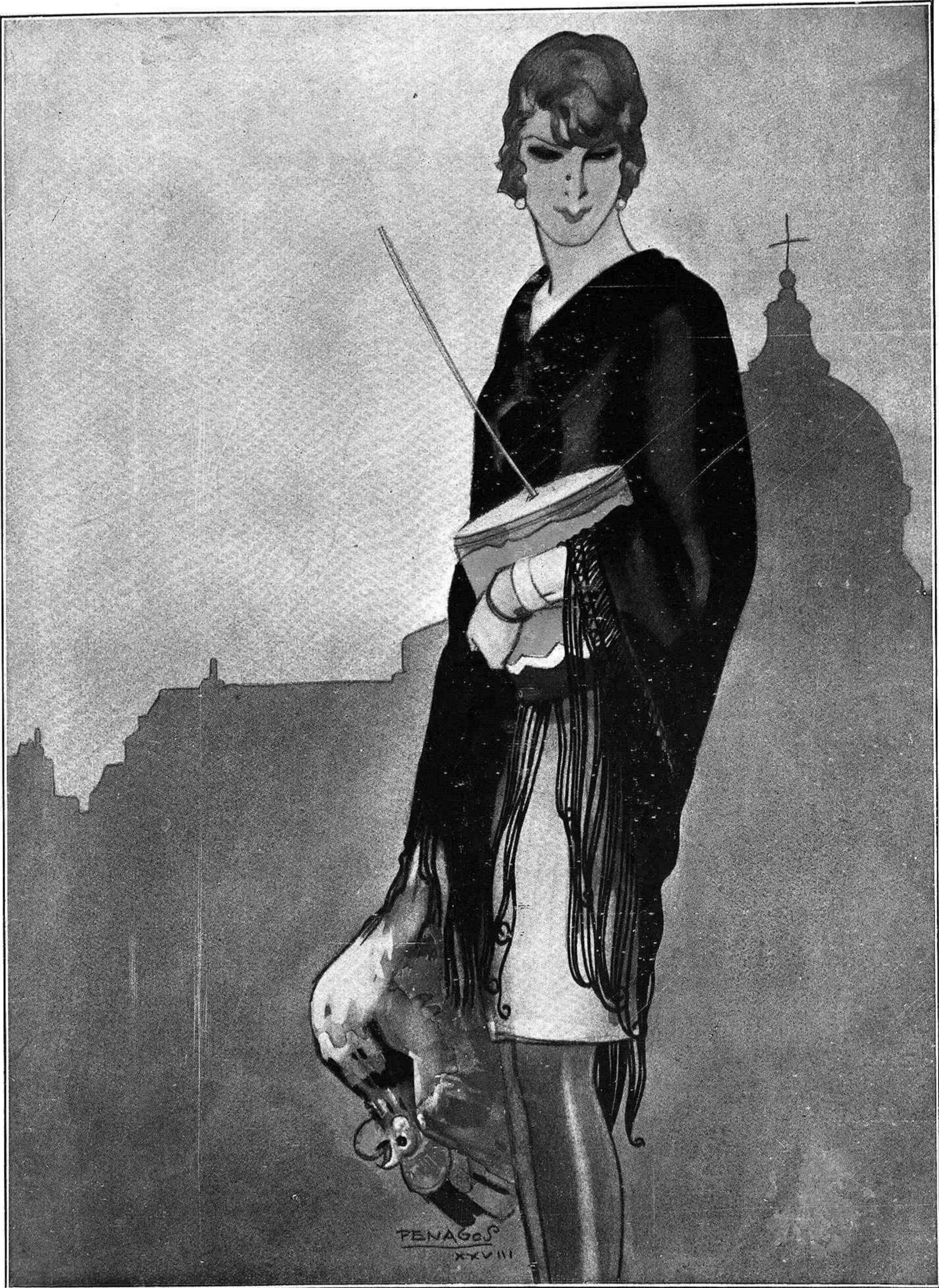
¡Séate leve su carne aderezada como más sea de tu gusto, y los manes de Rabelais te sean propicios para que tú y yo, rodeados de nuestros familiares, le podamos hacer los honores que le son debidos—sin menoscabo de la suerte y de la salud—el próximo año de 1929!

DIEGO SAN JOSE



(Dibujo de Marin)

ALEGORIA DE NAVIDAD



La mocita madrileña que Rafael Penagos ha dibujado, como alegoría moderna de las fiestas navideñas, tiene, á pesar de su estilizada figura de hoy, un empaque castizo, de popular y simpático abolengo. El mantoncillo de flecos, el pavo y la zambomba, evocan la gracia castiza y desgarrada de sus abuelas, las hijas de las manolas que, desconociendo el cabaret y los regalos de cotillón y las cenas de Noel en los grandes restaurantes, invadían las calles formando coros estrepitosos y corriendo y gritando por el arroyo con ese bullicio jacarero y zumbón que es la mejor alegría de Madrid...
(Dibujo de Penagos)

FIGURAS FEMENINAS DEL TEATRO ACTUAL

DE LOS ÉXITOS RECIENTES



Ana María Custodio, en «Pepa Doncel»

LA actualidad teatral ofrece como preeminentes muy interesantes figuras femeninas.

En todos los teatros madrileños triunfa la mujer plenamente, y al lado de las primeras figuras ya consagradas, aparecen otras con luz propia ya, y á las que puede augurarse un magnífico porvenir: junto á Margarita Xirgu, María Carbonell; al lado de Pepita Díaz de Artigas, la Pallarés; al lado de Lola Membrives, Ana María Custodio, y al lado de Irene Alba, sus hijas, que emprenden con toda seguridad el camino del triunfo, como Carmita Oliver le emprendió al

lado de su madre. Nada pierden las grandes actrices con tener á su lado esas figuras juveniles rápidamente destacadas: con ellas pueden dialogar, encontrando en el diálogo, con respuesta oportuna, nuevos motivos y ocasiones para matices expresivos. Así se explica que cada vez sean menos frecuentes esas Compañías en que un espíritu egolátrico rodeaba una figura más ó menos eminente, de nulidades.

Así pueden mostrarse con todo el relieve necesario para que las comedias tengan artistas casi noveles, pero muy comprensivas: cualquiera

de las actrices nuevas que hemos citado puede señalarse ya como triunfadora.

Ana María Custodio, por ejemplo, ha podido destacarse en *Pepa Doncel* al lado de dos actrices positivamente triunfadoras, como Lola Membrives y Amparo Astort; y su ejemplo no es único, al contrario, puede ser considerado como corriente en el teatro actual.

Ello, además, no es obstáculo para que las figuras ya consagradas conserven sus puestos preeminentes: el triunfo definitivo de Irene Alba en *La tatarabuela* es indiscutible é indiscutido,

y también son triunfadoras en *Pepa Doncel* y en *El rosal de las tres rosas*, Lola Membrives y Pepita Díaz de Artigas.

A Irene Alba sería difícil disputarla el puesto que conquistó en la escena española, y que mantiene con el mismo entusiasmo y con creciente arte, fruto de la experiencia depuradora.

No pasa temporada sin que Irene cree tipos de los que perduran y recordamos siempre con plena satisfacción, y más de un autor se envanece con triunfos que son de la actriz, muy visiblemente personales.

La tatarabuena está escrita, evidentemente, pensando en ella, y los tipos que crea demuestran que hicieron bien.

Una de las características de Irene Alba es la amplitud de sus posibilidades, que le permite producir casi simultáneamente, por transiciones naturalísimas, de una riqueza de matices que requiere una sensibilidad exquisita, la risa y la emoción. No es, ni mucho menos, la característica perpetuamente abufonada que busca la carcajada amplificando a todo trance los rasgos de la caricatura, sino la actriz cómica con medios suficientes para poder servir sobriamente al pensamiento del autor, moviendo al público a una sana hilaridad.

En tipos como la protagonista de *Doña Tuftos* se ve perfectamente esa rica sensibilidad y esa sobriedad de medios que permite a la actriz emocionar intensamente al espectador, sin más que mostrarle la figura tal como pudo ser en la realidad: en todos los momentos de la comedia, aquella figura, presente ó no, da el tono, y la obra entera tiene la fuerza de esa figura.

Como Juan Bonafé, su compañero de «razón social», Irene Alba puede aparecer muchas veces limitada en sus posibilidades y en sus realizaciones, por las circunstancias especiales de las obras que interpretan. El repertorio que los autores escriben para ellos no tiene en cuenta, generalmente, sino una de las modalidades de sus talentos multiformes, y por ese desconocimiento ó ese desdén se pierden constantemente ocasiones de éxitos magníficos que podían tener su base en esa multiplicidad.

Aún hay más: también, como Bonafé, Irene Alba tiene que reaccionar constantemente contra las exageraciones caricaturescas de los tipos que los autores escriben para ellos. Asombra que después de la inacabable galería de tipos grotescos que han creado ambos actores, y que perduran en la memoria del espectador, los dos artistas puedan aún, cuando llega el momento en que deben hacerlo, emocionar al público intensamente. Para ello es necesario lograr del que oye una reacción absolutamente contraria a la que ante los mismos actores está habituado a dar, y para conseguir esa reacción es indispensable que el cómico tenga lo que es fundamentalmente característico de su arte: esa proteiforme posibilidad de transformaciones y una enorme resistencia a los influjos deformadores que una actitud habitual, impuesta por la monotonía del repertorio, puede imprimir en ellos.

Tal vez no haya modo mejor de medir el talento y el arte de un artista que someterle a esa prueba en que el cambio de tono de los tipos que ha de interpretar le obliga a recorrer toda la gama de sus posibilidades, mostrando la eficacia de cada una de ellas.

Un actor ha de ser, ante todo, eso: un organismo vibrante con las modalidades más diversas, ante los más diversos tipos y en los momentos más diferentes. En *La tatarabuena*, Irene Alba puede mostrarse ya suficientemente varia, y, siguiendo todo su repertorio, puede verse hasta cómo esa variedad se desarrolla hasta lo infinito.

Si en nuestro teatro hubiese tenido eco verdadero ese modo de dramaturgia tan en boga en Francia y que aquí solemos denigrar con el epíteto de cursi, en que andan tan íntimamente mezclados lo cómico y lo sentimental, Irene Alba tendría campo más apropiado siempre para lucir sus facultades de gran actriz.

Frente a las figuras femeninas, hay actualmente en nuestros escenarios algunas de actores que han creado tipos masculinos; pero nadie negará que, por el momento, aparecen como dominantes las de mujer.



La insigne actriz Irene Alba en «La tatarabuena», comedia estrenada en el Alkázar
(Fot. Walken)

UNA ojeada sobre cubierta me hizo ver que tendría un viaje de todos los diablos. La mayoría de los pasajeros eran individuos de edad media, hombres que llevaban un sinfín de maletas y una vulgar esposa por compañía. Cada cual colocó los equipajes en su camarote y á su esposa—envuelta en burda capa—en una silla sobre cubierta. Después ellos—tocados con gorras de gruesa lana—tomaron el aspecto de estar bien instalados para invernar.

Las pocas mujeres que viajaban solas llevaban todas el anillo de matrimonio, y se colocaron frente al mar con esa mirada que parece decir que acababan de dejar á los niños ó que iban á reunirse con sus maridos.

Entré en el salón. Se oía hablar.

—Tendremos temporal—dijo la primera voz.

—Seguramente—dijo la segunda voz.

—También tuvimos temporal en el Golfo de Vizcaya—dijo la tercera voz.

—Es verdad—afirmó la primera.

—Cierto—exclamó la segunda.

—Efectivamente—agregó la tercera.

Me escapé desesperado, y fui á colocarme de codos en la baranda. Detrás de mí una señora corpulenta hablaba con uno de los oficiales del barco.

—Es necesario ser muy inteligente para saber encontrar el verdadero camino en el mar. Es asombroso eso de llegar á Ceilán precisamente y por el camino más directo no teniendo vías como los trenes ó postes que puedan indicar el camino. Si yo mandase un barco, estoy segura que iría á parar al Polo ó algún otro sitio remoto.

—Seguramente—contestó el oficial del barco.

—Este viaje va á ser intolerable—me dije.

Yo he sido siempre un hombre melancólico. Había salido de mi casa con la esperanza de hallar esposa, pues, aunque parezca bastante raro, en toda la vieja Inglaterra no había encontrado una muchacha que quisiera á un solterón de cuarenta años cumplidos—apenas cumplidos—, y consideraba este viaje como mi última esperanza. ¡Ocurren cosas tan extrañas á bordo! Debo advertir que iba destinado á una lejana estación de la India, donde no llegaría nunca una mano refinada de mujer. Solamente la soledad y las moscas.

Encontré en el salón de fumar á un muchacho simpático de grandes ojos oscuros.

Su cara reflejaba gran abatimiento. Otros cinco jóvenes de aspecto simpático también paseaban sus miradas desesperadas por cubierta. «No hay esperanzas; he mirado ya», me decía al ver que ellos miraban con el mismo fin.

Estuve paseando por cubierta hasta que vi habían hecho en ella algo desagradable. Entonces entablé conversación con el muchacho de los ojos oscuros, y cambiamos impresiones sobre los demás viajeros del modo que se hace cuando se va á cruzar el mar en un barco de mucho pasaje.

—¡Qué suerte perra!—dije concretando mis impresiones.

—No recuerdo haber hecho ningún viaje tan aburrido como promete ser éste—concluyó diciendo el joven de los ojos oscuros.

Á la mañana siguiente, después de una conversación con los otros cinco muchachos, comprobé que sus pensamientos eran idénticos á los míos.

«En último caso—pensé—, son una colección de jóvenes agradables, y pasaremos juntos el tiempo de la mejor manera posible.»

Bajé al camarote. Di un puntapié al baúl que contenía mis prendas impecables: seis trajes nuevos, camisas y calcetines del más refinado gusto, que yo había elegido con tan-



to cuidado para mi viaje. No necesitaba abrirlo ya. Una chaqueta de franela vieja y mi abrigo de Norfolk era cuanto requería, y me puse una de las corbatas más usadas.

«Todo el mundo sigue mi sistema»—pensé—cuando al ir á desayunar vi que á mi paso todo eran chaquetas viejas y abrigos de Norfolk. Nadie hacía caso de nadie. ¡Era asombroso!

Cogí la tarjeta del menú con aire sombrío, y, lánguidamente, elegí salchicha y tocino. Uno por uno, las mujeres de las capas y



¡Torbellino!

los hombres de la lana fueron entrando. Llegaron Jones, Bholes, Wilson, Cochroft y Woodrow. Ni una corbata nueva, ni un par de calcetines de gusto y calidad había entre todos ellos.

Y entonces, entonces, cuando menos lo esperábamos, apareció algo que cambió en un momento todo á nuestravista. Bajandola escalera, vino ¡¡Torbellino!!

Mi primer pensamiento fué: «¿Qué es una entre tantos?» Pero siempre me he sentido capaz de luchar por retener para mí lo que he deseado, por numerosos que fueran mis competidores. Lo importante era desayunar de prisa, ir al camarote, abrir el baúl y ponerme algo decente.

Torbellino recorrió la mesa buscando un sitio va-

cío, sonriéndose y sentándose en el que encontró; miró á su alrededor; volvió á sonreírse y empezó á comer dulce de uva.

Woodrow estaba en la misma mesa; pero me alegró comprobar que estaba demasiado lejos para poder hablarla.

«Empezamos todos lealmente», pensé.

Entró el muchacho de los ojos bonitos. Era de esos que llegan tarde á todo. He encontrado su nombre, y es Harold.

Se sentó á mi lado, desdobló su servilleta y me dijo:

—¿Ha visto usted á Torbellino?

—¿Qué Torbellino?—pregunté friamente.

—Hay un Torbellino á bordo—dijo—. Me he enterado de todo por el camarero. Va á Colombo. Viaja sola, al cuidado del capitán. Es una chica atrevida y guapa.

—¿La llama usted guapa?—pregunté levantando los ojos del plato.

—Bien. Lo sea ó no, de todas formas animará un poco el viaje—dijo Harold.

¡¡Y lo consiguió!!

Después del desayuno se operó una rápida y completa desbandada del género masculino. Veinte minutos más tarde las puertas de los camarotes se abrían y las crisálidas se habían transformado en mariposas.

—¡Querido!—le dije á Harold—¿Qué quiere decir esto? ¿Va usted á una boda?

—Empezaba á hacer calor—murmuró Harold precipitándose sobre cubierta—. Woodrow surgió con un jersey color canario.

—¡Hola!—gritó mirando mi traje de franela nueva—¿A qué hora empieza el circo?

Contuve mis nervios. Había considerado á Woodrow como un sujeto simpático al principio de conocerle; pero rápidamente tuve que reconocer que me había engañado.

Me lancé sobre cubierta. El moderno Torbellino estaba sentada en una silla, que, á su vez, se hallaba tan cercada por otras que era imposible acercarse á tres metros.

—¡Qué modo de colocarse!—exclamé enfadado—Me molesta ver á la pobre criatura asediada de esa manera.

Ella estaba charlando de tal modo que parecía conocer á todos desde mucho tiempo antes.

Cogí mi silla y la llevé al sitio más solitario que pude encontrar.

Caí en la necesidad de comulgar con la Naturaleza. Me senté y comencé á contemplar el mar. Estaba precioso. Su colorido semejaba el plumaje de un pavo real: un fondo blanco salpicado de lunares como espuma de jabón. Encontré muy poético el espectáculo. Pensaba para mis adentros: «Mañana estaremos en Port-Said.»

Precisamente cuando la campana del buque tocaba las nueve, una pastilla de chocolate me dió en la cabeza. Miré á mi alrededor con más pena que disgusto. Después continué mirando al mar y pensando en cosas agradables.

Cuando bajamos á almorzar noté que una

mano suave, ligera, se posaba en mi brazo. Era sencillamente del *Torbellino* moderno.

—Lamento lo del chocolate—dijo ella sonriendo—; no quise hacerle daño.

—¡Oh!

—Quería tirarlo fuera del puente.

Conocí que era mentira. ¿Para qué tenía que tirar ningún *Torbellino* su riquísimo bombón de crema de café? Yo sabía que era de crema de café porque me lo comí.

—¡Hija mía!—le dije amablemente—No debe usted usar esas frivolidades con hombres viejos y tristes como yo. Con los jóvenes, que tienen la cabeza vacía—y señalé hacia los otros cinco—, puede que esté bien; pero hay ocasiones en la vida de las personas mayores y, por lo tanto, experimentadas, en que un bombón de crema de café está fuera de lugar.

—¿Cómo sabe usted que era de café?—interrumpió ella.

—Por pura conjetura... Buenos días.

Bajé á almorzar. El menú decía: «Pierna de buey á la parrilla». «Langosta guisada».

No me había encontrado ni viejo ni desilusionado hasta que *Torbellino* se dirigió á mí; pero ahora lo estaba tanto, que la langosta guisada me dejó frío. Desde este momento *Torbellino* era mía.

Ella arrastraba su silla y, separándose del vulgo que la rodeaba, venía junto á mí al más apartado rincón de la cubierta. Naturalmente, los demás la siguieron. Algunas personas nunca saben cuándo están de más. Pero yo, en realidad, no hacía caso.

No obstante, ella saltaba con Woodrow antes del desayuno, y paseaba al subir del comedor con Harold á un lado y Wilson al otro; pero ella, y como por casualidad, siempre venía hacia mí.

Según pasaba el tiempo é iba yo tratando á los otros comprendía que eran unas cabezas huecas. Creo que ella pensaba lo mismo.

—¿Es su nombre *Torbellino*?—la pregunté una noche en que nos halláramos solos en popa admirando el magnífico Océano Indico.

—Felicidad—me contestó sinceramente.

Es un nombre muy dulce, y que la iba muy bien.

—Pero me llaman siempre Flip—añadió—. No se lo he dicho á nadie más que á usted; de modo que le ruego no me llame así en público.

Después de esto comprendí que la muchacha se estaba volviendo loca por mí.

Ahora, en todos mis sueños, aparece la encantadora carita de Flip. Hasta entonces no había intentado nada serio. Dios sabe que nada más lejos de mi pensamiento cuando embarqué en Marsella que comprometerme definitivamente; pero de repente comprendí—como el hombre que se da cuenta de haber encontrado su destino—que Flip era diferente de todas las demás muchachas.

Conocí también otra vez lo que sentía cuando pasamos por Perim. En esta ocasión, ante la luna llena que brillaba magnífica sobre la aterciopelada agua del Océano Indico, tomé su linda y diminuta mano.

—Querida Flip, encanto mío—dije—. Empezaste gustándome; pero mis sentimientos han progresado.

Flip volvió su rostro encantador hacia otro lado.

—Te quiero, Flip—suspiré yo—. ¿Crees que podré importarte un poco alguna vez?

—Creo—murmuró—que podrá ser, que puede ser ya...

Me fuí aquella noche á la cama pensando que estaba

paseando por el cielo. Flip me había prometido relaciones formales.

—Hay que guardar el secreto, por supuesto—me dijo—. Sabes que sólo tengo diez y ocho años. No enteres á ninguno de los otros. Debemos seguir hasta el fin sin que se note nada de extraordinario.

En eso quedamos. Yo me reía interiormente cuando la sorprendía jugando ó discutiendo con los demás. ¡Ellos no sabían nada!!

Y ¡oh, encantadoras noches estrelladas, cuando salía á darme las buenas noches!

Contaba yo los días que faltaban para nuestra separación, y el tiempo me parecía ahora como preciosas joyas que debían atesorarse en vez de algo que era necesario matar, como antes me sucedía.

—Flip, querida—suspiré la última noche en que permanecí á bordo—. ¿No te olvidarás de mí?

—¡Nunca te olvidaré!—me respondió con dulzura.

Le di una sortija, y ella á mí su retrato.

—Siento que el único que tengo sea en traje de gimnasia; pero no tengo otra fotografía. Está tomada en el campo de *ho key* del colegio.

En Colombo nos dejó.

La vi marchar con el corazón oprimido. A lo lejos, bajo el puente, veía á Harold que parecía secarse una lágrima con su pañuelo de seda. Me apiadé de él y pensé en la sortija, en el dedito que era para mí como un rayito brillante que iluminase mi corazón.

Viajamos cuatro días más en aquel barco desolado. Cada paso me hablaba de Flip. Descubrí que los otros no eran tan inaguantables. Después me hice muy amigo de Harold, el cual me confió que estaba comprometido con una muchacha llamada Dilys. Uno por uno iba haciéndome más amigos de los demás, y todos se me confiaron á mí; todos estaban comprometidos. Ellos me dijeron los nombres de las muchachas; he olvidado la mayoría, excepto el de la novia de Bholes; se llamaba Jumijer, un nombre muy dulce.

Yo no les había hablado de mi propia felicidad. Así se lo había prometido á ella.

El cuarto día supimos que pronto llegaría una lancha portadora de correo. Esperaba la carta con la impaciencia de un colegial.

El día pareció no acabar nunca; pero al fin se vió la luz del bote del piloto como una estrellita en el centro del mar.

Cuando bajaba á comer, mi camarero me dió un gran sobre. Lo guardé en el bolsillo del chaleco, sobre mi corazón, y bajé tan feliz como nunca lo había sido en mi vida.

Estábamos los seis sentados en una mesa. Desde Colombo todos nos llevábamos muy bien.

Una idea repentina me asaltó. Cuando estábamos esperando el café saqué mi cartera.

—Voy á enseñaros la fotografía de mi prometida—dije.

—¡Excelente!—aprobaron los demás.

—Vamos á sacar cada uno el retrato de nuestra novia, y ganará un premio la que consiga más votos.

Cada uno fué dejando diez chelines en el plato

—El premio—dijo Harold.

Ella me encargó que guardara secreto; tal vez hago mal en quebrantarlo; pero probablemente no volveré á ver á mis compañeros de travesía, y como me estoy haciendo viejo, puede que me haya vuelto un tanto presuntuoso.

Todos sacaron sus carteras.

En medio de un gran silencio dimos á Harold las fotografías. Harold al contemplarlas, dió un saltó. Todos miramos los retratos que habían quedado sobre la mesa.

¿Necesito seguir?

Eran las mismas fotografías de Flip el *Torbellino* con el traje de gimnasia tomadas durante el juego de *hockey*, según ella me dijo.

¡Flip resultaba ser la novia de todos!

—Caballeros, esperad un momento—dijo tranquilamente.

Saqué su carta del bolsillo del chaleco, que estaba junto á mi corazón.

«Estoy muy triste, mi querido viejo, porque no puedo casarme contigo, como era mi deseo. No me gustas. Presumo que juzgarás mal mi proceder; pero he decidido ser absolutamente sincera y casarme con aquel que más me agrade. Lo que no se me alcanza es cómo llegaré á saber esto último.

Es posible que consideres como un ruín engaño el decir á cada uno un nombre distinto. Conozco á los hombres, y sé que con frecuencia dicen aquello que han prometido no decir, y parecen segurísimos. Sin embargo, yo estoy en que tú no eres de esos. Sé que puedo confiar en ti.

Espero y deseo tengas mucho éxito en tus empresas profesionales y que más tarde encuentres una bonita muchacha que quiera ser tu mujercita.

Guardo como recuerdo la sortija que me diste, y no te olvidaré mientras viva.

Con mucho cariño, tu afectísima *Flip*»

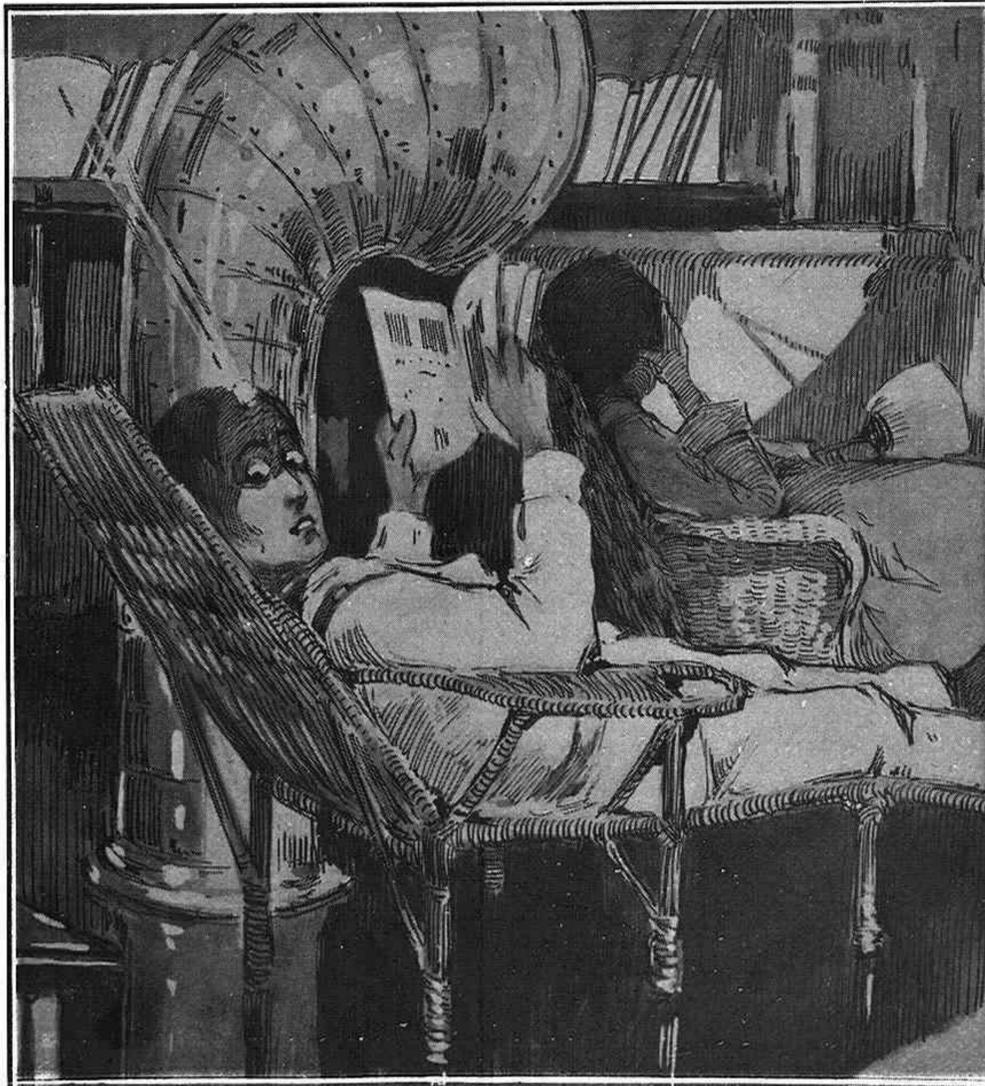
Recobrado de la emoción, tomé el platillo que contenía los diez chelines destinados al premio.

—Propongo que esta cantidad se entregue á algún asilo de huérfanos—dije—. Señores—agregué—: creo que en cubierta encontrará cada uno de ustedes carta

Fueron desfilando uno á uno.

Tales el fin de la historia. Yo sigo soltero todavía.

DOROTHY BLACK



Saqué su carta del bolsillo del chaleco.

(Dibujos de Máx. Ramos)

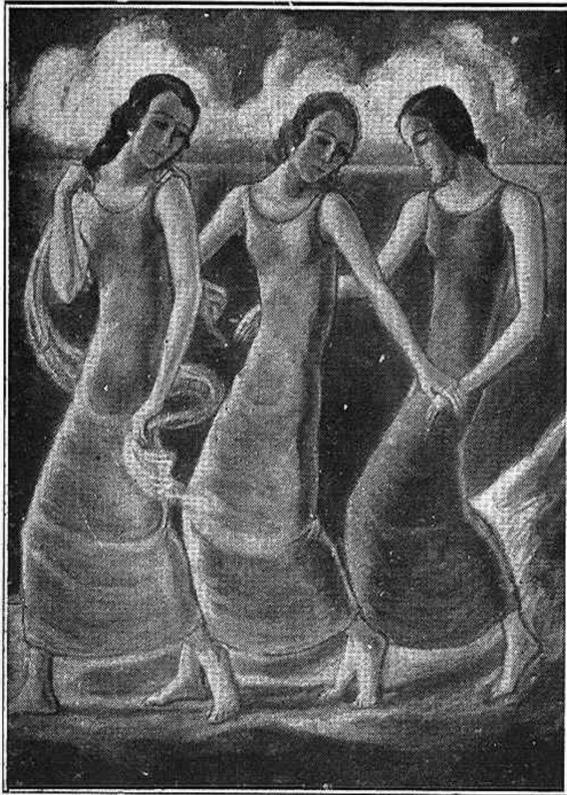
LA VIDA ARTISTICA

Un pintor alemán y un pintor español

ALBERTO ZIEGLER

EN la última página del catálogo de su actual Exposición de Pinturas, Dibujos y Aguafuertes en el Salón del Círculo de Bellas Artes, teoriza Alberto Ziegler, según es costumbre ahora en los artistas, para anticiparse á la crítica, no siempre bien avisada.

En estas *Observaciones sobre Arte*—cierta-



«Danza», cuadro de Alberto Ziegler

mente menos expresivas que su arte mismo—, Ziegler repite y reitera las palabras espiritualidad, espíritu, espiritual, espiritualista, espiritualismo, barajadas con el afán teorizante de quien sólo está preocupado por una idea que considera fundamental, y, en cierto modo, descubierta por él.

Se comprende que le importa mucho ser estimado por su espiritualidad antes de ninguna otra condición estética. Aspira á que el «contenido espiritual» de su obra no pase inadvertido á la mirada ajena.

Y él, tan claro, tan dotado de simple y anímica elocuencia como pintor y como grabador, se obsurece y confunde un poco, manejando palabras y componiendo frases aspirantes al afonismo didascálico.

No es preciso que nos diga su convicción espiritualista. La vemos en las obras. Y el que no acierte á verla así, mal podrá reconocerla después de la advertencia literaria del catálogo.

Ziegler, precisamente, es uno de esos artistas donde la efusión temperamental no se cohibió nunca por el prejuicio ó el sistema.

Encontramos en él, después de sucesivas contemplaciones, aquella intacta fuerza de expresión que sus primeros grabados de temas españoles nos revelaron.

Porque Ziegler no significa una sorpresa para nosotros. Poco á poco, sin la comezón exhibicionista que no consiente madurar los motivos de interés distinto á otros artistas, Alberto Ziegler ha ido afirmándose en sus directrices iniciales, no perdiendo el contacto con la naturaleza, las gentes, la luz y el alma españolas.

Primero conocimos sus grabados; después, sus paisajes pictóricos. Ahora totaliza aquellos dos aspectos anteriores de una bien dotada sensibilidad artística con lienzos de figura y retratos. Se nos ofrece, pues, la ocasión de contrastar definitivamente el valor de este artista alemán,

cuya juventud viene madurándose fructífera bajo el sol de España.

La Exposición de Alberto Ziegler se compone de veintinueve óleos, cuatro dibujos y catorce aguafuertes.

Para quien le haya seguido con el interés admirativo que el artista merece, inevitablemente ha de buscar en los grabados una razón, un origen, matrices y nutrices de todo lo demás. Incluso vuelve á ellos después de comprobar cómo el excelente retratista de los dibujos ó el excelente paisajista de los cuadros estaba ya contenido y apto en el grabador de ayer.

Porque estas sintéticas ó apasionadas interpretaciones de lugares característicos de la península ibérica están henchidas de la «espiritualidad» que obsesiona al artista se le reconozca. Y á la vez tienen la expresividad enérgica y sencilla de una técnica moderna, entrada «de nuevo por los antiguos derroteros abandonados por el falso clasicismo».

Sobre todo las referentes á Toledo. Toledo—lo advertimos ya en otra ocasión—parece ser lo que más ha captado el sensitivo dinamismo de Ziegler. Su Toledo tiene muchos consonantes lineales del gran poema toledano del Greco. Es arrebatado, impetuoso y enardecido á la manera del cretense inmortal. Ve á Toledo con la magnífica violencia decorativa de su secular ignición espiritual. Así, entre los mejores cuadros, anoto *Vista parcial de Toledo* y *El Puente de San Martín*, que están ya anunciados en dos de las mejores aguafuertes.

De otros paisajes del sur, de otras urentes visiones—donde hasta el Mediterráneo ó el Atlántico parecían estar cociéndose sus azules con la lumbrarada solar—hay ahora nuevas reiteraciones que todavía ondulan tumultuarios ritmos y volúmenes encaldecidos.

Mas la novedad está en los lienzos de figura: un autorretrato, *La bailarina del Circo*, *Melodía*, *Mater dolorosa*, *Anunciación*, *San Sebastián*.

Las influencias, las rotulaciones escolásticas serían fáciles de señalar. El artista no desdice su época, ni ignora los antecedentes que culminan como faros para la impaciencia de los epígonos.

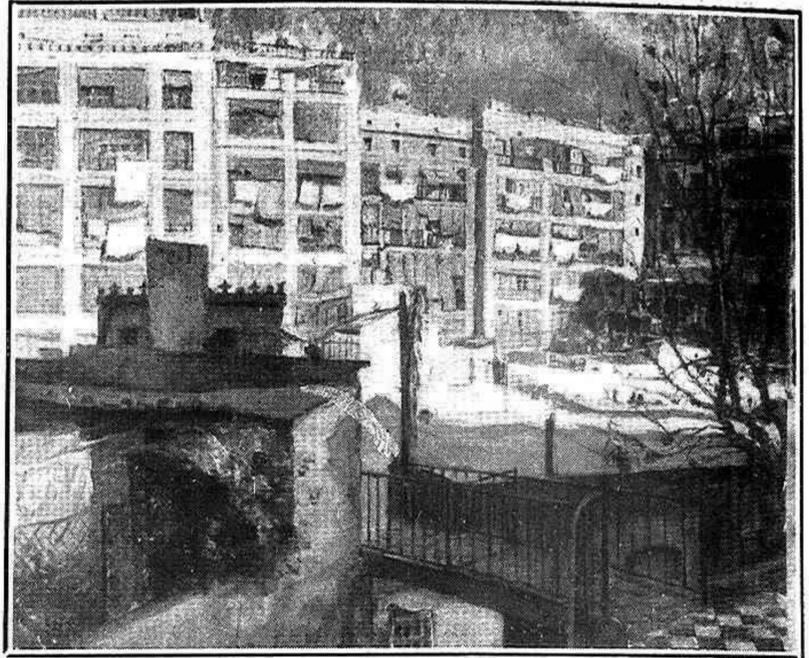
Sin embargo, importa descubrir en seguida á él, sólo á él, ya que tan noble empeño pone en buscarse á sí mismo. Por eso, el autorretrato no revela solamente la forma externa y los rasgos fisonómicos del artista, sino su concepto limpio y puro del arte, sus preferencias cromáticas y sus predilecciones tonales.

Las obras de asunto religioso añaden además otro testimonio para el cabal conocimiento del artista: la inquietud mística.

Ziegler es, en principio, un místico del color y de la forma. Al afrontarse, pues, con temas de esencia mística, aquella cualidad primigenia se exalta y magnifica.

Así en *La Anunciación*, delicada y armoniosa obra de extraordinaria belleza y sentimiento; así en *Gólgota*, áspero y patético grupo de una energía compositiva casi escultórica; así en *San Sebastián*, que opone al tópico del mancebo afinado, rubicundo y de actitud de galán de teatro poético empalagoso, la terrible, trágica y miserable silueta de un suplicado, que no piensa en posturas de tenorino á la hora de morir.

Por último, los dibujos—cuatro retratos admirables—señalan más que nada, más todavía que



«Faisaje urbano», cuadro de Alberto Ziegler

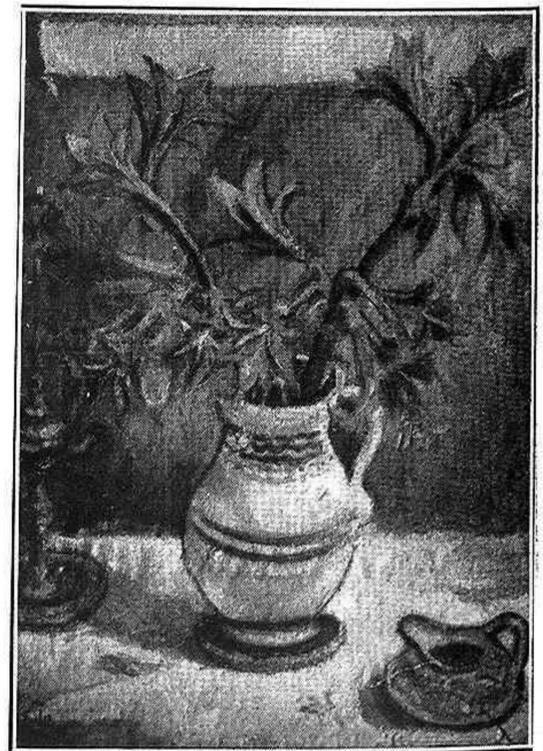
las aguafuertes, la seguridad de mano y la potencia anímica de Alberto Ziegler. Focos maestros modernos en el género podrían firmar, por ejemplo, el retrato *Un hombre de ciencia*, modelo de vigor en el trazo y de agudo idealismo en la expresión.

F. FONS ARNAU

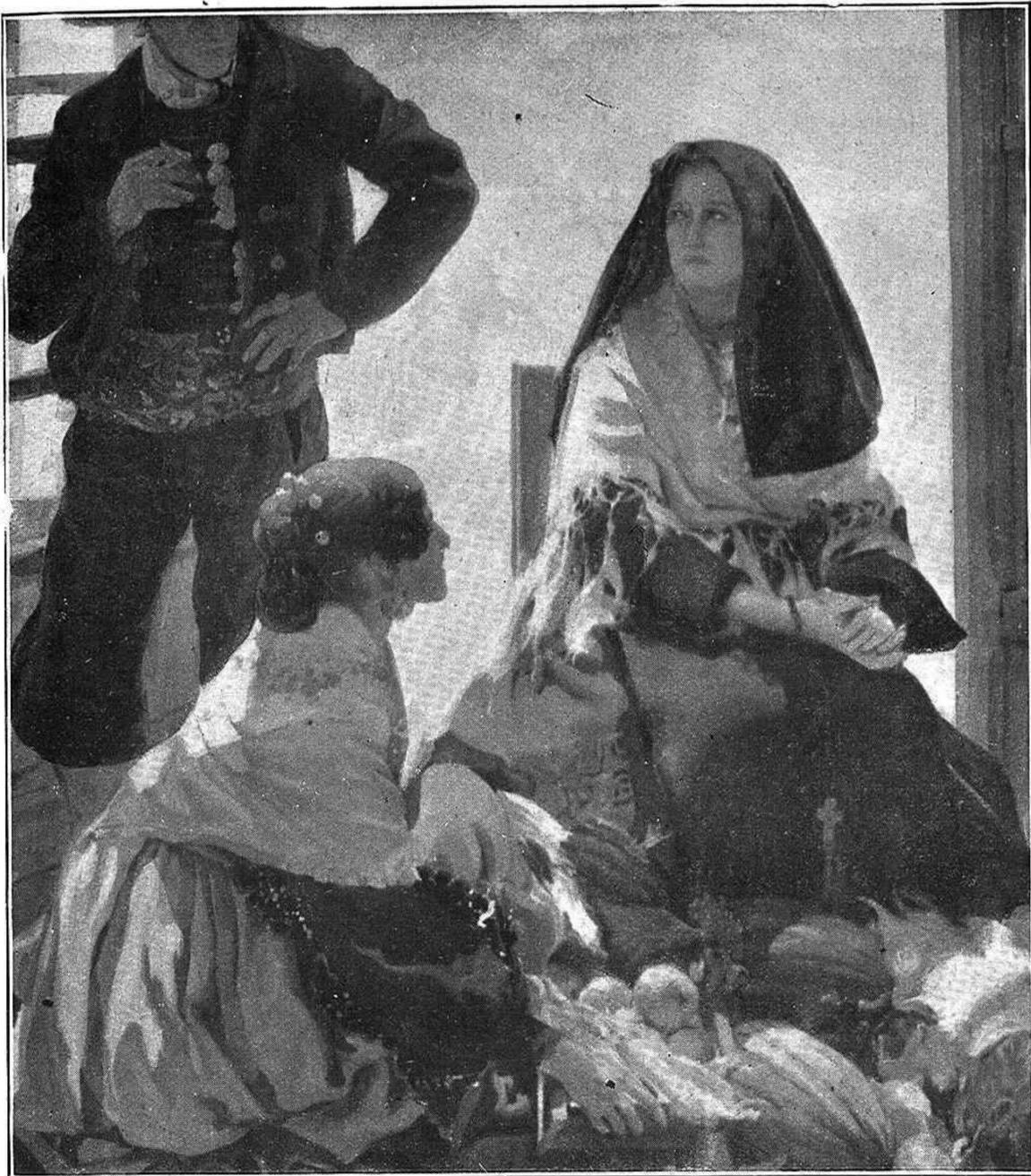
También en el catálogo de la Exposición de obras del pintor Francisco Pons Arnau, reunidas en el Museo de Arte Moderno, hallamos la previa advertencia literaria. Pero escrita por mano ajena y con igual destreza en el empleo expresivo del pincel y de la pluma.

Bernardino de Pantorba explica sobriamente lo que es el cuadro de mayor tamaño expuesto por Pons Arnau y titulado *Humanidad*.

«El cuadro representa los sentimientos humanos en su esfuerzo por conseguir el ideal. Una línea, en forma de simbólico arco, lo divide en dos partes: arriba, el cielo, divino, infinito, á una luz dorada; abajo, entre los escabrosos obstáculos de la dura tierra, envuelta en sombra grisácea, sin más que un rayo de sol, una sín-



«Florero», cuadro de Alberto Ziegler



«Ofrenda á la novia», cuadro de Francisco Pons Arnau

tesis de la humanidad debate sus diversas pasiones. Como eje de la composición, el amor maternal impulsa al hijo á emprender el camino de la vida; junto á él la fuerza bruta pretende tercamente perforar la roca; á su lado, la indolencia y la resignación yacen caídas, mientras la vileza se arrastra; más al fondo se agrupan el orgullo, el desprecio, la envidia, la súplica, la violencia, la ira, la avaricia..., pasiones todas de las que huye, horrorizada, la inocencia... Al lado opuesto vemos los rayos plásticos de la desesperación, del dolor, del pugilato, de la lujuria. Algunas figuras pasan, como en la vida, sobre la carne de los vencidos. Más cerca del rayo de sol, ó ya iluminada por él, una multitud heterogénea asciende con el ímpetu anhelante de alcanzar la cumbre. Son los fuertes, los optimistas, los esperanzados: el grupo que marcha hacia el ideal.»

Oportuna la explicación para comprender el sentido de aquel arracimado, de aquella enmarañada raigambre de cuerpos desnudos en confusa promiscuidad que avanzan como las sombras terreras cuando el véspero hacia las últimas huellas encaldecidas fríamente de la luz fugitiva.

Acaso exigía la obra mayores proporciones para la cabal grandiosidad del propósito. Impetu no le falta; acierto compositivo, tampoco; pero ha quedado en una grata fantasía de soñador solitario en las cumbres silenciosas, sin alcanzar el brío miguelangelesco que el tema exige.

Es testimonio pictórico de instantes de melancolía y del mirar hacia dentro en quien tan aguda y sutil tiene la mirada cuando la fija en la naturaleza agreste elegida para su residencia habitual.

Gusanos humanos, esos cuerpos desnudos se arrastran y confunden á distancia el gris de sus formas con el gris de las peñas desnudas, y acaba por olvidarse lo que significan para no ver sino la suave armonía de los tonos y encontrar en su calma cromática como un apaciguador velo de las turbulencias en que se agitan y entremezclan las figuras simbólicas...

Los ojos se van ó tornan, en cambio, á la luz prodigiosa de los otros cuadros en que el artista ha conseguido expresar como pocos pintores de montaña la exactitud atmosférica de las alturas, la diversidad infinita de las horas y de los tiempos.

Pons Arnau es uno de los más finos, de los más delicados luministas de nuestra pintura moderna. Su tenaz, fervorosa y sensible convivencia con la naturaleza libre de la sierra ha sido recompensada con este don de interpretarla plenamente. Viviendo de los densos ultramares y cadmios del sorollismo, la nieve, la niebla, las forestas austeras, el sol fulgurante ó las celestias suavísimas le han adiestrado de tal forma pupila y sentimiento que cada cuadro de Pons Arnau, sin perder la veracidad plástica de lo que la realidad muestra á las miradas profanas, es un ejemplo didáctico.

¡Qué profunda, y al mismo tiempo cuán ingravida y etérea, su captación de los más fugentes encantos de la luz! ¡Cómo tierra, cielo, árboles y curvas de horizonte montuoso viven ante nosotros su existencia libre de la presencia humana!

El artista ha logrado aquella simple gracia de encender el aire y dar voz á los espacios mudos para alegría de los ojos y deleite del corazón.

Ciertas serranillas del marqués antiguo; algunas estrofas de Mesa, el poeta moderno, diríase que expanden esta claridad transparente y están saturadas de la diafanidad y pureza de estos cuadros. O los cuadros del lírico impulso y robusto acento de las rimas.

Porque Pons Arnau idealiza el motivo sin despojarle de su fuerza íntima. No solamente cuando el paisaje sirve de fondo á composiciones cual la de *Misión cumplida*, donde vemos salir de una casa medio sepultada por la nieve invernal á un sacerdote que acaba de viaticar á un moribundo, ó la escena de *Pobre gente*, que es uno de sus más bellos cuadros, sino al dejar silencio y soledad en el granadino ó humilde lugar serraniego.

Totaliza, además, Pons Arnau su visión descriptiva del Guadarrama con las figuras optimistas, juveniles y dichosas de las montañistas, de ese tipo moderno de la mujer madrileña que escapa á la ciudad tentacular para retar cimas y abismos.

Esas medias figuras de muchachas con el pintoresco indumento de los alpinistas, con las líneas esbeltas y como marineras de los esquifes, agitando sus velos á contraluz de las mañanas centelleadoras y de las tardes románticas, esas testas desmelenadas y sonrosadas por el aire

cimero, dan al arte de Pons Arnau extraordinaria potencia jubilosa.

Son síntesis y hechizo alegórico de la alegría de vivir.

Rasgo característico del arte de este pintor que ama la Sierra y quiere contagiar de su amor á los demás...

José FRANCES



«Pobre gente», cuadro de Francisco Pons Arnau



LA CARAVANA IDEAL

El bello ensueño infantil—la caravana fastuosa de los Magos de Oriente, con sus dromedarios cargados de presentes de fábula, con sus séquitos de esclavos que van sembrando ante cada ventana abierta las joyas que la ilusión espera—torna, como todos los años, á pasar como una anunciación por nuestro espíritu.....

Reyes Magos para los niños, caravana ideal de nuestras esperanzas, de la fe en el don milagroso que nos hará felices..... Alegría de los niños y de las almas, que, á pesar de las rudezas de la realidad, quieren ser siempre niños para conservar ese don de la ilusión, ese anhelo de bondad y de pureza que nos permitirá esperar, esperar siempre, que, en una milagrosa Epifanía, los Magos de la vida nos otorguen la dicha de una nueva quimera, de un nuevo amor, de una dicha nueva.....

(Dibujo de Quesada Hoyo)

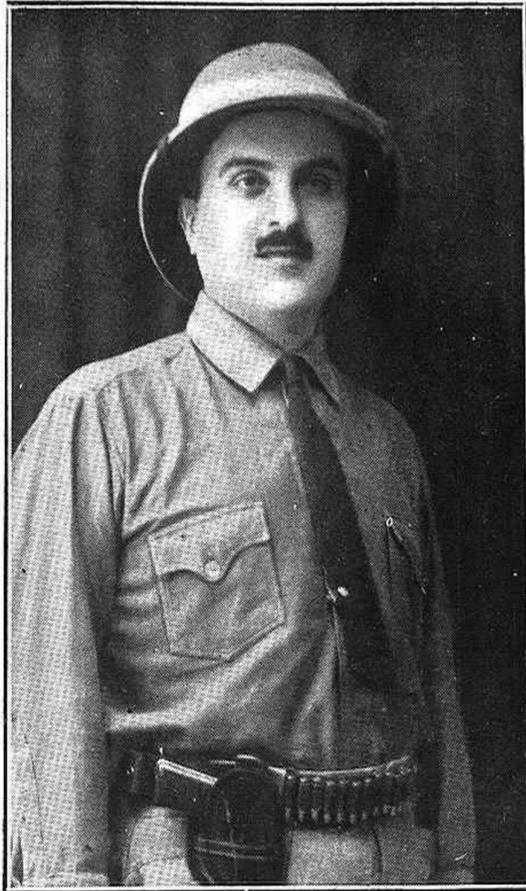
México es un país de casi dos millones de kilómetros cuadrados, ó sea cerca de cuatro veces mayor que España. México es un país privilegiado, con temperatura tropical en las costas, templada en las mesetas, y que se asoma con excelentes puertos y caudalosos ríos á los dos mares del porvenir: el Atlántico y el Pacífico; un país cuya historia precolombina encierra en sus múltiples é inestudiadas razas el secreto de la Humanidad, porque allí háy ruinas como las egipcias y las babilónicas; unos «Estados Unidos Españoles», en fin, que, mutilados y todo por la preponderancia absorbente de los vecinos «Estados Unidos Ingleses», son la gloria más preclara de la raza hispana que los trajo á la moderna civilización.

Y de México nos viene ahora, con un hermoso libro bajo el brazo, libro recién publicado con esmero por la casa Espasa-Calpe, nuestro insigne compatriota el doctor José María Albiñana Sanz. *Aventuras tropicales (en busca del Oro Verde)* se titula el tal libro, cuyas 365 páginas, número igual al de los días del año, lee uno sin darse cuenta, de un tirón, porque son sus páginas, al par que libro de viajes deliciosamente descriptivo del trópico y de sus peligros, apasionante novela vivida por el protagonista, su autor, en sus correrías de médico observador y de «español andante», durante siete años, por la Nueva España de antaño, hoy envidia de cuantos aquí suspiramos por una nueva España también.

Si «jamás la espada embotó á la pluma», que dijo Don Quijote en el inmortal Discurso sobre las Armas y las Letras, tampoco nunca la pluma fué embotada por el bisturí; y si este aserto quedó bien probado antaño con escritores como Mata, Letamendi, Bartolomé José Gallardo y otros médicos famosos, archiprobado queda con *Aventuras tropicales*.

Albiñana, médico neurólogo y mentalista, ha hundido su bisturí de psiquiatra, bisturí psíquico también, se entiende, en la complicada psicología del indio ancestral que hoy integra una buena parte de la amada Confederación mexicana, y nos ha dado tipos palpitanes de vida—¡oh, eterna sucesión de los ciclos históricos de Vico!—de la vieja literatura picaresca de los Guzmanes de Alfarache, Lazarillo de Tormes, Rinconetes y Cortadillos castellanos, trasplantados por ley evolutiva á la selva inextricable, llena de tigres y serpientes venenosas; al pantanoso río, cuajado de caimanes; al poblado naciente de miserables casamatas y chozas primievas hechas de palo rosa, caoba, palosanto y otras maderas preciosas, allí inapreciables; el platanar de ubérrimos frutos golosos; á las islas de los minúsculos colibríes, de las policromadas mariposas, de las flores y frutos más admirables, trasuntos fieles de los paradisiacos del Génesis y del Corán; paraísos con huries y Evas; unas, negras, como las Isis egipcias ó las Vírgenes guadalupenses; otras, rojas, cual las bellezas incásicas ó nahoes; otras, blancas, como las Venus griegas, Venus teheranas ó tejanas, de líneas de sílfide, ojos de gacela, bucles de oro y traje de amazona, como *Miss Mabel*, montando á la carrera caballos en pelo; nadando como una ondina y disparando su rifle-ame-tralladora á razón de tres tiros por segundo, con puntería que paraliza el salto mortal del tigre ó hunde en el pantano al caimán que se lleva un niño en la boca...

Y hay también en



EL DOCTOR ALBIÑANA

Autor del libro «Aventuras tropicales», cuya acción se desarrolla en Méjico y que está obteniendo un gran éxito de público y crítica

la novela - historia de Albiñana, negociantes en terrenos, como Margarito Machorro, que no deja vivir á nadie con sus ofertas de Eldorados al ensueño codicioso y aventurero; panzudos alemanes, como el ferretero Serman, perezoso *gourmand*, tres veces divorciado y «en ansiada espera de serlo muchas veces más, pues las flechas de Cupido eran el mejor artículo de su propia ferretería»; ó bien, como Baker, mitad boticario, mitad hechicero, que vende harina por quinina para cobrar una cuenta vieja á un mal pagador; picapleitos como el licenciado Rueda, criollo enredador de los buenos tiempos de don Porfirio; indios angélicos, cual Gelasio Alvarez de Toledo, uno de tantos «nobles» de la selva, nobles por la nobleza de los amos españoles que antaño tuvieran y de los que, siervos de la gleba, patronímicamente tomaran ellos el nombre; é indios archimaquiavélicos, pérfidamente listos, cual Arnulfo Tejeda, «mayor» zapatista, un truhán del viejo Zocodover nacido

para bandido revolucionario en las márgenes del Papaloapam ó del Usumacinta; un Bartolo Pistón, malagueño saladísimo, charlatán, buscavidas invencible que sabe más que los héroes de *La Reliquia*, de Eça de Queiroz, en punto á fraudes místicos, pero que en el fondo de su pecho lleva viva la bondad tartesia de los que tuvieron antaño leyes como las de los Vedas, redactadas en verso; ó un «oso asturiano» como Manolón, para cuya inocente vanidad plantigrada todos los demás mortales, fácilmente derribables con uno de sus puñetazos de Hércules astur, no eran sino míseros «acridios»; ó, en fin, un fauno homérico catalán: *Peve Ripoll*, un casi centenario, voluntario de Prim, que vive desde hace cuarenta años la ley de la selva, sin pagar contribución á nadie, sin tratar ni necesitar tratar á nadie, más que á las fieras: unas que, domesticadas, le sirven de perros fieles y sumisos, y otras, todavía sin domesticar, pero á quienes ya conoce por sus respectivos nombres que él les diera, y que, considerándole quizá como á un congénere bípedo, no le oponen jamás obstáculos en sus escapadas de fiera en celo, cuando va robando en plena impunidad las indias jóvenes y hermosas de las rancherías de Río Tonto, para llevárselas á su robinsonesco palacete de la selva.

Con todos estos personajes reales convive Albiñana en sus audaces correrías científicas, y también con otros más: los feroces revolucionarios de la banda latrofaciosa de *El Chacal*, y de éstos recibe, con sus compañeros, ataques mucho más terribles que los del jaguar, el leopardo, el tigre, la víbora ó el caimán; porque esta hampa salvaje, con la que el México civilizado aún tiene mucho que luchar, como lo demuestran hoy mismo esos rebeldes que vuelan trenes é incendian poblados, no reconoce límites en sus perfidias de indio diabólico; y son de leer y de admirar en la novela las teatrales mutaciones que unos «aztecas» de oro acuñado, unos tragos de pulque ó de coñac, un tiro ó un puñetazo pegados á tiempo, unas «palabritas» ó una simple mancha de tinta en un pasaporte, introducen en la trágica escena, haciéndola cómica, ó en la cómica escena, haciéndola centellear de tragedia, en menos que se forma una tormenta en el trópico y llevando á comer y á embriagarse juntos, como hermanos, los condenados á muerte de un minuto antes y sus jueces, con esa veleidat del carácter hispano, tan propenso á la paz como á la guerra, al placer como al dolor, al amor ciego como al odio irracional y sin límites de todos los pasionales, y más si anda de por medio el oro ó la hembra, el vino ó la vanidad, la envidia ó el fanatismo.

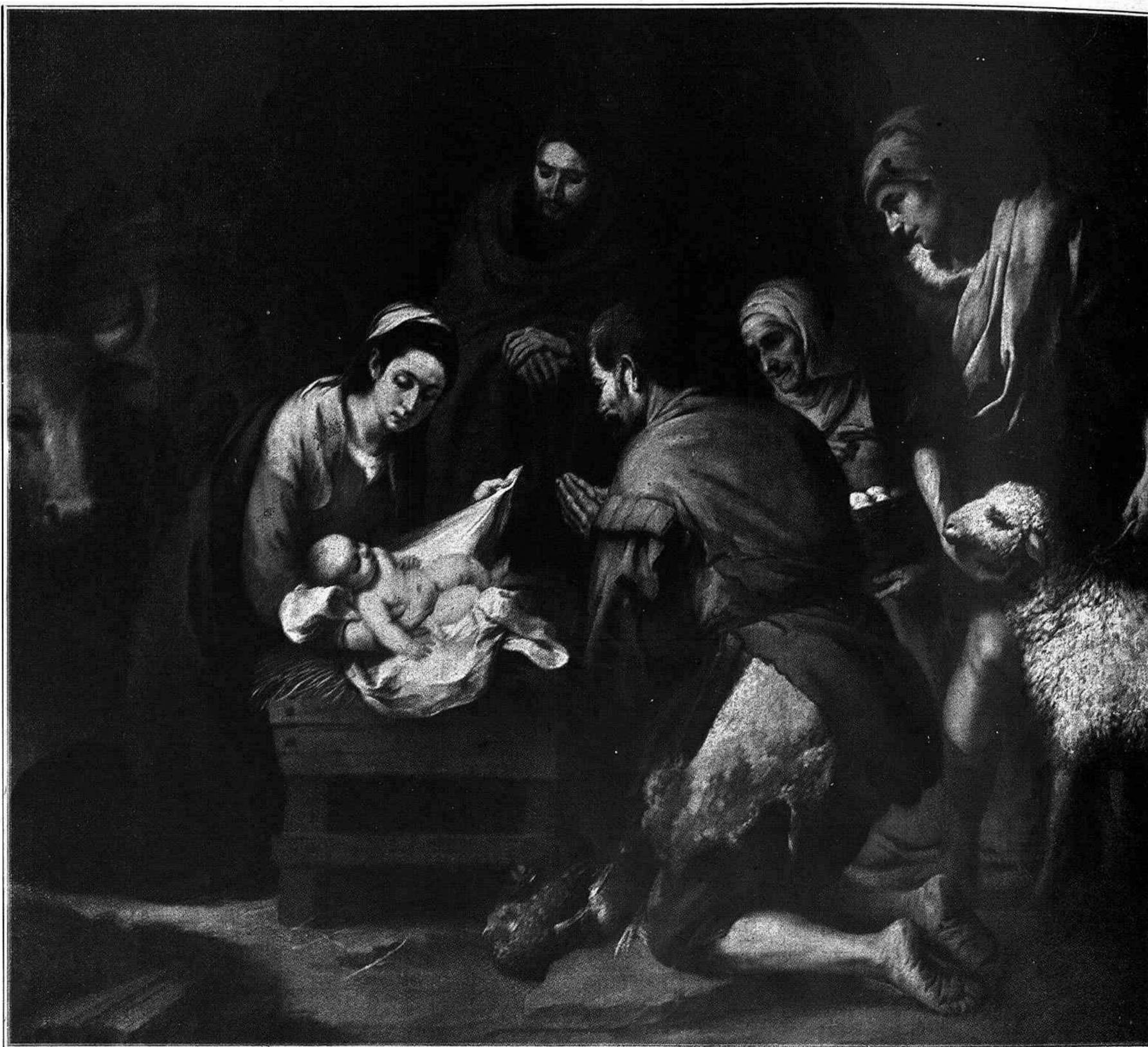
El doctor Albiñana, profundo hombre de ciencia, consagrado á su especialidad neuróloga, se revela ahora como un gran novelista, y las páginas sorprendentes de sus *Aventuras tropicales* no desmerecen al lado de las inmortales de su ilustre paisano Blasco Ibáñez en *La barraca* ó *La catedral*. El autor ama á México de todo corazón, y como artista refinado describe con entusiasmo lírico los bellos paisajes de la hermosa tierra.

Todos sus amigos sus viejos amigos del Ateneo — deseamos que sus valiosas obras literarias enaltecian á la nación hermana y lleguen á colocarse en áurea vitrina en las propias galerías del Palacio Nacional.

MARIO ROSO DE LUNA



Partida rebelde que topó con los excursionistas de «Aventuras tropicales», en las márgenes de Río Tonto



«La Adoración del Niño Jesús», cuadro de Murillo, existente en el Museo del Prado



ROMANCE INFANTIL

EPISODIO DE LOS REYES MAGOS

Para Carmencita Porras García.

Un cielo de azul marino
—bella cretona con flores
de brillantes lentejuelas—
se tendía de monte á monte.
La estrella estaba en el cielo,
como en las decoraciones,
con su gran rabo de plata
como una firma.

Pastores,
con pellico y corderillos,
descendían de los montes,
de los que se alzaban raudas,
como pájaros, las voces,
los cantarés y las músicas,
que volaban en la noche,
como mariposas negras,
en torno de los hachones.

La estrella de hoja de lata,
que parecía un gran broche,
un colosal imperdible
sobre el azul toldo enorme,

iba pasito, pasito,
cruzando valles y alcores,
guiando á los buenos Reyes,
como una mano, hacia donde
la Virgen velaba el sueño
del Señor de los Señores.

Como reyes de baraja,
con sus coronas diformes,
sus mantos de terciopelo,
sus blancas barbas de monje,
sobre briosos corceles,
los Reyes van en la noche
como el cortejo de un sueño
en una estampa en colores.

Llevan los Magos juguetes
á millares, á millones,
y en todos los zapatitos,
que en ventanas y balcones
son como barcas en seco,
van repartiendo sus dones.
¡Un poco más á los ricos
que á los pobres!

De pronto un niño detiene
al gran cortejo: «Señores:
estoy descalzo; no tengo
ni zapatos ni zurrone,
ni nada donde pongáis
lo que á mí me corresponde.»
Gaspar frunce el entrecejo,
Melchor carraspea y tose,
Baltasar mira la luna
y ninguno le responde.
¡Llora el niño sin consuelo!
Baltasar, el viejo, coge
su gran corona de plata.
«Ahí tienes—le dice—donde
te puedan mis compañeros
hacer gracia de sus dones.»

Y cuando á Belén llegaron,
el buen Jesús sonreía,
á aquel que dió su corona
de plata y de pedrería.

F. MARTINEZ-CORBALAN

POR GALERIAS Y MUSEOS

Interpretaciones artísticas del Nacimiento de Jesús



«E Nacimiento de Nuestro Señor» según uno de los tapices de la colección «La vida de la Virgen» propiedad de la Real Casa española

EL Nacimiento del Mesías, en sus diversas formas de «Adoración de los Pastores», «Adoración de los Magos», etc., es uno de los temas más repetidos en la pintura clásica; y de los países cuyos pintores abordaron más reiteradamente ese tema, figuran en primer término España y Holanda. Casi todos nuestros pintores de los siglos xv, xvi y xvii y los holandeses coetáneos de ellos pintaron nacimientos.

En el Museo del Prado, y limitándonos a las escuelas españolas, hay, además de los de Murillo y Castillo y Saavedra, que reproducimos hoy, otros muchos, la mayoría de los cuales han aparecido ya en las páginas de LA ESFERA. Entre ellos, son dignos de mención: uno de fray Juan Bautista Maynó, religioso que vivió en la segunda mitad del siglo xvi y en el xvii;

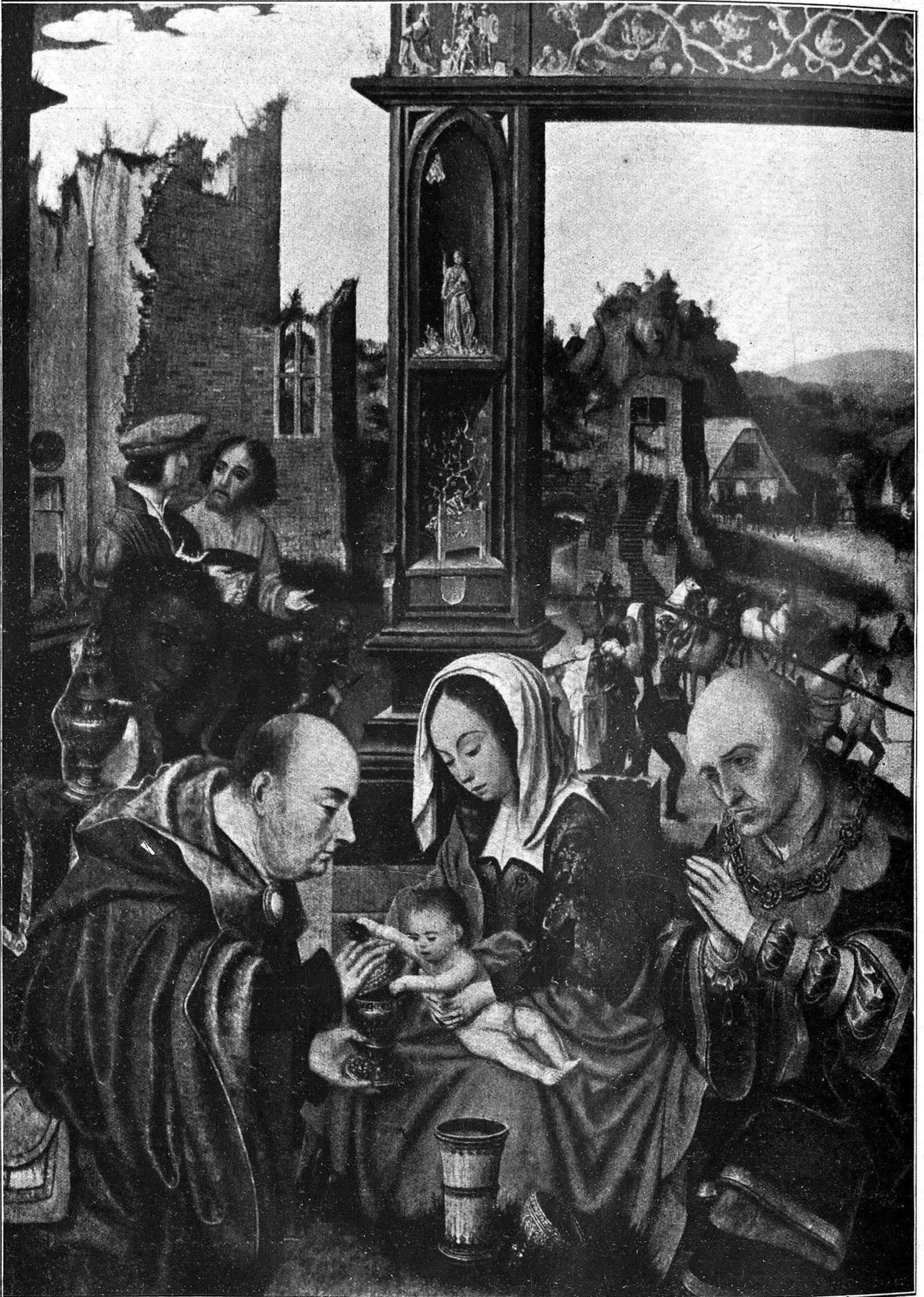


Cuadro de Botticelli, existente en el Museo de L'Ermitage, en Leningrado

otro de Correa; dos de Antolínez, que repitió mucho el tema, además de pintar otros asuntos de la infancia del Redentor; uno de Ribera, ó por lo menos de su estilo; otro de Orrente, el Bassano español, que como el de Murillo procede de la colección de Carlos III; uno primitivo, del xv, sin autor determinado, y en el que aparecen bien las dos influencias, italiana y germana, que entonces experimentaba nuestra pintura; y otro sin atribución individual también, pero en que se ven muy claramente las características de nuestra Escuela madrileña del xvii.

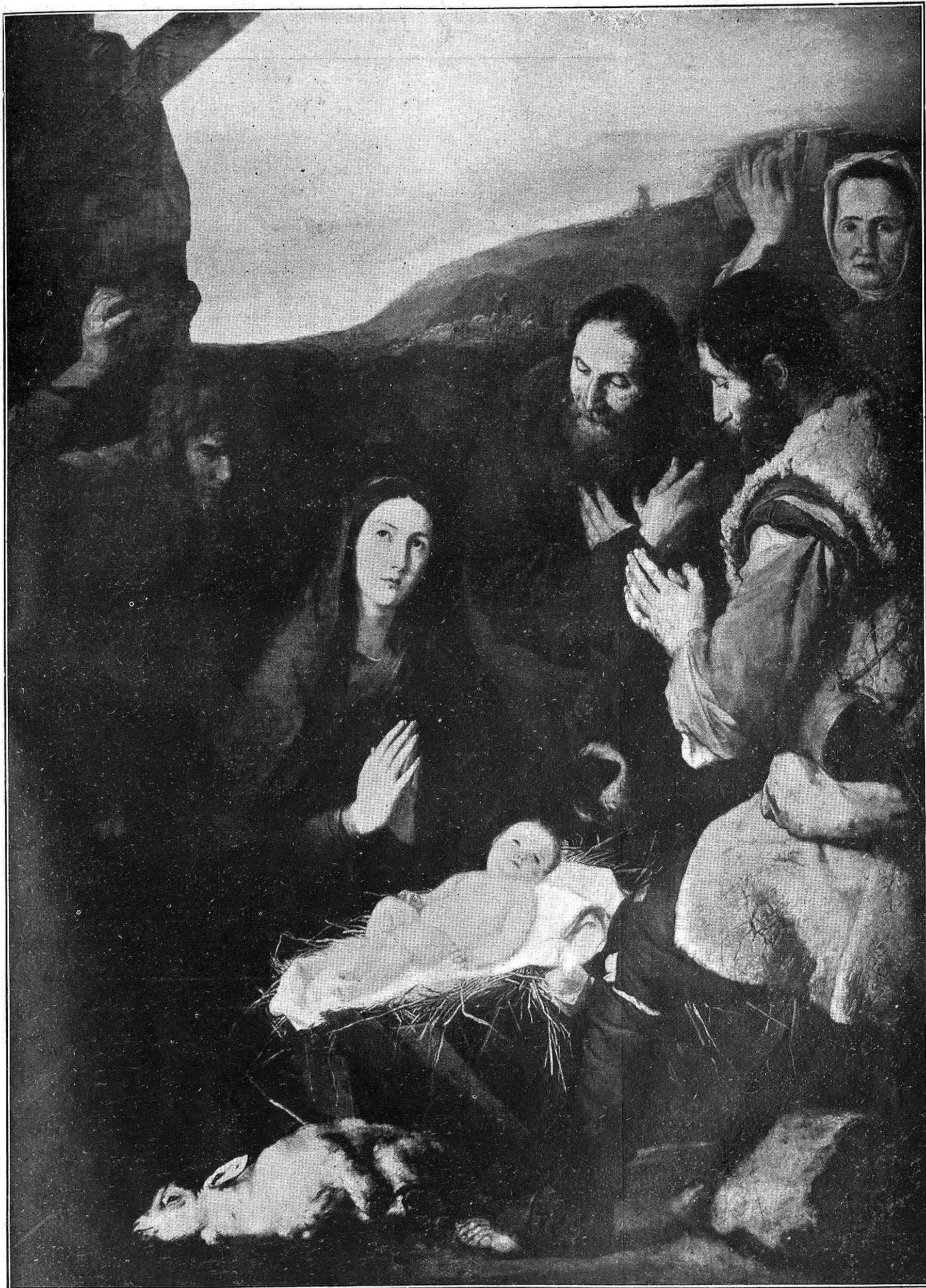
Algún autor atribuye este último á Eugenio Cases; pero Madrazo, por ejemplo, no aceptó la atribución.

De los dos nacimientos que reproducimos, el Murillo, menos conocido que la mayoría de los cuadros religiosos del



En los Museos extranjeros

«La Adoración de los Magos», cuadro original de Mostaert, existente en el Museo de Amsterdam



En los Museos extranjeros

«La Adoración por los Pastores», cuadro de Ribera, existente en el Museo del Louvre

mismo autor, es realmente magnífico. Las figuras, pintadas con más realismo del usado generalmente por el pintor sevillano en sus cuadros religiosos, son de tamaño natural, y el cuadro tiene 1,87 de alto por 2,28 de ancho.

El de Castillo y Saavedra corresponde también al siglo xvii—Castillo nació en 1603 y murió en 1667—, y es netamente sevillano. Sus figuras son también de tamaño natural; están ricamente pintadas, y el cuadro tiene 2,16 de alto por 1,63 de ancho.

Reproducimos también una *Adoración* de Ribera, existente en el Museo del Louvre de París, y á que nos referíamos cuando no hace mucho publicamos reproducciones de otros cuadros del mismo pintor, existentes en aquella pinacoteca.

El nacimiento pintado por Ribera difiere bastante de otros cuadros religiosos del mismo autor y, desde luego, del que con el mismo asunto existe en el Prado, sin identificación completa, pero como correspondiente al autor de que hablamos.

De los nacimientos famosos existentes en los grandes Museos extranjeros, de autores extranjeros también, reproducimos tres: uno de Potticelli, que se conserva en el Museo de L'Ermitage, en Leningrado, y dos de Escuela holandesa, existentes en Amsterdam.

En la galería de L'Ermitage, en el viejo San Petersburgo, existe, quizá por poco tiempo, puesto que se atribuye á los Soviets el propósito de liquidar el tesoro artístico de Rusia, una *Adoración de los Magos*, de Botticelli, que es quizá la mejor representación en aquella galería de la pintura del primer renacimiento italiano, y fué adquirido por Alejandro I, aconsejado por el barón Vivant-Denon, que, como los anteriores dueños de él, le atribuía á Mantegna. La compra fué hecha por el Zar en 1808, y hasta 1861 no fué identificado como de Botticelli.

«La composición recuerda—dice James Van Schmidt—á la del célebre cuadro que en la Galería de los Offici, de Florencia, muestra á los Médicis reunidos en torno de la Sagrada Familia.

«Indudablemente, es el donador y los suyos los que están figurados en el cuadro de que hablamos, porque muchas de las cabezas tienen marcadamente carácter de retratos. Desgraciadamente, no existen documentos que permitan identificarlos.»

El Botticelli de San Petersburgo es algo posterior al de Florencia. La composición es más amplia, aunque simultáneamente más concentrada en algunos puntos. Los dos grupos laterales, efectivamente, agrupan las figuras de modo que quede más visible en el centro del cuadro el motivo principal.

El énfasis del criado que procura dominar al caballo anuncia ya en el cuadro de L'Ermitage la última manera de Sandrodi Mariano Filipepi.

Algunas figuras, como la del Rey, que se lleva la mano á la barba, en el grupo de la izquierda, muestran una fantasía de aspecto general que contrasta con el realismo de todos los detalles de los ropajes y del aspecto externo; y las dos figuras de San José y la Virgen son, desde el punto de vista de las formas, creaciones puramente ideales.

El paisaje, por su parte, como los del primer renacimiento italiano, en general, es también una mezcla de fantasía y realidad.

Algún crítico censura al cuadro porque su perspectiva, demasiado geométrica, le da aspecto escenográfico.

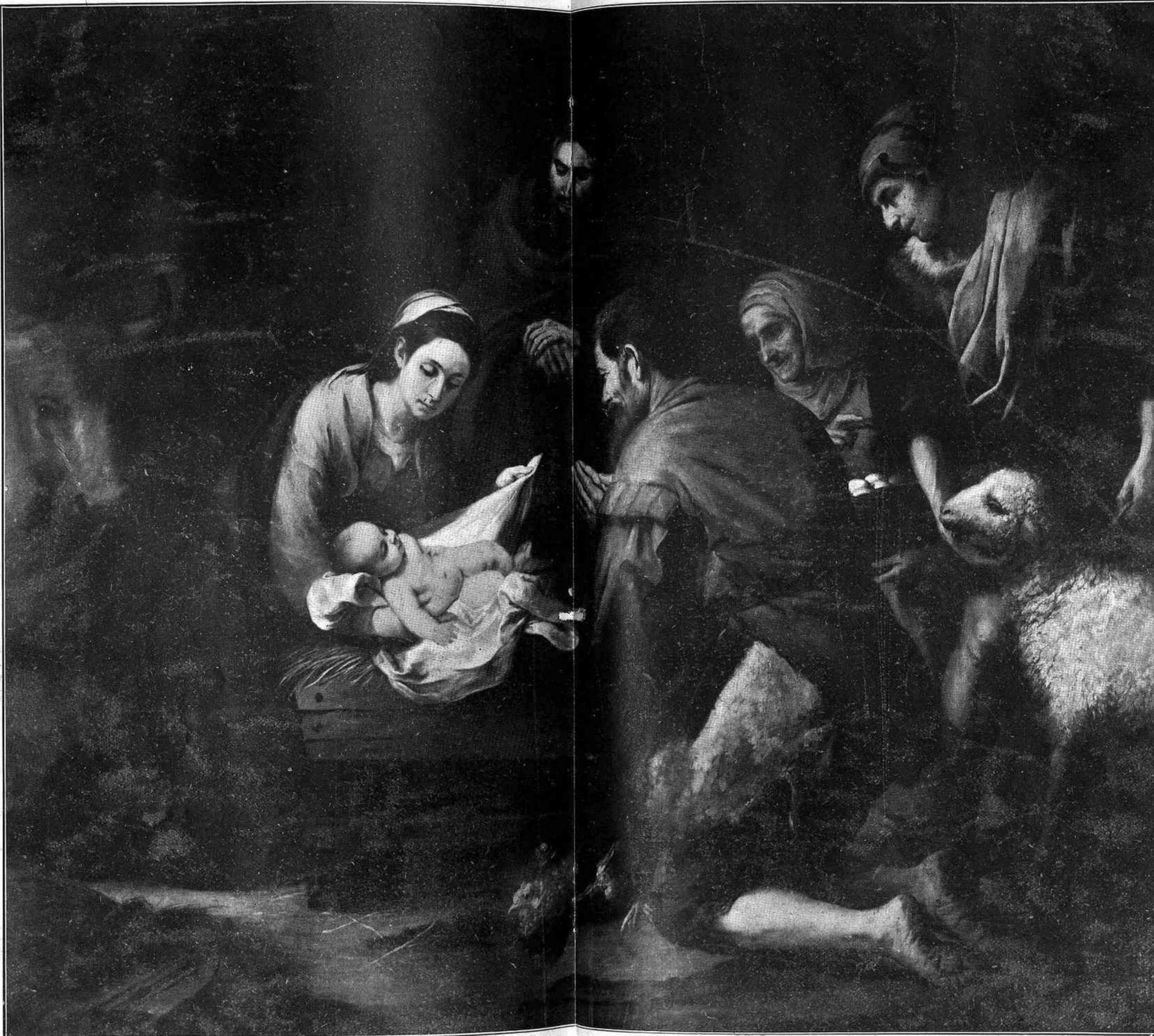
En el museo de Amsterdam hay dos nacimientos, dos adoraciones de los Magos, uno de Geertgen Tot Sint Jaus, pintor que probablemente nació en 1465 y murió en 1493, y otro de Jan Mostaert, que nació en 1474 y murió en 1555, ambos de escuela holandesa.

Geertgen Tot Sint Jaus ó Geertgen de Haarlem, como también se le llama, es uno de los mejores representantes de la pintura septentrional de los Países Bajos.

Se sabe poco de su vida, y pocas obras suyas han podido ser estudiadas; era usual entre los artistas de su época no firmar los cuadros, y es difícil la atribución de sus cuadros.

El que reproducimos tiene un evidente parentesco con el de Jan Mostaert, que reproducimos

EN EL MUSEO DEL PRADO



«El Nacimiento de Jesús», cuadro de Murillo, que se conserva en el Museo del Prado

(Fot. Cortés)

D. T.

mos también, del mismo museo. En ambos, la Virgen está representada como una criatura llena de gracia y humildad, que baja humildemente los ojos, y el Niño Jesús, que tiende la mano con el mismo gesto de curiosidad ante las cosas preciosas que le ofrecen, parece más bien un muchacho listo que el Hijo de Dios.

Los Reyes, con los mismos ademanes respetuosos ante la pobreza y la inocencia. Ambos pintores han sabido, sin dejar de ser piadosos, dar á la escena un realismo muy holandés.

Lo que diferencia la obra de Geertgen de la de Mostaert es su mayor riqueza de colorido y una admirable delicadeza cromática. Su composición parece más llena por el valor más grande que da á los accesorios. Tiene además detalles deliciosos, como el vaso esférico de cristal, con armadura de oro, que sostiene el Rey negro. Su dibujo, finalmente, es más cuidado, sobre todo en las manos y en los ropajes.

Mostaert, que fué durante muchos años pintor de Margarita de Austria, y algunos suponen que es el mismo « maestro de Oultremont », autor de un famoso tríptico conservado en el Museo de Bruselas.

Su *Adoración de los Magos* es magnífica. Muy puramente holandesa, tiene ya en sus figuras, á cambio de haber perdido otras cualidades, más vida, por el movimiento de sus figuras, que el cuadro de Geertgen, de que acabamos de hablar.

Reproducimos también un tapiz, en que aparece la interpretación artística del Nacimiento del Redentor.

Es uno de los que integran la colección de *La vida de la Virgen*, una de las más famosas entre las admirables que posee la Real Casa española.

Las colecciones de tapices de la Real Casa española gozan mercedamente fama mundial, y, entre ellas, una de las mejor conocidas y conservadas es precisamente esta de *La vida de la Virgen*, á que pertenece el magnífico paño que reproducimos á la cabeza de esta información.

Todos esos tapices, que, así como la interesante historia de la colección regia, han sido estudiados por un eminente crítico de arte español, cuyo estudio fué publicado en español y en francés, y es fundamental para el estudio de esa interesantísima manifestación de arte, á la que los monarcas españoles dedicaron preferente atención, adquiriendo en el Extranjero diversas colecciones y fundando y sosteniendo las reales fábricas, que iniciadas modestamente en la fábrica que se llamó de Santa Isabel, que es precisamente la reproducida en el famoso cuadro de Velázquez *Las hilanderas*, y más tarde, en los tiempos inmediatos á Goya, en Santa Bárbara, inmediata á la famosa cárcel del Saladero, próximamente en el lugar que hoy ocupan las últimas casas próximas á la plaza de Santa Bárbara, de la acera de los pares, en la calle de Sargasta, hasta que fué trasladada al Pacífico, donde aún existe.

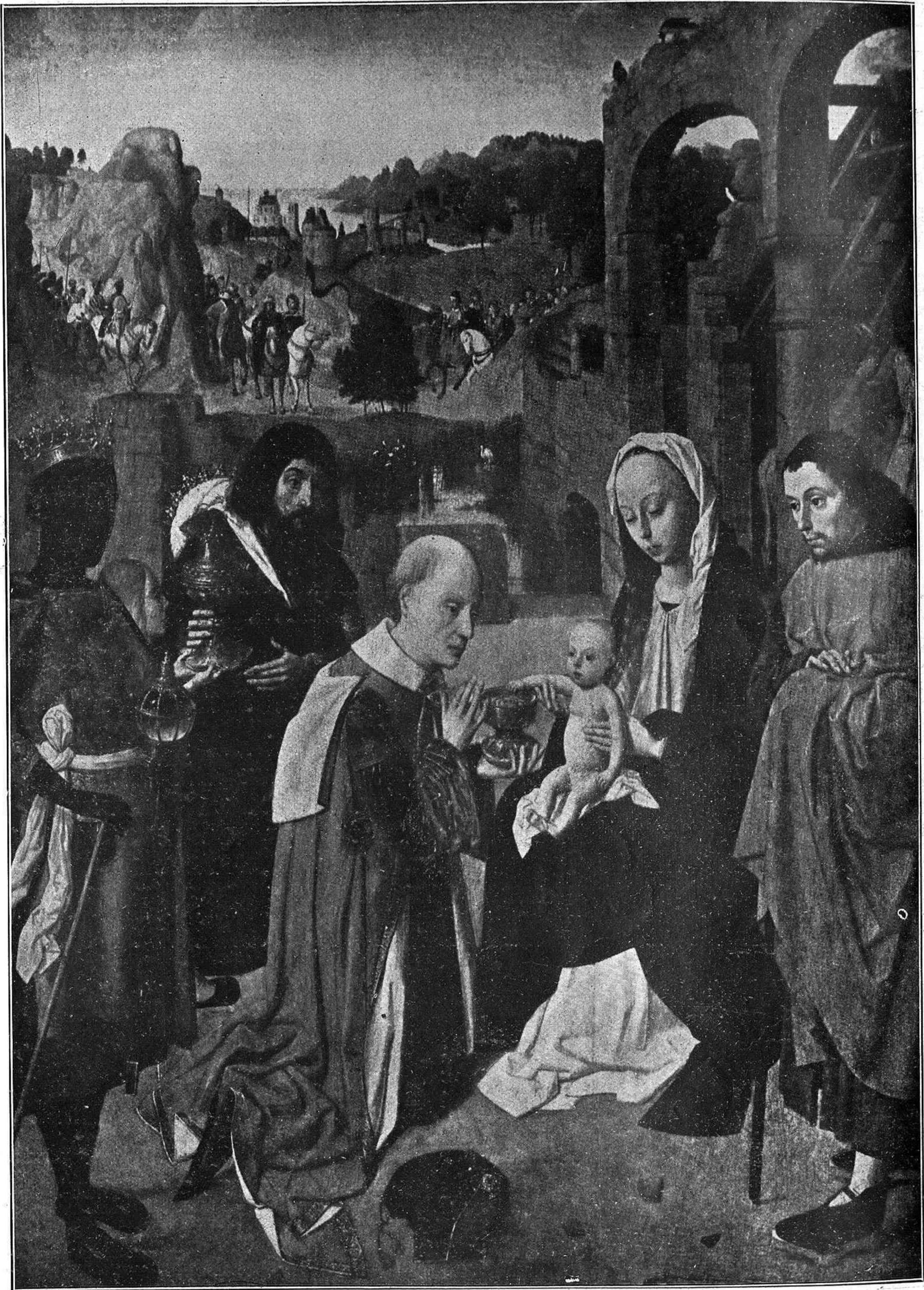
Para esas fábricas, los monarcas, que las dedicaron su regia atención, trajeron artífices extranjeros; pero encontraron siempre preciosas colaboraciones de artistas hispanos.

En cuanto á los cartones, al principio fueron todos de artistas extranjeros; pero los más famosos tapices de la Real Fábrica de Madrid fueron los fabricados sobre cartones de Goya, cuya admirable colección está en el Prado.

En la última parte del siglo pasado y en la primera del actual, fué director artístico de la Real Fábrica un artista meritisimo, D. Francisco Amerigo, eficazmente ayudado por uno de sus discípulos, Adrián Méndez, muerto también ya, que llegó á dominar absolutamente la fabricación y estableció una fábrica propia.

La industria tapicera—la fabricación de tapices—es una de las industrias artísticas que en nuestro país merecen ser atendidas y resucitadas, y que podría ser una copiosa fuente de riqueza.

De los cuadros que reproducimos pueden sacarse provechosas enseñanzas acerca de la evolución de la pintura en las diversas épocas y ambientes, estudiándolos por su orden cronológico.



En los Museos extranjeros

«La Adoración de los Magos», cuadro original de Geertgen Tot Sint Jaus, del Museo de Amsterdam



En el Museo del Prado

«La Adoración por los Pastores», cuadro original de Castillo Saavedra, existente en el Museo del Prado

POR EL TESORO ARTÍSTICO ESPAÑOL

EL PROBLEMA DE LAS RESTAURACIONES

UN EJEMPLO: LA BASÍLICA DE SANTULLANO

Es un ejemplo clásico—ó que, á mi juicio, debiera ser clásico en toda lección sobre restauraciones—el que recojo para hablar de una cuestión á la que yo no llevo sino como aficionado, como escritor. Y como viajero por España, que ha visto innumerables profanaciones. ¿Cómo debe hacerse una restauración? Si en alguna parte ha de preocupar el tema y ha de procurarse resolverlo con precisión certera, es en España, país hospitalario donde se albergaron sucesivas culturas. Quizá no sea el país del mundo ni de Europa que tenga más espacio cubierto de ruinas por kilómetro cuadrado, porque España es muy grande; pero un mapa en que apareciese marcado todo lo que se hundió por ley fatal del tiempo ó por desidia y todo lo que está desmoronándose hoy sin que nadie pueda remediarlo, daría en la parte de España más nombres que en la de Grecia é Italia.

Las soluciones han sido, sucesivamente, distintas. También se adopta criterio distinto, según quien haga las obras de restauración y según quien las encargue. Pero nuestra época, respetuosa con el pasado, creo que llega á concretar bastante bien cuál es su deseo. Quiere asegurar la conservación del patrimonio artístico é histórico, impidiendo su definitivo acabamien-

to; pero no gusta de reconstruirlo y renovarlo sino en el papel, como estudio útil y como obra de arte. Es decir, no piensa en devolver su juventud á las ruinas. No labra piedras nuevas, para levantar otra vez, incluso la Torre de Babel si encuentra bajo las arenas de cualquier desierto los primeros sillares.

El viajero que llega ahora á las murallas de Avila recibe una impresión desconcertante. Le parecen obra nueva y, por tanto, de escenografía. Recuerdo que el año 17, cuando fuimos al Isonzo, en misión española, visitamos Venecia, y Unamuno se obstinó en no maravillarse del palacio de los Dux, ni de los canales, ni de San Marcos. Quería obra recia y no filigrana. «Pero, D. Miguel—le decíamos—, vea usted esto como lo que es. No pida usted masa á un templo bizantino!» «Prefiero las murallas de Avila!», contestaba el formidable vasco. Pues bien; ahora he visto las murallas de Avila. Proporciones, di-

es preciso seguir ante un templo azteca ó incásico enterrado hace siglos, y el que conviene á una nave que se desploma ó á una aguja gótica que se desprende de su sitio, todo está perfectamente estudiado; y el arte ha llegado á convertirse, por su precisión, en ciencia.

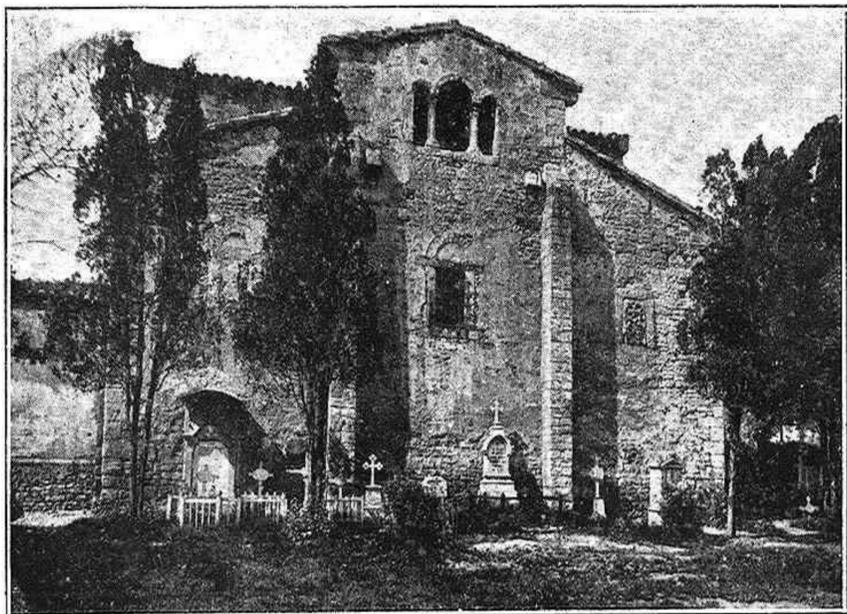
Pero siempre quedará un margen al artista. Por eso exhumo, como ejemplo, la obra de don Fortunato de Selgas en la basílica de Santullano—San Julián de los Prados—, transformada, devuelta á la vida que tuvo cuando la construyeron. Don Fortunato de Selgas, arqueólogo y filántropo—hizo en El Pito, Cudillero, las escuelas que llevan su nombre—, se encontró con la lucha entre restauradores y antirrestauradores, y su espíritu de hombre de acción, práctico, humano, le hizo encontrar una salida fácil. Si Viollet le Duc resucitaba los monumentos muertos, las murallas visigodas de Carcasona, él quería contentarse con restaurar un monumento vivo,



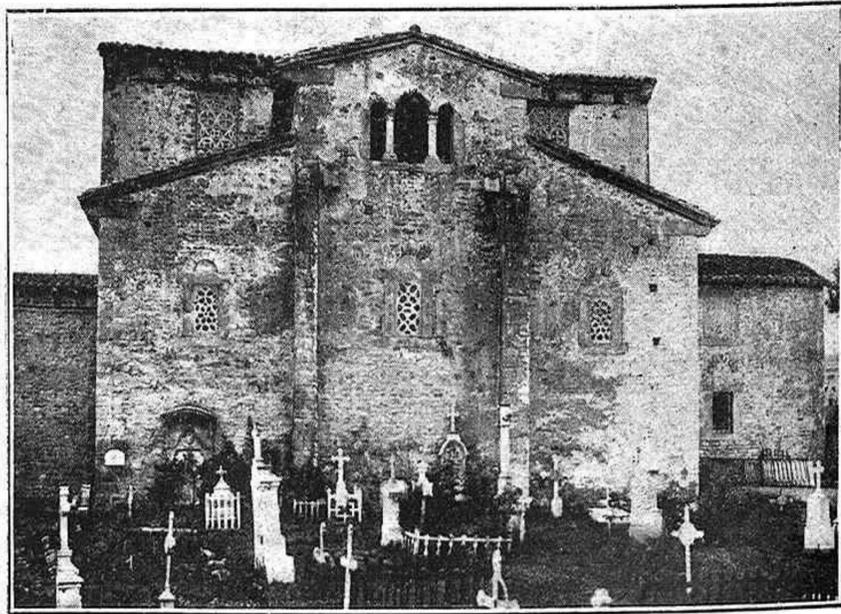
Vista de la fachada principal de la iglesia de San Julián de los Prados, después de la restauración

bujo y masa se me han reducido hasta parecerme de juguete. La Edad Media no ha variado. Es la restauración, que al devolverlas su juventud, reincorporándolas hasta la última almena, ha acabado por limitarlas y empequeñecerlas. Las murallas de Avila no son más fuertes que el palacio de los Dux, y si exagero no tendré yo la culpa, sino don Miguel de Unamuno y los restauradores.

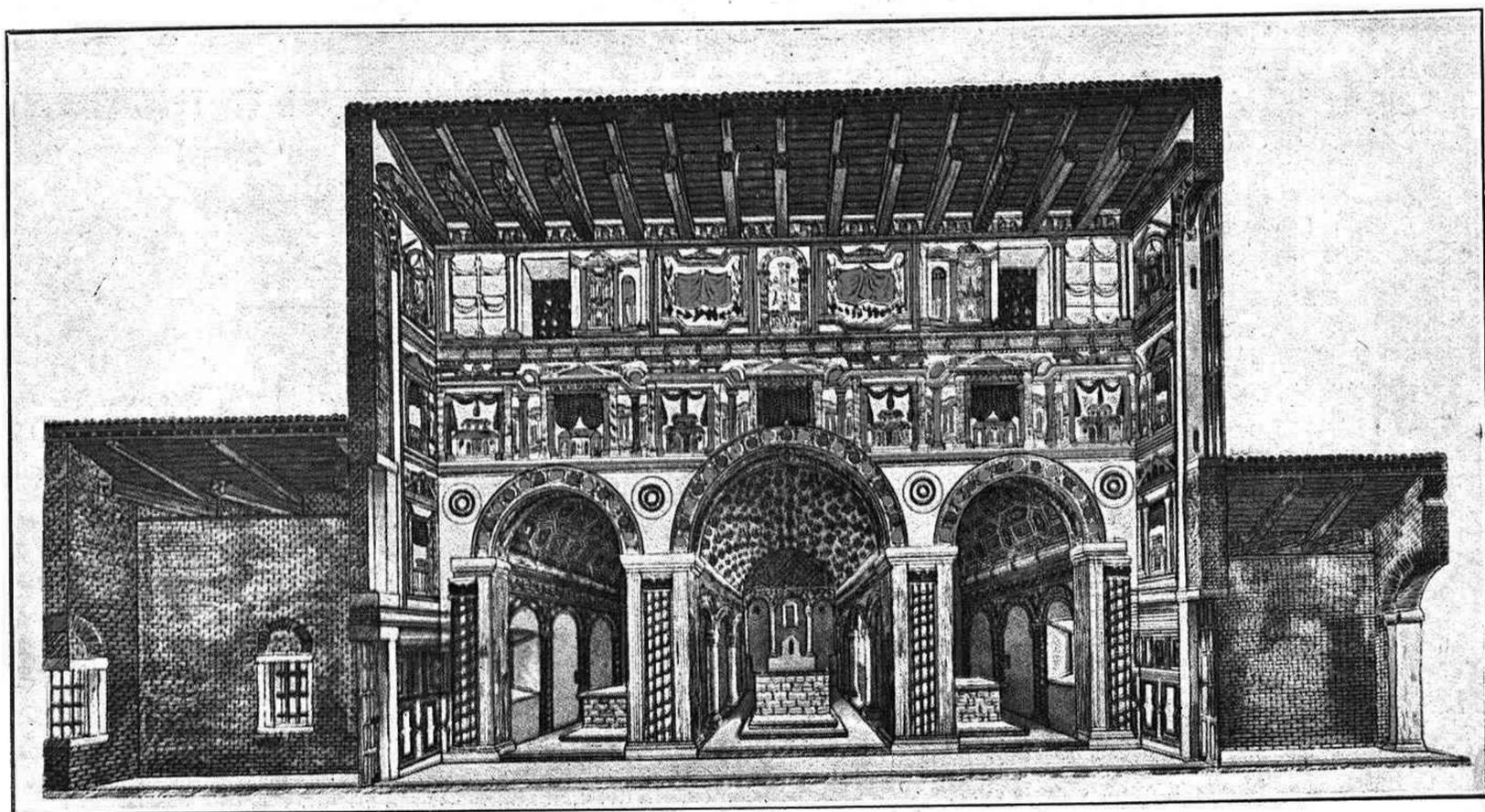
Desde el criterio que



Fachada posterior, antes de la restauración



Fachada posterior, después de la restauración



Reconstrucción transversal de las pinturas. Sección transversal por el crucero

como la basílica de Santullano que todavía hoy está cumpliendo el fin para que fué fundado. Es generoso en la aceptación de precedentes, y dice: «No he hecho más que seguir el camino abierto por los arquitectos extranjeros y españoles, que con buen acierto han preferido devolver á los monumentos su primitivo aspecto á verlos convertidos en ruinas, pudiendo citar en nuestro país á los señores Madrazo y D. Demetrio de los Ríos en la Catedral de León, Lampérez en las de Burgos y Cuenca, Casanova en la de Sevilla y Velázquez Bosco en la mezquita de Córdoba y en Santa Cristina de Sena.»

Realizó Selgas la restauración—á sus expensas—de Noviembre de 1912 á Mayo de 1915. Inspeccionó los trabajos el entonces cronista de Oviedo D. Fermín Canella, por la Comisión Provincial de Monumentos. Ejecutó las obras el maestro Vega y Mier. Copió las pinturas D. Senén Rivero González Rúa.

Y es curiosa la nota de las obras nuevas practicadas.

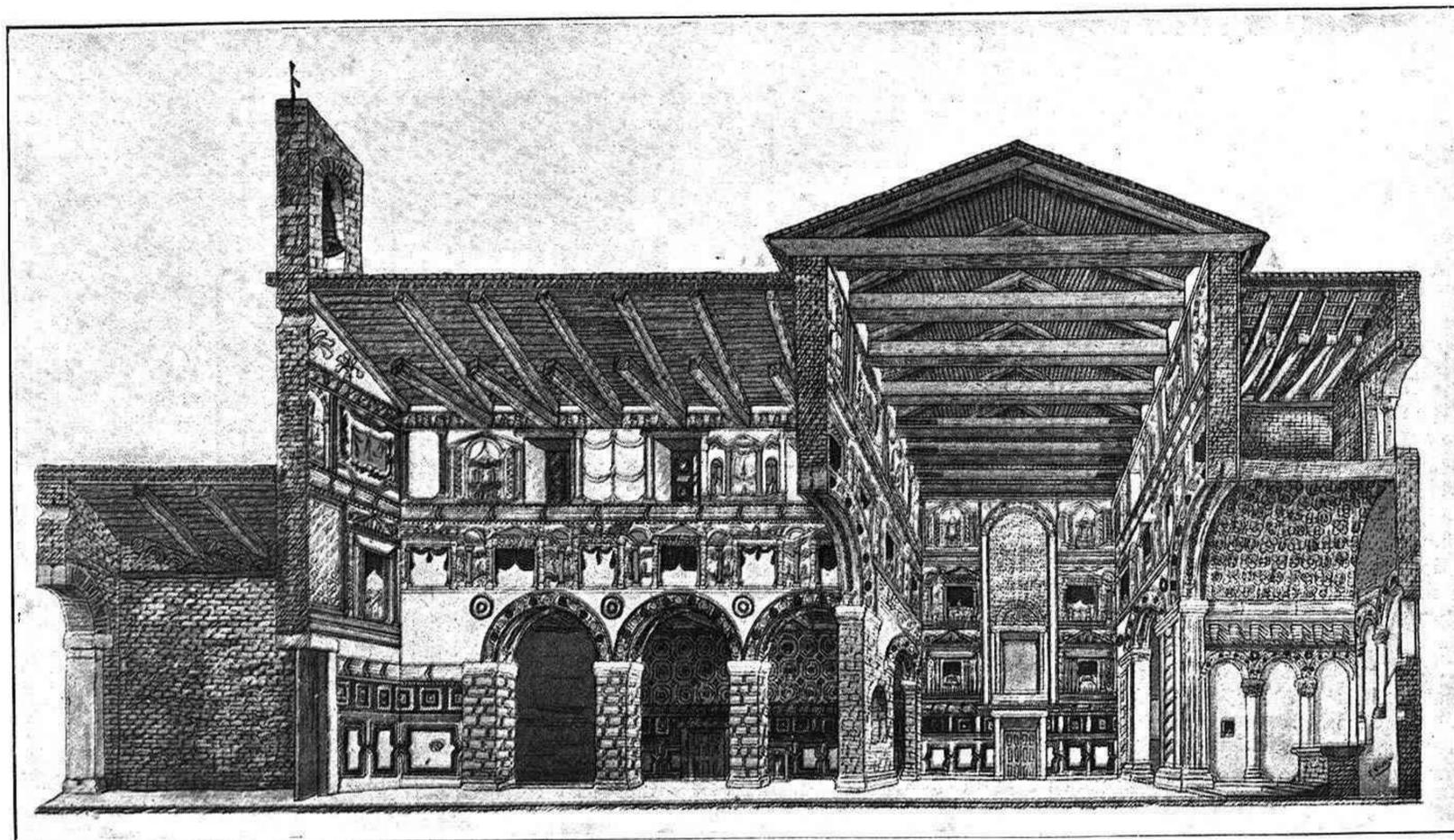
«El pórtico meridional construido con los materiales del primitivo. Todas las láminas de piedra perforadas de las ventanas de la nave y del crucero, excepto la del ábside del poniente que es antigua, por cuya traza se han hecho las otras dos. La cubrición de las naves y crucero. Sólo se han conservado tres vigas tirantes, unos pares y parte de la tablazón que ha quedado en su sitio. Los tres altares de los ábsides, aprovechando algunas losas de las mesas antiguas. La mitad superior de la espadaña. La vidriera del gran ventanal del crucero. El coro alto de madera que había sido renovado en el siglo XVIII.»

Se trata de una iglesia románica, de construcción, como es sabido, sólida, que, por ello, ha resistido muy bien el paso de los siglos; de líneas bien definidas que varían poco de unos á otros modelos. Las dificultades de la restaura-

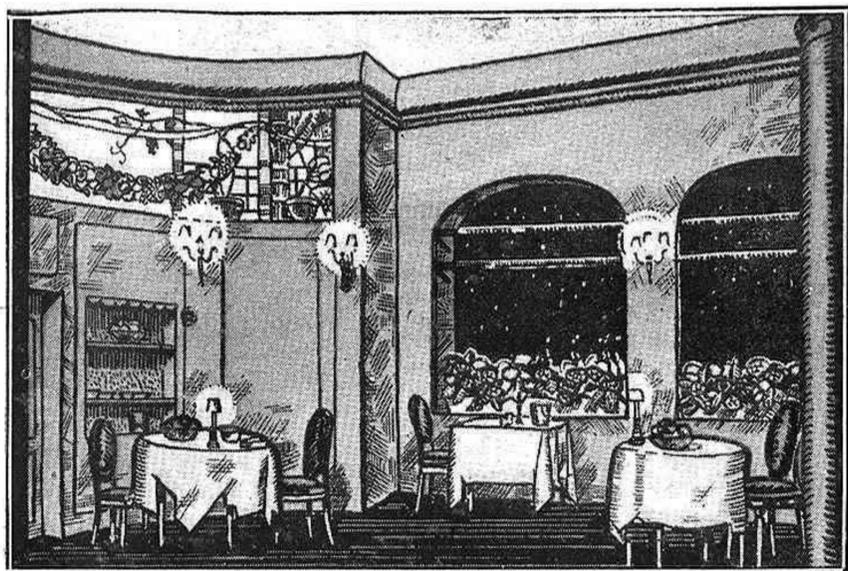
ción en obras de tipo más difícil: la catedral gótica ó la mezquita cordobesa, por ejemplo, aumenta en tales términos que cualquier movimiento es delicadísimo, y por mucha que sea la pericia y la buena voluntad que en ello se ponga, siempre quedará motivo para la crítica y el comentario desfavorable.

Sin embargo, tales trabajos suelen hacerse en silencio. Se conoce un plan de carreteras ó de ferrocarriles ó canales de riego y no conocemos el plan de conservación de los monumentos artísticos de España. Acaso esté esbozado, porque en los últimos años se ha dedicado al asunto mayor atención; acaso sea lo más difícil establecer una clasificación y, sobre todo, un orden de prelación; pero sería de desear que fuéramos precisando estas cosas. Ya que es imposible aspirar á que le salga á cada monumento español un D. Fortunato de Selgas.

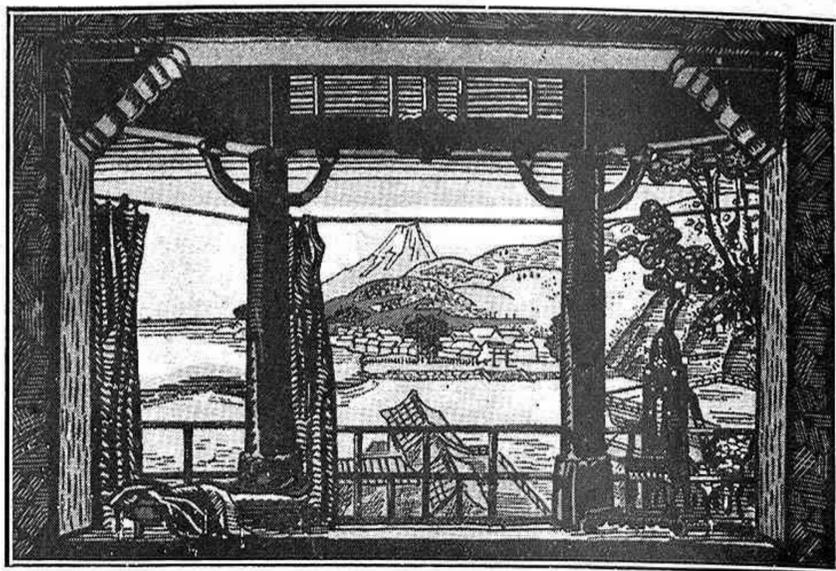
LUIS BELLO



Reconstrucción de las pinturas de Santullano. Sección longitudinal de la iglesia



Decorado para la obra «Le Dejeuner de Soleil», de Mirabeau



Decoración moderna para «Les Civilisateurs», de Jack Daroy

CADA VEZ es más frecuente y abundante la literatura teatral sobre *mise en scène*, sobre decoracionismo y sobre *les metteurs*, los modernos «tiranos» de la escena que tratan de imponerse y que consideran su labor por encima de la del autor y de la de los comediantes.

Varias y múltiples tendencias se ofrecen a la pública curiosidad, no siempre bien definidas ni logradas. Muchas de ellas tienen ciertos contactos, ciertos puntos de coincidencia y de expresión; pero otras ofrecen aspectos totalmente diferentes, antagónicos casi, siquiera tengan de común un sólo punto: la aspiración de conseguir la belleza y de mostrar una faceta de arte.

La preocupación de la escena es general en todos los países. General y amplia. A las veces sobre todos los otros aspectos del teatro. Hoy interesan más las *posturas* escénicas que el arte del actor y que la índole y mérito de la pieza misma.

Esta preocupación se traduce en libros, críticas, estudios bien orientados, los más amplios, colmados de interés y henchidos de admirables sugerencias y de ejemplaridades.

En Inglaterra, por ejemplo, el movimiento encauzado a imponer en los dibujos escénicos y en los dibujos para los trajes de los comediantes, el arte verdadero sobre la vulgaridad, sobre el lugar común que hasta ahora fué coronado sólo parcialmente por el éxito, ha tenido recientemente un gran empuje gracias al número especial de *Studio*, muy interesante y magníficamente ilustrado, publicado con el título *El dibujo en el Teatro*.

Contiene ciento veinte láminas grabadas en color, que resumen y compendian la obra teatral de los mejores artistas ingleses y extranjeros y, además, artículos importantísimos de Gray, de George Sheringham, de Cochran, de Janes Laver, etc.

También publica una carta de Playfair, del teatro lírico de Hammersmith, muy enjundiosa.

George Sheringham, que hace una vibrante llamada a los artistas teatrales para que protesten otra vez y se pronuncien en contra de los feos escenarios anacrónicos que tanto imperan en Inglaterra aún, como en tantos otros países, opina que el conservadurismo del tipo general de empresario inglés, atento a la taquilla más que al arte, es el principal obstáculo que tiene en Inglaterra el progreso del teatro. «Si no fuera—dice—por la visión y el gusto delicado de tres ó cuatro hombres, nada más, no tendríamos ninguna decoración en ninguno de los teatros profesionales que fuera digna de ocuparse de ella. Lo poco que se ha hecho por el nuevo espíritu de avance en el dibujo teatral inglés es debido exclusivamente a los principales produc-

tores de películas de nuestro tiempo.» Palabras estas, que en la amargura poco escondida que tienen, en la melancolía que se advierte en ellas, nos dan la sensación exacta del panorama actual de la escenografía inglesa, menos pujante de lo que muchos equivocados creen y propalan para darse de enterados y que servirá de consuelo, por aquello de que mal de muchos, consuelo de tontos, a nuestros empresarios, aferrados los más a las viejas normas, a los viejos procedimientos y al anacronismo...

Sin la visión y el ímpetu creador colmado de exquisiteces innovadoras de Nigel Playfair, no hubiera tenido Lovat Fraser sus años de brillante éxito en el teatro. Mr. Granville dió a Norman Wilkinson y a Albert Rutherston magníficas ocasiones de realizar su arte, y a Paul Shelving motivo para dibujar cosas interesantes que se han admirado en las escenas londinenses.

Para Cochran, William Nicholson, dibujó su deliciosa *Hogat Ballet*, y Edmundo Dulac dibujó también excelentes decoraciones; y ya que citamos algunos decoracionistas ingleses, maestros en el género, no podemos olvidar los nombres de Miss Doris Zinkeisen y Oliver Messell, que han realizado también estupendas producciones escénicas.

Ahora que, como decía lamentándose una revista gráfica inglesa: «Inglaterra tiene hoy la escuela más exquisita de dibujantes de teatro que ha tenido nunca; pero lo triste es que casi todos estos artistas tienen muy poco trabajo.»

El número especial de *Studio* a que nos hemos referido lo demuestra. Y demuestra también, que, a pesar de creerse ellos como los po-

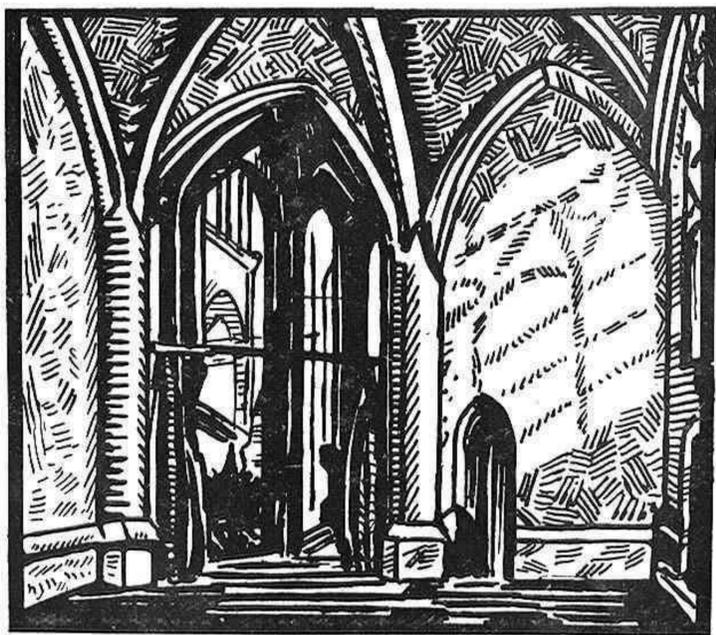
seedores de la más exquisita escuela de dibujantes de teatros, son los rusos, los germanos, los yanquis, los franceses, los que ofrecen más moderna orientación, como puede apreciarse en las reproducciones publicadas en las páginas especiales de la gran revista londinense, donde hay, entre otros, grabados interesantes, dibujos originales de José Urban (representando el acto segundo de *Don Quijote* para el Metropolitan Opera, de New York), dibujos de Stern (para un ballet del Deutsches Theater de Berlín), de Alberto Martini, de Paul Shelorig, de George Sheringham, de Oliver Bernard, etc., y figurines de Miss Doris Zinkeisen, de Laurence Irving, de Polly Hill Clarke, de Reginald Leefe, de Fedorovsky y otros muchos más, todos interesantes.

Este número extraordinario, después de las recientes publicaciones rusas y de algunas estimables obras alemanas y francesas, entre las que debe citarse *Du décor de Théâtre*, de André Boll—con ilustraciones en negro y en color—, muestran el enorme interés que está despertando en todos los países el decoracionismo.

Hasta ahora parece ser que nadie se había ocupado en serio de la estética del decorado, de su papel trascendental, de la enorme importancia que debe ocupar, tanto en relación con la pieza misma como en relación con la labor del actor.

Pero de pronto ha surgido una multitud de escenógrafos, de directores, de críticos; teóricos unos, prácticos otros que, más ó menos convencidos, más ó menos sinceros, más ó menos *snoobs*, se están erigiendo en maestros y creadores de sistemas de decoraciones, y pugnan todos por ser los árbitros, los encauzadores, los más originales, arrebatándose unos a otros el centro de la originalidad que todos quieren detentar en necio y ridículo afán egolátrico, indomeñado.

La lista de innovadores es grande. Acaso mayor que la de autores dramáticos. Se señalan por infinidad de tendencias; pero diremos con André Boll que todas pueden reducirse a dos. «De una parte la decoración pintada, especie de gran fresco decorativo y estilizado, realizado con una armonía premeditada y limitada de colores susceptible ante todo de crear un ambiente en consonancia perfecta con el espíritu de la obra que se quiere ilustrar; y de otra parte el decorado plástico en sus tres dimensiones que puede ser una arquitectura enteramente construída y convencional ó quizá una especie de esqueleto arquitectural sin significación aparente, cuya forma, importancia é instalación están impuestas por las únicas necesidades de la *mise en scène*.»



Decorado de Picasso para la obra de Stravinsky «Pulcinella» («Ballets» rusos, 1920)

Una nueva "estrella" del teatro ilumina la pantalla cinematográfica



Los estudios de Hollywood sienten predilección por todas las grandes figuras que pueden significar un valor en la escena muda. No hace mucho tiempo, la primera actriz del Teatro de Arte de Moscou, Baclanova, cuya es la perfecta expresión que decora nuestra plana, se ha incorporado á la Paramount, donde figurará como una de las «stars» favoritas de las mejores producciones

PARA PODER VIVIR

PELIGROS DE LA CIRCULACIÓN Y SUS REMEDIOS

NUEVAMENTE se ocupan nuestras autoridades municipales en buscar remedio á los peligros de la circulación, y en esta ocasión fijan su vista en camiones y camionetas; es natural, son los tipos de vehículos que mayor número de desgracias han ocasionado en las últimas semanas.

La diferencia no debe sorprender á nadie, porque en las resoluciones anteriores, que tal vez han reducido el número de accidentes producidos por otro género de coches, se había procedido con exceso de generalización: como si todos los vehículos fuesen iguales y, consiguientemente, hubiesen de ser tratados del mismo modo.

Hay, sin embargo, muy importantes diferencias que, desconocidas al atender á la circulación de un modo general, son las que determinan diferencias en el número de accidentes producidos por unos y otros coches, y las que hacen indispensables medidas especializadas.

Las camionetas y, sobre todo, los camiones, son coches enormemente más pesados en sí mismos, y más aún por sus cargas, que el tipo medio de coches—el *taxi* podríamos tomar como tal—para que fueron dictadas las medidas y adaptadas las señales que han reducido, aunque no totalmente, como sería de desear, el número de accidentes. Quizás, por otra parte, y esto sería interesantísimo determinarlo, sus conductores son también de tipo distinto al usual y corriente en otros géneros de vehículos. Así lo hace pensar, al menos, la forma de los accidentes producidos por esos coches que, sometidos á una legislación especial para ellos, serán, seguramente, menos dañosos de lo que están resultando en la actualidad.

Pero inútil será dictar medidas más ó menos meditadas si no tienen por base estadísticas cuidadosas de cómo, cuándo y por qué se han producido los accidentes; sería esto seguir el método preferible y preferido en Medicina de atacar á las enfermedades combatiendo directamente sus causas.

Lo urgente, pues, es la determinación de esas causas mediante un estudio cuidadoso de los hechos.

Los norteamericanos se preocupan mucho de ese género de estudios, y no hace mucho han publicado interesantes gráficos que conviene conocer. Uno de ellos es el que demuestra la relación entre el número de los accidentes y la fatiga, y puede tener aplicación el caso de los camiones sobre que ahora se trata de legislar aquí, porque una de las diferencias que pueden existir entre esos vehículos y los del tipo medio á que nos hemos referido, es tal vez la diferencia de fatiga, porque parece lógico que, por las condiciones de su labor, esa causa de disminución del trabajo útil ha de ser máxima en los conductores de coches pesados.

La confirmación de esta hipótesis sería, por otra parte, un dato más para demostrar que aquella famosa fórmula de los tres ochos era demasiado esquemática para ser exactamente aplicable á la realidad, y que ni las horas de trabajo ni las de reposo deben ser iguales para todos los oficios.

Los estudios hechos acerca del tráfico urbano en Chicago, que se evidencian en el gráfico adjunto, comparando la actividad del tráfico con los accidentes, demuestran que el cansancio del conductor es la principal causa de las desgracias,

y que la fatiga crece acelerándose el crecimiento á medida que avanza el día, porque las horas de mayor afluencia requieren un mayor esfuerzo de atención por parte de los conductores. Es decir, que una hora de trabajo en las primeras del día, cuando la circulación no está aún congestionada, fatiga mucho menos que en las horas contrarias, suponiendo iguales las demás condiciones.

En los Estados Unidos, donde rueda el 78 por 100 de los automóviles existentes en el mundo, nueve Estados—Florida, Illinois, Massachusetts, Montaña, New Hampshire, Nueva Méjico, Oklahoma, Rhode Island y South Dakota han reducido el número de accidentes fatales en mayor ó menor proporción; pero en algún caso en más del 22 por 100, gracias á esos estudios y á las medidas adoptadas como consecuencia de ellos. Y de las veintisiete ciudades de esos Estados en que la reducción ha sido mayor, alguna los ha reducido casi á la mitad (á 40 por 100), seis en más del 20 por 100, pasando la disminución del 30 por 100 en dos de ellas.

Otro gráfico muestra la disminución del número de accidentes en el mismo período de 1925 á 26, consecutivamente á la instalación del sistema de señales luminosas y progresivas.

Los datos del gráfico se refieren al empleo de ese sistema en el distrito comercial, de vida más intensa (*Loop District*) de Chicago. La línea de puntos que corresponde á los accidentes producidos en 1925 es, en general, más alta, á veces dos veces más, precisamente en la hora vespertina de más circulación, y sólo más baja en los momentos en que la circulación disminuye sensiblemente.



En la Exposición de Otoño de París ha sido presentada la «maqueta» que reproduce este grabado. Es un proyecto de urbanización con circulaciones superpuestas, que hace imposible los accidentes. Detalle de una gran plaza

Pero, lo repetimos, ni aun con todos esos estudios, y adoptando las precauciones que ellos aconsejan é indican, se llega á la desaparición total del riesgo, sin duda porque aún no han sido suficientemente estudiadas todas las causas de él, y los arquitectos urbanistas se dedican á buscar la solución del problema por otro camino: el de transformación de las grandes ciudades, mediante superposición de vías que haga marchar por caminos distintos á coches y peatones y aun á los mismos coches según las categorías y con sujeción á reglas estrictas.

En el Salón de Otoño celebrado recientemente en París fueron presentados interesantes proyectos encaminados á lograr esa transformación, y entre ellos, uno de los más atractivos y nuevos fué el que se traduce en la *maquette* de que reproducimos dos aspectos distintos. Ese proyecto, según sus autores, y como se ve en la *maquette*, realizaría el ideal de las calles sin carruajes y las calzadas sin peatones.

La avenida central, elevada tres metros sobre el nivel de la calzada y flanqueada de árboles, está reservada exclusivamente á los peatones y queda así libre del ruido, del polvo y de las emanaciones de gasolina propias del tránsito de vehículos.

En el plano inferior, las calles donde tienen su fachada posterior los edificios, servirían sólo para la circulación de carruajes.

Mediante unas pasarelas convenientemente dispuestas, quedan en comunicación las diversas vías y los edificios.

El aspecto de esas ciudades futuras en las que, además, las casas tienen la disposición escalonada de los viejos estadios romanos, que ahora copian franceses y americanos, parece aún demasiado insólita, y por ende poco grata á ojos no acostumbrados á ese género de perspectivas; pero tiene, indiscutiblemente, bellezas que, en poco tiempo, transformarán nuestras ideas acerca de la estética de las grandes ciudades.

Por otra parte, la estética sería fácil de modificar, y el problema interesante es el de evitar la pérdida de vidas que la circulación automo-

vilista, de la que ya no podemos prescindir, representa.

De todos modos, y aun sin atender, como es necesario hacerlo, preferentemente, á los peligros de la circulación, la estética de las grandes ciudades está en vías de rápida transformación, En París mismo aparecen ya, en barrios extremos aún, construcciones que responden á esas nuevas ideas; un arquitecto francés ha construido en Stuttgart, una barriada modelo, y en ese camino no son, naturalmente, los últimos los

arquitectos norteamericanos, que tratan de obviar algunos de los inconvenientes de los rascacielos, adoptando formas enteramente nuevas para los edificios que proyectan.

Así, puede considerarse como uno de los más interesantes modelos de la arquitectura novísima el proyecto de casa-ciudad capaz para diez mil habitantes, hecho por el arquitecto yanqui James Smith War.

La casa-ciudad, para utilizar en las mejores condiciones la luz y la ventilación naturales, problemas que no resuelven los viejos rascacielos, tiene una forma prismáticotriangular, en que los veinte pisos sucesivos se van alzando sobre áreas cada vez menores; de modo que las caras del prisma, más que como verdaderamente tales, aprecen como inmensas escaleras ó gradearías, en que cada piso representa un elevadísimo escalón.

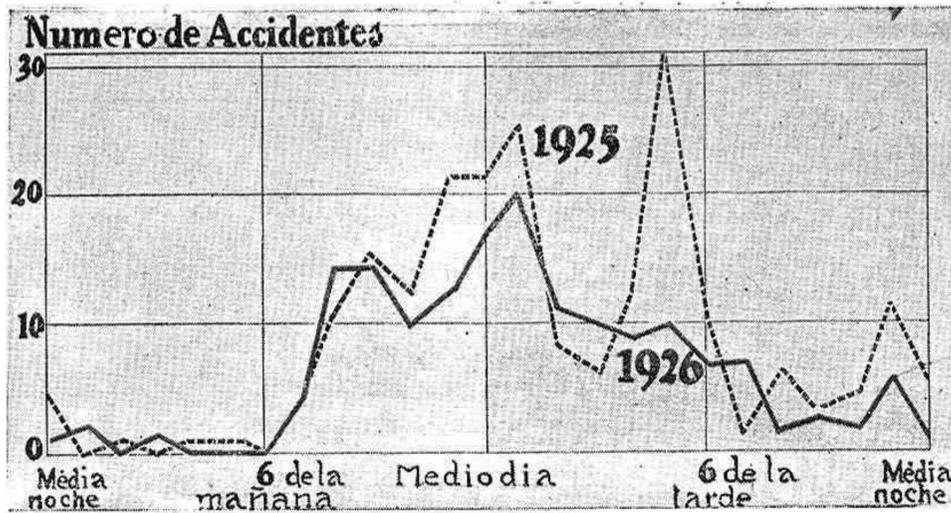
A distancias aproximadamente regulares, esas casas escalonadas están interrumpidas por prismas rectangulares, que se elevan hasta algo más de la altura total y están destinadas á la instalación de diversos servicios.

Otros accidentes semejantes rompen también la monotonía, que de otro modo sería abrumadora, con detalles que dan á la construcción un aspecto indiscutiblemente más artístico.

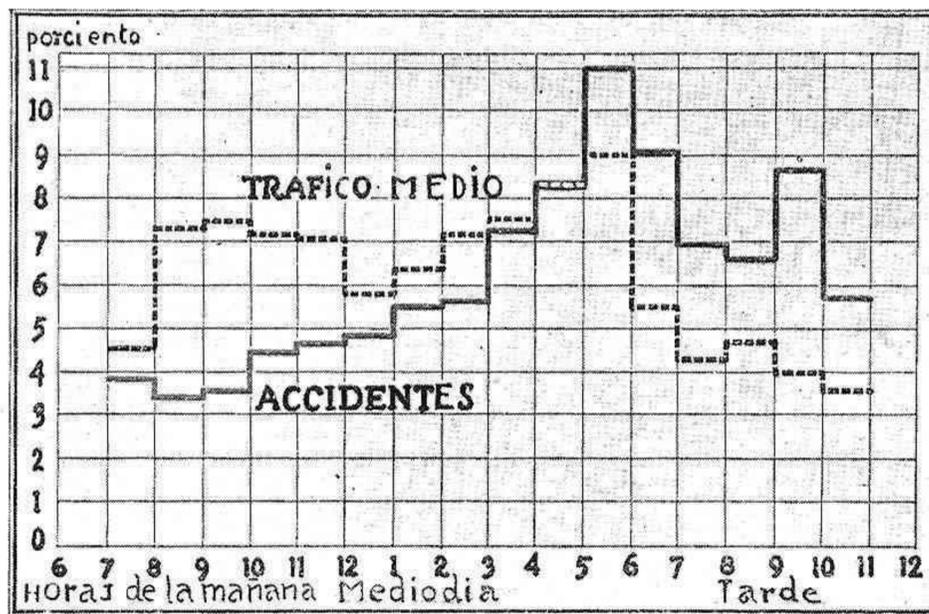
Sin esos detalles, la construcción tendría una semejanza mucho más con las pirámides faraónicas, aun siendo tan antagónicos sus destinos, ya que lo característico de la casa-ciudad de San Francisco será la intensidad de vida que en ella ha de desarrollarse.

Lo que con esa forma de construcción se busca lo ha procurado el arquitecto francés que ha construido la barriada de Stuttgart, prodigando los altos ventanales por donde la luz y el sol pueden inundar las viviendas.

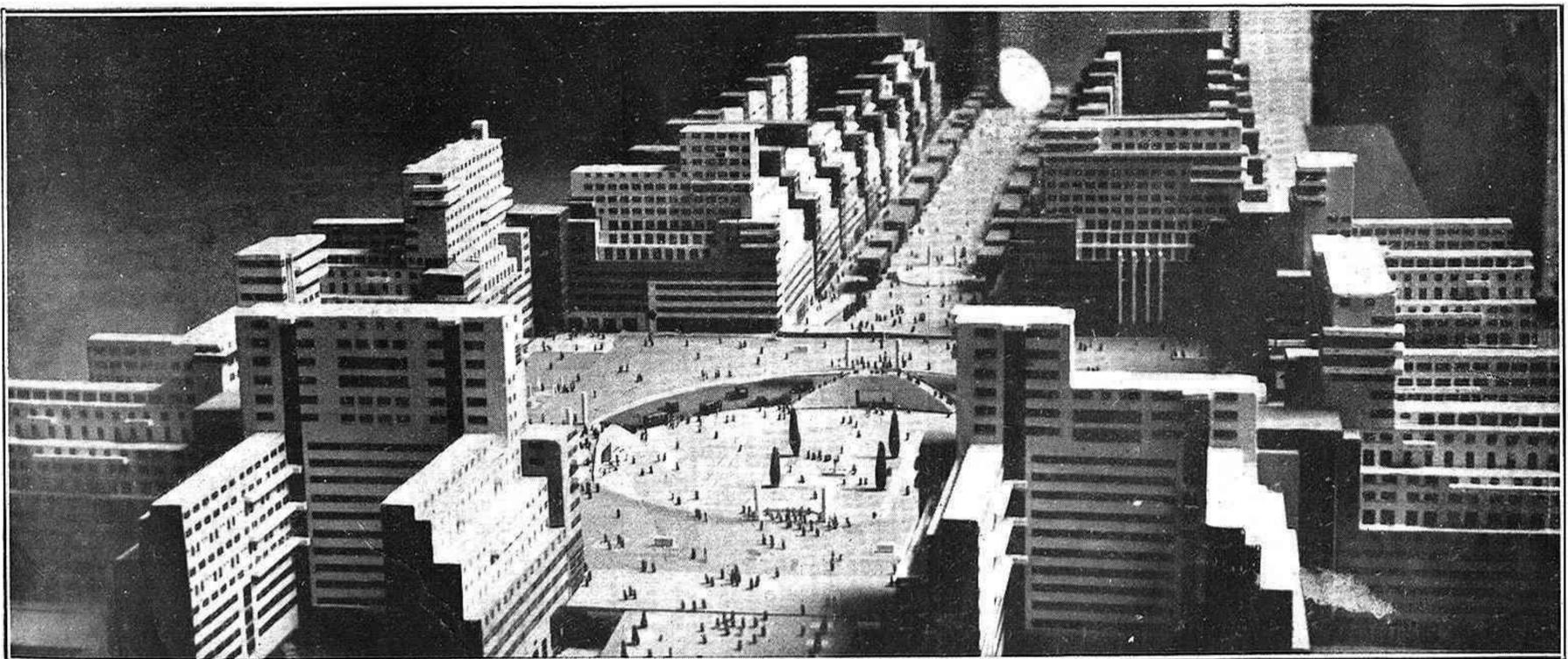
Si no miente, y es acertadísimo, el refrán español que dice: «Donde entra el sol, no entra el doctor», las nuevas construcciones, quizá discutibles ahora desde el punto de vista estético, no podrán serlo desde el estético y, sobre todo, profiláctico de la tuberculosis.



Disminución del número de accidentes consecutivo á la instalación de señales



El número de accidentes producidos por automóviles es proporcional á la fatiga de los conductores



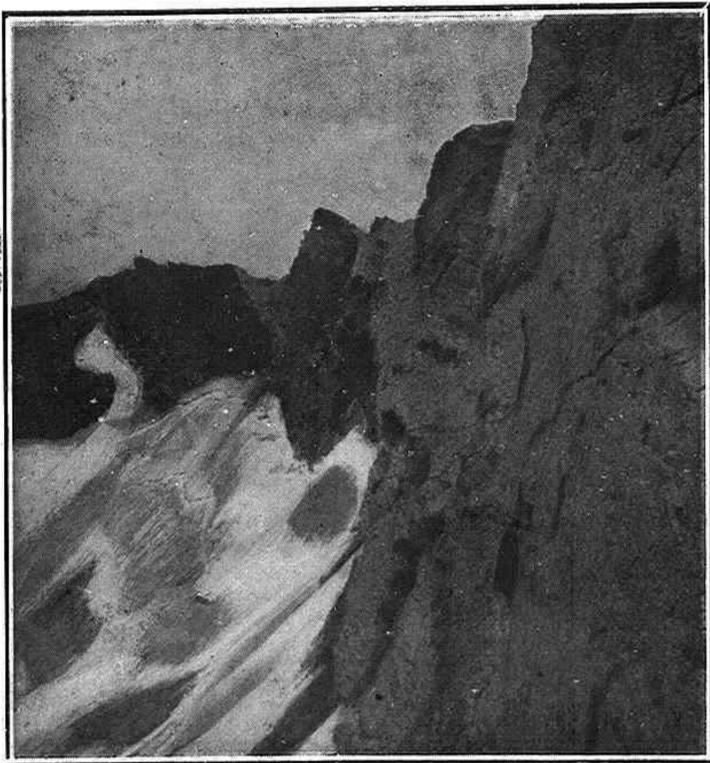
Vista general de una ciudad futura, con circulaciones superpuestas, según la «maquette» presentada en la Exposición de Otoño, de París

LOS BELLISIMOS PAISAJES DE SIERRA NEVADA



Laguna de la Legua

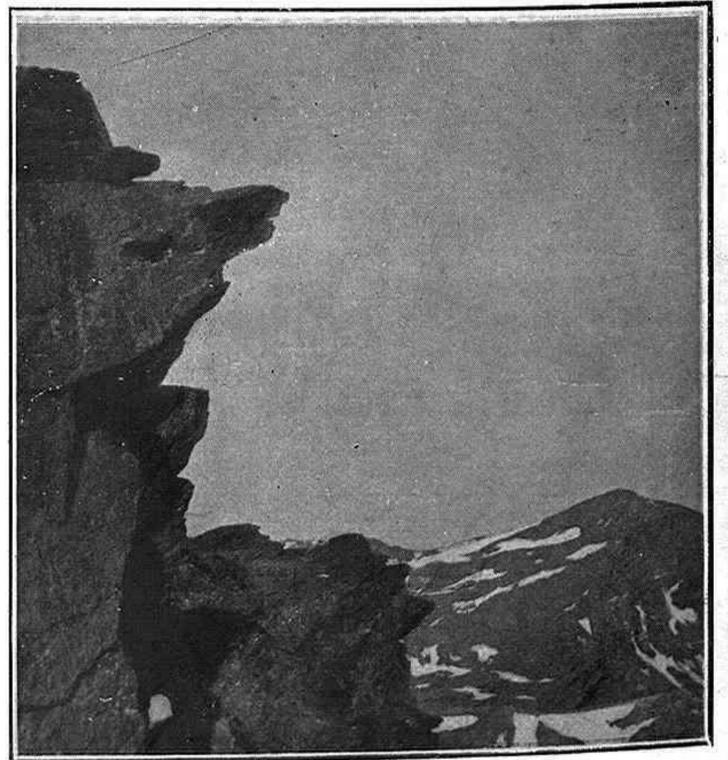
(Fot. Sol)



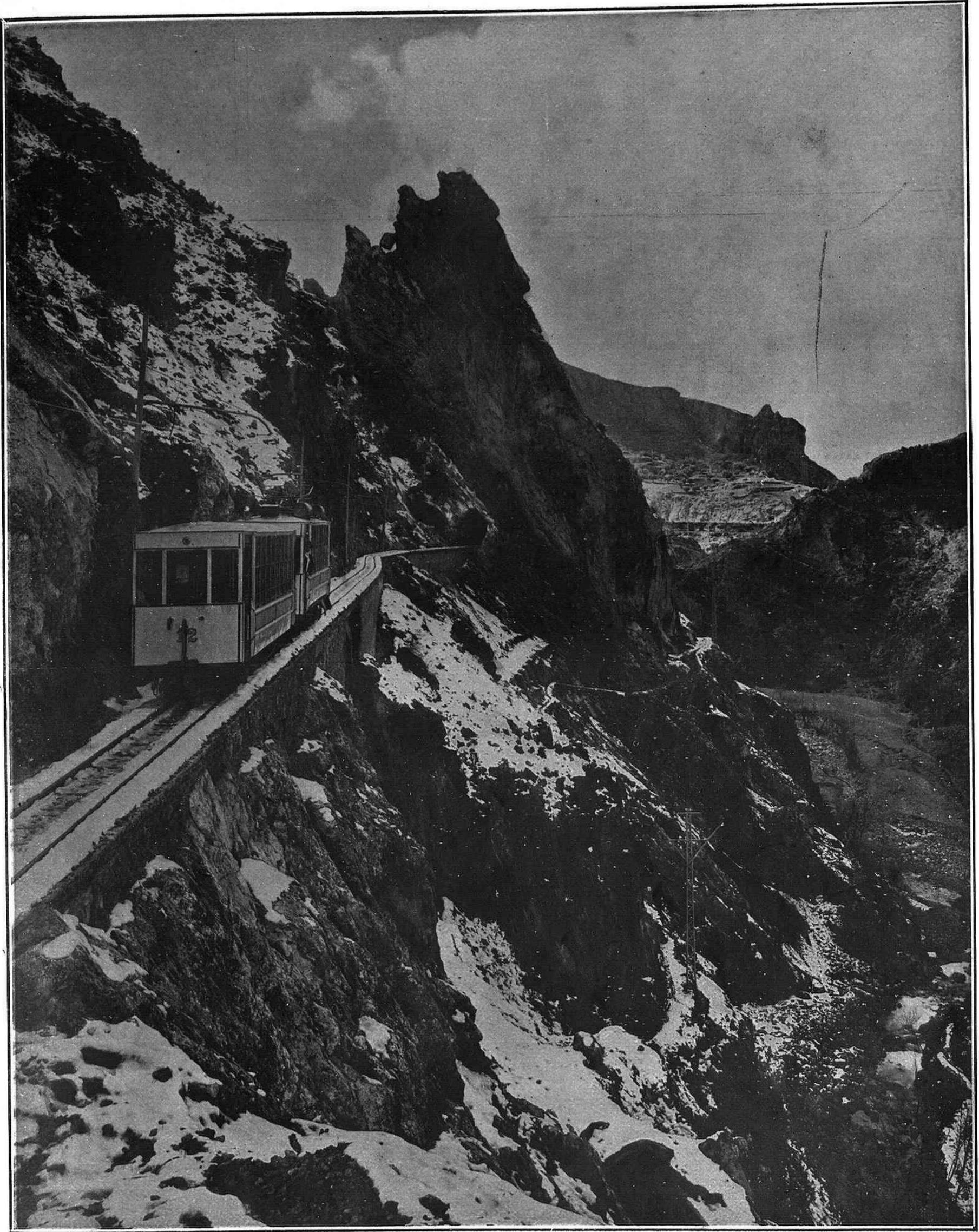
Corral de la Veleta

(Fot. Bonilla)

PARA que no falte á Granada ninguno de los atractivos del «gran turismo», Sierra Nevada le ofrece los más admirables paisajes alpinos, de una belleza abrupta y dominadora, tan llena de encantos reservados antes á los intrépidos caminantes, para los que escalar trabajosamente aquellos picos era un encanto más, y no el menor en sus excursiones, y abierta ahora á todos en cómodo y rápido viaje.



Tajo del Mulhacen, y al fondo, la Veleta



Camino de Sierra Nevada.—Terraplén y camino de Amta, con el ferrocarril funicular
(Fot. Torres Molina)

Sierra Nevada, pues, es hoy algo más que un fondo más ó menos remoto, y por su grandeza digno de ellas para Granada y su vega; es un lugar nuevo para la admiración de los viajeros que da nuevos atractivos al viaje á Granada, que ya antes tenía suficientes para constituir un sueño de los artistas y amadores del arte.

Sus picos, de una majestad dominadora; sus lagunas famosas, tantas veces fotografiadas por los audaces que lograron llegar á ellas, serán pronto tan visitadas como los magníficos jardines de la Alhambra, los patios del Generalife ó las callejas del Albaicín, y, desde la altura, la ciudad árabe tendrá para todos un sentido nuevo y más amplio.



Sombrero de fieltro negro con incrustaciones de terciopelo
(Modelo Camille Roger.—Fot. Hugelmann)



Sombrero de fieltro marrón guarnecido con una fantasía de brillantes
(Modelo Cora Marson.—Fot. Manuel Frères)



Vestido de popelín de seda
guarnecido de trencillas
(Modelo Chanel)

Elegancias

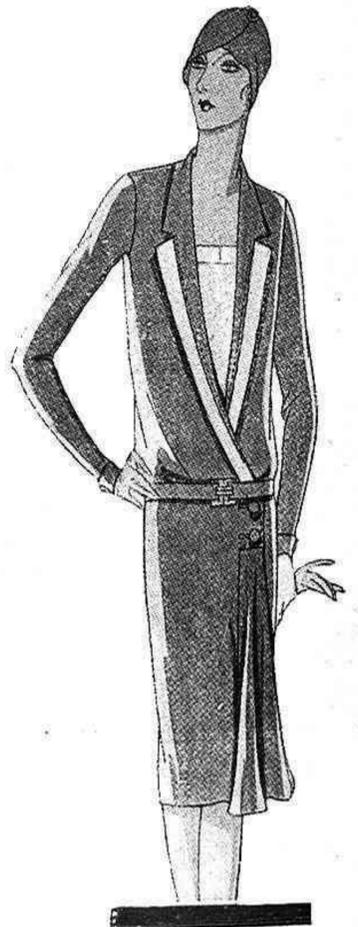
EL sombrero femenino camina hacia una transformación radical, por causa de que el peinado empieza á ser más complicado. Los cabellos se llevan más flojos y más largos, y los rizos, al escaparse bajo los bordes de las tocas y las *cloches*, requieren un adecuado marco que realce los encantos del rostro.

Las tendencias de los modistos son las de conseguir el sombrero adaptado perfectamente á la cabeza, dejando sólo libre el óvalo de la cara. Para trabajar con pleno éxito en el logro de sus afanes, no emplean los creadores de la moda otras materias que el fieltro ó el antilope, digan lo que quieran en contrario algunas revistas de modas.

Cuanto más ceñidos y pequeños son estos sombreros, más favorecen el rostro y más contribuyen á la plena estilización de la silueta. En su confección se imponen, como únicos tonos, aquellos que coinciden con el color del cabello de la mujer que los lleva; esto es, negro, marrón y dorado obscuro.

Se ha querido imponer la gorra de piel *assortie* al abrigo; pero esto no ha pasado de ser un ensayo sin consecuencias. Esto mismo ha sucedido con el manguito y con otras extravagancias que lanzó la moda, según costumbre, á principios de la estación.

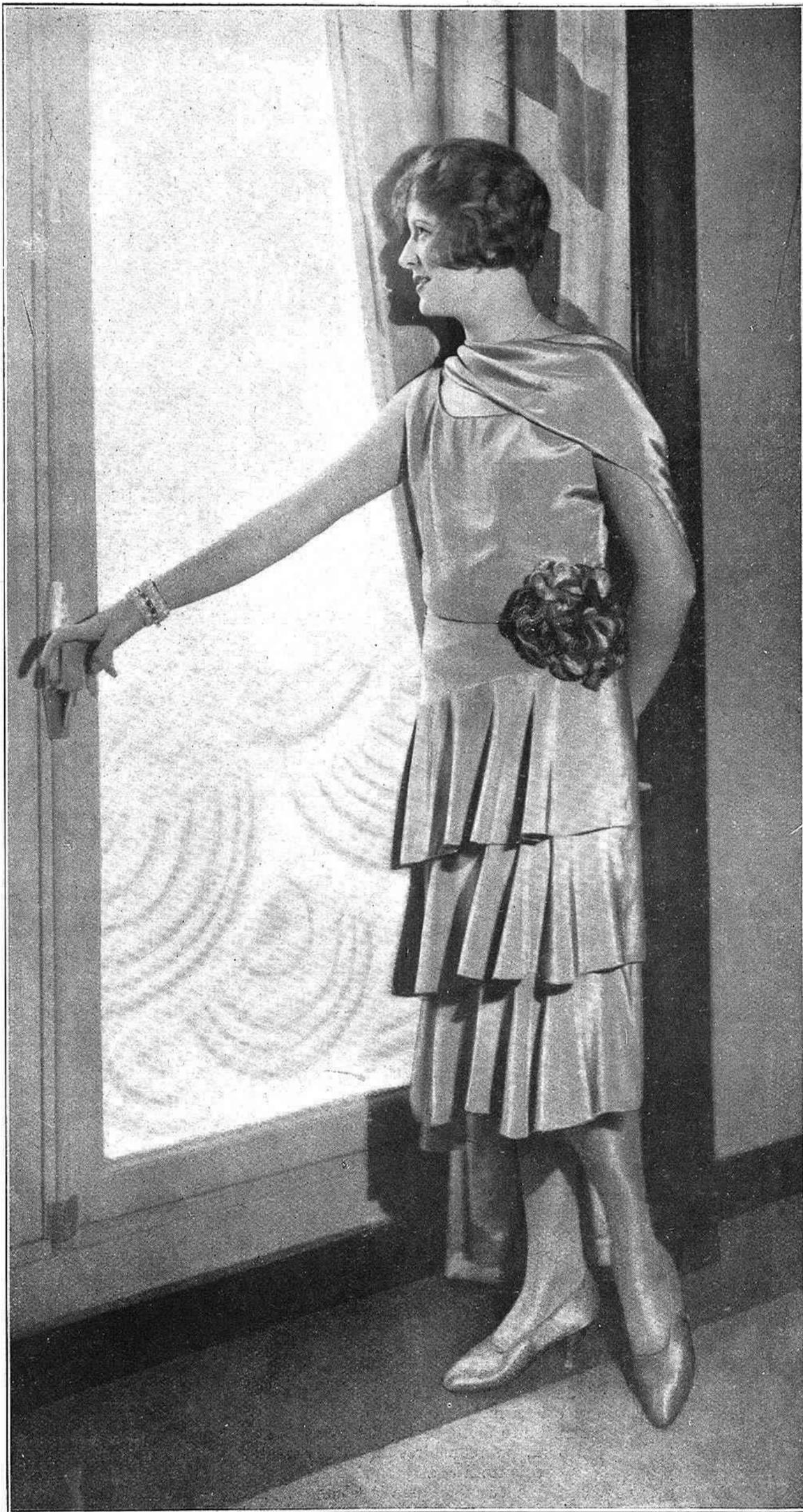
La toca de piel en un clima como este de España, generalmente bueno, no es recomendable; solamente para practicar el deporte de la nieve, y para esto nos



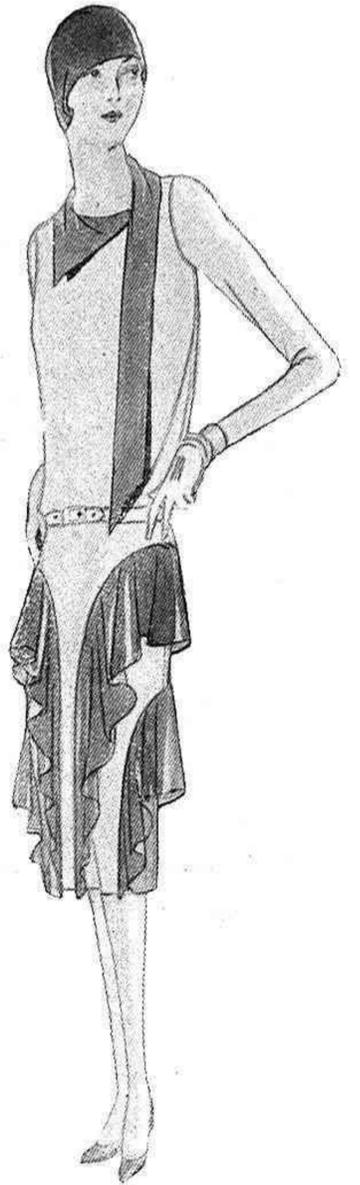
Vestido abrigo de lana azul
con adornos en blanco
(Modelo Paquin)



Vestido de crêpe georgette azul con cuello y corbata blancos



Vestido de moiré azul lavande guarnecido de una gran flor de terciopelo de un tono vivo (Modelo Germaine Leconte.—Fot. Manuel Frères)



Vestido de crepón de seda en dos tonos beige

parecen bastante más bonitos y más prácticos la boina ó el casquete de lana blanca.

Para la ciudad é incluso para el deporte, ya decimos que el fieltro es el que tiene absoluta preponderancia sobre los demás materiales. Es el material más adaptable, pues sus calidades son infinitas, y los hay finos como una seda y tan rígidos como los de los calañés de nuestra Andalucía.

Los fieltros de seda mate ó brillante, en combinación, resultan muy lindos. Unos son de pelo largo formando dibujos, y otros de pelo corto con una mezcla de jaspeado en dos tonos opuestos.

Los *degradés* en las gamas marrón, beige ó dorado, y también en la escala del gris, son sencillamente encantadores. Hay en fin, tal variedad, que es imposible que llegue el hastío

aún después de no ver otra cosa en cinco años consecutivos.

Como adornos de estas tocas sólo imperan los motivos de joyería, pues otra guarnición estropearía la sobriedad del conjunto.

Samuel, Brandt y algunos más han creado unos broches para el sombrero moderno de una novedad sorprendente; están contruidos, según la estética del día, en planos grandes, de ritmo

estos broches tan costosos sólo se llevan con los sombreros de tarde; para la mañana y el deporte son más adecuados los motivos de esmalte ó metal.

Los de las deportistas suelen ser la divisa de la sociedad, de caza, alpinismo ó golf á que pertenecen, ó simplemente la marca de su *auto*.

excesivamente sencillo.

Son de ónix, ágata ó esmalte, y sobre ellos resplandecen las piedras mejor que sobre la plata ó el oro, que antes se empleaba indefectiblemente.

Las perlas incrustadas sobre placas de lapislázuli, bordeadas éstas de brillantes, son algo verdaderamente encantador sobre un sombrero de fieltro negro.

Huelga el decir que

ANGELITA NARDI



¿Habéis visto entre las sombras unas luces
azuladas
que os persiguen á lo largo de las calles
solitarias?
Es que os miran en la noche las pupilas
de los lívidos fantasmas.

* * *

En los ojos
de los muertos
brillan dos luces extrañas,
igual que dos fuegos fatuos
que nos embrujan el alma.
El que una vez las ha visto,
ya nunca
podrá olvidarlas.
Nos alucinan de noche,
á obscuras, en nuestra estancia;
trenzan ante nuestros ojos una triste
rara danza,
y nos envuelven en una suave atmósfera
de plata.
Es que pasa en torno nuestro
la ronda de los fantasmas.

* * *

En el reino de los muertos
hay pupilas ultrahumanas
que brillan en unos seres
sin cara,

LA RONDA DE LOS FANTASMAS

que nos miran sin ser vistos y nos odian
y nos aman,
ambulan por los parajes
de su existencia pasada,
y velan junto á las novias doloridas
y junto á las pobres madres viejecitas y enlutadas
ó junto á una
blanca cuna, como ángeles de la guarda,
lloran silenciosamente
los fantasmas.

* * *

Los ojos de los difuntos
se pudren con la mortaja.
Tras la noche de la tumba
se abren los ojos del alma.
Cuando lloréis en silencio
por una muerta adorada,
sabed que os están mirando en la sombra
de la estancia,
como dos tristes luceros, sus pupilas
apagadas.
Y en las consejas de crímenes, dos siniestras

luces vagas
están en los asesinos
eternamente
clavadas.
Luciérnagas misteriosas
vagan,
igual que dos fuegos fatuos
las pupilas, sin rostro, de los fantasmas.

* * *

No se crea
que la luz de la mañana
destruye la misteriosa
existencia de la onda de las ánimas;
se vuelven á sus yacijas
de los viejos cementerios, donde aguardan
que otra vez llegue la noche,
para ir, al claro de luna, por las calles solitarias.
Y cuando demos el salto
en la sombra alucinante del misterio ó de la nada,
quizá estén aguardándonos los amigos
que se fueron, y las muertas adoradas,
para darnos una extraña bienvenida
con su mano seca y pálida,
cuando también nuestros ojos brillen como
fuegos fatuos, y en su rauda
espiral nos arrebaté á lo ignorado
la ronda de los fantasmas.

EMILIO CARRERE

(Dibujo de Ricardo Marin)

EL ARTE ESPAÑOL FUERA DE ESPAÑA

LA EXPOSICIÓN DE HOLANDA



Acto inaugural de la Exposición de Arte Español en La Haya, presidido por el príncipe Enrique de Mecklemburgo, Sr. Conde de las Infantas, director general de Bellas Artes y delegado oficial del Gobierno Español, el ministro de España en Holanda y otras ilustres personalidades

EN la Galería *Pulchri Studio*, de La Haya, prestigiado local artístico de la importante ciudad holandesa, se ha celebrado la Exposición de Arte Español, que tan extraordinario éxito había obtenido ya en el Palacio de Bellas Artes de Bruselas.

Nuevamente nuestros artistas son estimados en su justa valía por un público extranjero. Esa misión de extraordinaria eficacia hispánica, que representan actos de esta índole, demuestra hasta qué punto debe ser acentuada y alentada, cada vez más, por el Estado.

Como antes en Francia, Italia e Inglaterra, como siempre en América, los artistas españoles son

ahora excelentes embajadores en los Países Bajos, tierra privilegiada en la historia de la pintura.

Enviado especial del Gobierno, asistió al acto de la inauguración, presidido por el Príncipe consorte de Holanda, nuestro director general de Bellas Artes, señor conde de las Infantas, á quien se debe, en primer término, esta Exposición, de tan enorme importancia para los artistas españoles. El conde de las Infantas viene trabajando con fervor y eficacia por el esplendor estético de España desde hace más de cuatro años que ocupa la Dirección en el Ministerio de Instrucción Pública; á su actividad entusiasta y á su bien orientada competencia se deben epi-

sodios como éste, que tan alto colocan el nombre de nuestro país.

Después de La Haya, la Exposición se trasladará á Amsterdam, capital del reino, donde ocupará cinco salas—entre ellas, la de honor—del Museo de Arte Moderno de la ciudad.

Tanto en la Exposición de La Haya como en la de Amsterdam han intervenido el ministro de España, con una sala especial de cuadros antiguos, y las sociedades hispanófilas holandesas.

Durante el tiempo que esté abierta la Exposición en Amsterdam se celebrarán varios actos de propaganda y exaltación españolas: conciertos, conferencias, proyecciones de películas, etc.

EL ARTESONADO DE ILLESCAS

LA CEREMONIA ESPONSALICIA DE FRANCISCO I Y DOÑA LEONOR

EL 15 de Febrero de 1526, al golpe seco de los atabales y el ronco y estridente sonido de las trompetas, en la imperial Toledo, pregonábase la solemne boda de Francisco I, de Francia, con la reina Doña Leonor, de Portugal, hermana del ambicioso Carlos V, y recientemente viuda. La fausta nueva, que los pregoneros hacían saber al pueblo de Castilla, daba como seguro el concierto amistoso del emperador y el rey de los franceses; y con ella, la cesación de la guerra, terrible vampiresa que succionaba todo el oro de España y nuestra hegemonía mundial. Las temerarias empresas bélicas del hijo de Don Felipe el Hermoso y Doña Juana la Loca, ¡con todas sus glorias y laureles!..., empobrecido habían á la nación. Hubo un momento en que, por el imperativo doméstico, al ambicioso Carlos, negaron todo óbolo pecuniario las Cortes. Figúrese el lector, pues, la alegría de Castilla al conocer lo pregonado á tambor batiente. Gonzalo Fernández de Oviedo, que se dice espectador de los hechos que narra en su *Relación de lo sucedido en la prisión de Francisco de Francia desde que fué traído á España...*, pinta en su manuscrito (1) aquesa alegría. Añadiendo que el pueblo aclamaba á Doña Leonor como reina de Francia. ¡Empero!...

En este mes de Agosto último, de la casa que hospedó á Francisco I en Illescas, fué arrancado el artesanado y vendido en la cantidad de 4.800 pesetas. Un artículo nuestro, dado á la estampa en *La Voz*, de Madrid, el día 20 de Septiembre pasado, asentaba en cuenta el atentado de *lesa historia* en Illescas cometido. La batalla de Pavía, ganada por Pescara á un ejército muy superior al suyo, bien equipado y municionado, y orgulloso y jactancioso en demasía, y la consiguiente prisión del monarca francés, hallanse eslabonadas á la estancia de Francisco I en Illescas. Ante nuestra vista los datos que suministra la crónica de Fernández de Oviedo, sin contar lo dicho por otros autores hispanos y extraños, de lo que escogemos lo más verosímil para el presente trabajo, ¡y dada la importancia que para la Historia ha la enajenación de Illescas!..., vamos á dar el nexo histórico de ese artesanado con los esponsales políticos de la viuda del rey Don Manuel, de Portugal, con Francisco I.

Expulsar al ejército imperial del asedio de Marsella é invadir el Milasenado, pretendía el rey de Francia. Mientras que los efectivos de Carlos V sólo llegaban á diez y seis mil hombres, Francisco I había reunido unos veinticinco mil.

(1) Biblioteca Nacional. «Manuscrito X», 227, 8.756.



La casa de Francisco I, en Illescas

El marqués de Pescara, noticiado y previsor de los acontecimientos, levantó el sitio de Marsella. Desmoralizadas las huestes de España, sin haberse podido abonar la soldada á los valientes tudescos que peleaban en nuestras filas, unánimemente, se dió el caso sublime de que los sol-

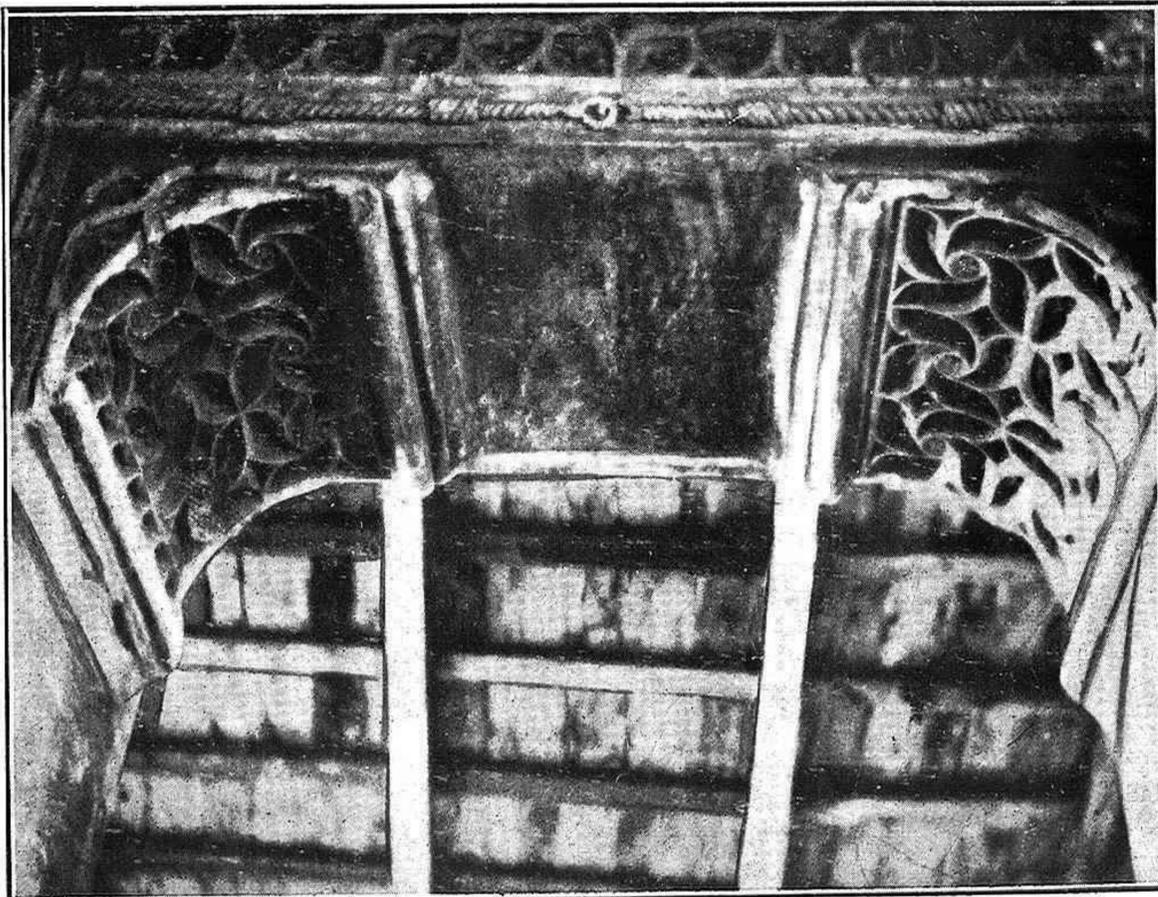
petulante Francisco I, cercado por los arcabuceros de España, rindióse el monarca francés. El 17 de Junio del referido 1525, en el puerto de Rosas, de Cataluña, desembarcaba Francisco en España. Pocos días después (2) ingresaba en la torre de los Lujanes. Afirmen las historias

que Carlos V, orgulloso y desmedido en sus imposiciones, no trataba bien al vencido en la batalla de Pavía. No mienten, á nuestro juicio, los críticos del Emperador. En el manuscrito de Fernández de Oviedo, á propósito de la venida de Carlos V á Madrid con motivo de la enfermedad del rey de Francia, puede verse el diálogo siguiente:

FRANCISCO I. — Señor: ¡Ved aquí á vuestro esclavo y prisionero!...

(1) «Todo el Ejército moría de hambre; los españoles se desmandaban á buscar de comer; los alemanes se comenzaban á ir; la gente de caballo se había de sacar á ruegos; deshacer el Ejército, «á ojo del enemigo», era tan malo como perderlo en batalla». — En una carta al Emperador, decía Pescara.

(2) A propósito de la prisión de Francisco I, la reina María Luisa, su madre, regente del reino francés durante la reclusión de su hijo, suplicaba á Carlos V «que no olvidase la proximidad de «sangre é linaje», y «que sea tratado como quien él es y la honestidad requiere».



Parte superior de una puerta con su magnífico artesanado

CARLOS V.—No; sino libre, mi buen hermano y amigo verdadero.

FRANCISCO I.—No, sino *vuestro esclavo*.

CARLOS V.—No; sino libre, mi buen hermano y amigo. Y lo que yo deseo es vuestra salud, y que á ésta se atienda, que, en lo demás, *todo se ha de hacer como vos, Señor, quisieréis!*...

Un inciso en aqueste diálogo. Lo de que, según quisiera Francisco I, como buen sastre que conocía el *paño político* del Emperador, ya sabía el monarca de Francia á qué atenerse, en medio de que se hallaba con un pie en Madrid y el otro fuera de los que en el planeta viven, cuando le dijo:

FRANCISCO I.—No, no; como lo mande V. M. Ahora que lo que os suplico es que, entre vos y yo, *no haya otros terceros*.

Menuda gentecita debía rodear, con sus *mimos y caricias*, á S. M. el Rey de Francia. No es de extrañar que, dejando *compuesta y sin novio* á Doña Leonor, una vez que montara á caballo y se viese libre en su patria, y aun á pique de que sus mismos vasallos le llamasen el *último caballero francés*, amenazase con los puños á España y profiriese el

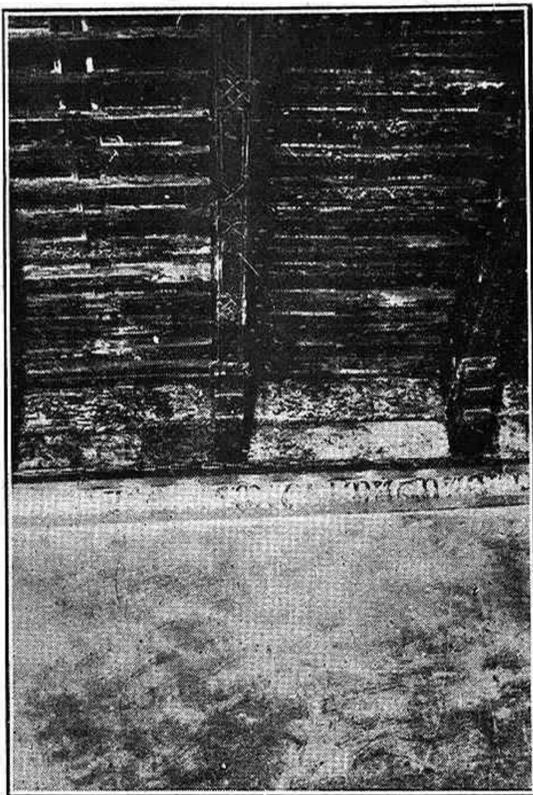
—¡Todavía soy Rey!...—de sus futuras (1) venganzas.

Topándose Carlos V en San Agustín, posesión del conde de Puñocastro, el 18 de Septiembre de 1525 llegó una posta, con carta de los médicos, diciendo al Emperador que Francisco de Francia encontrábase grave. No convenía al ambicioso Carlos V la muerte del rey francés. Y no le convenía, porque, espíritu sagaz, veía que se le marchaba un negocio piramidal de entre sus manos. *A todo correr de su caballo*, llegó á Madrid (2) el hijo de Doña Juana la Loca; en menos de dos horas, pues que la noticia recibírala al atardecer, salvaba su caballo la distancia de seis leguas y el Emperador penetraba, alumbrado por una palmatoria que sostenía M. Debrion, en la cámara en que yacía el ilustre enfermo. Relatar la venida á Madrid de la hermana de Francisco I, con motivo de la enfermedad del rey francés, la agravación de la dolencia, al extremo de que su *serenísima* hermana túvolo por muerto; ¡tanto, que hasta *lo santiguó, lo besó y lo cubrió con la sábana*, al creer en lo relatado por Fernández de Oviedo!..., la visita de la princesa á Carlos, en Toledo, donde, por las *murmuraciones populares*, no había quedado satisfecha, etc., sería bastante prolijo. Sólo diremos, para abreviar en lo posible, que *todo se hizo como Francisco I quiso*. Y entre lo *estipulado*, el casamiento con la viuda doña Leonor, ¡de la que, *locamente, con ardiente frenesí*, debió enamorarse S. M. el rey francés!...

Ya nos hallamos, pues, en el momento histórico en que Francisco I pisa Illescas. Pisa Illescas, para recibir al Emperador que llegaba de Toledo. Francisco de Francia, diz Fernández de Oviedo, estaba *todavía flaco, vestía una capa de paño frisado*, portaba *una espada á la española y cabalgaba una mula bien guardada*. Al entrar por la puerta de Ugena, fuése á visitar el Hospital de la Concepción, primeramente, y luego marchóse al *mesón*. Aqueste *mesón* es el que se hallaba en la casa del artesonado, que, como arte de magia, desapareció há de Illescas. ¿Qué tiem-

(1) Dos años después de la batalla célebre, en 1527, como castigo del repique de campana que celebraba la derrota de «Paquete I» y la victoria de Carlos V, Pavía era entregada al saqueo.

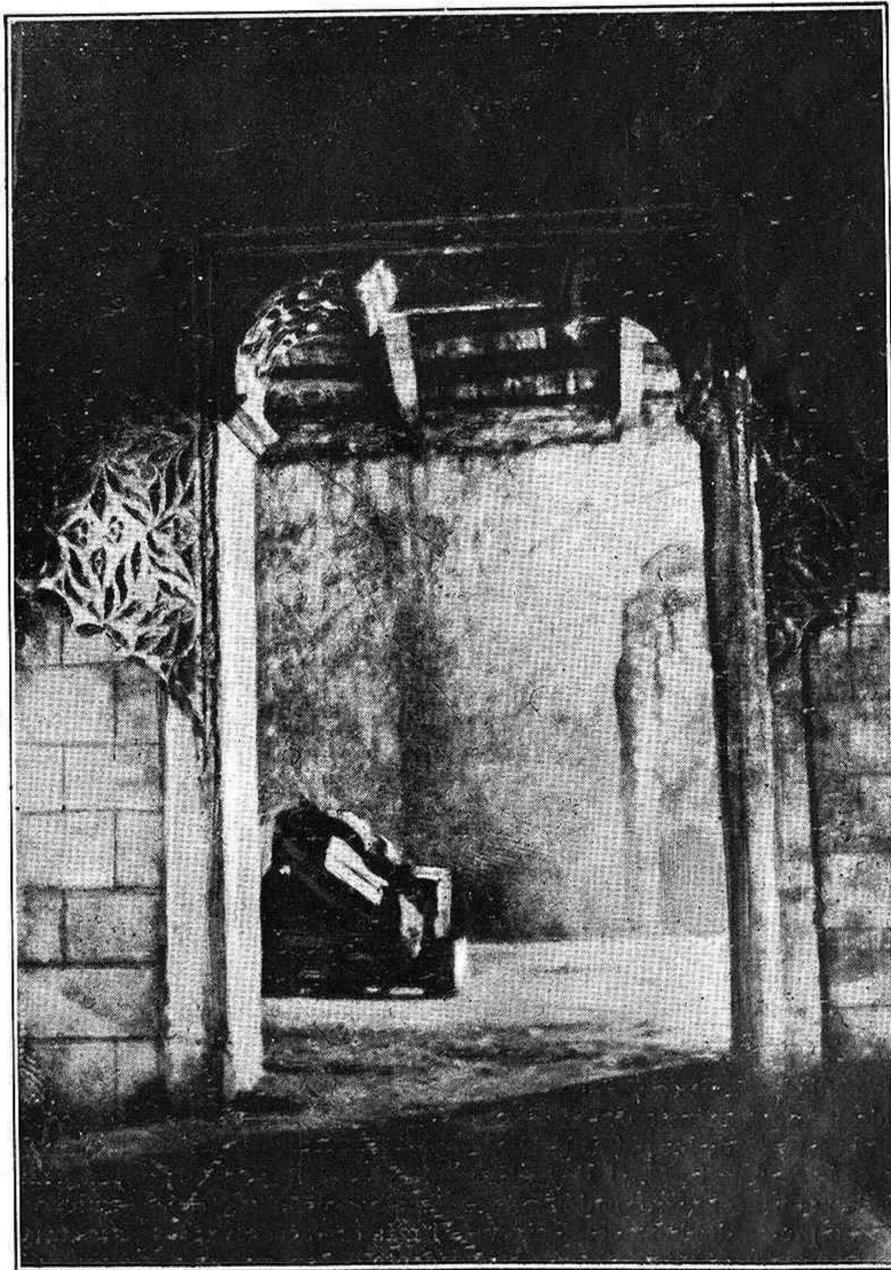
(2) En Madrid, en Toledo y en todas las capitales del imperio español, ¡sobre todo en Madrid, donde «chicos y grandes» rogaron por la salud de Francisco I!... se celebraron sendas procesiones y rogativas.



Artesonado que existía en la casa de Francisco I, y que ha desaparecido recientemente

po paró en aque-se mesón Francisco I?... Poco. Nos encontramos imposibilitados para precisar-lo, por la confusión á que se prestan las notas de la crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo.

Todo lo relatado en el párrafo precedente, el 15 de Febrero de 1526 acontecía; empero, veintico días antes, mientras M. Debrion *desposábase* — ¿...? — en Toledo con Doña Leonor, en nombre de Francisco I; el virrey de Nápoles, ca-



Puerta de acceso al salón donde se hallaba el artesonado (Fots. Luque)

ballerizo mayor de Carlos V, con poderes de la reina viuda de Portugal, en el alcázar de Madrid, *secretamente* y hasta tanto que el desposorio fuese *manifiesto y persoal*, se coyuntaba con el prisionero de Pavía. Con seis días de anterioridad, es decir, el domingo 14 de Enero de 1526, Carlos y Francisco firmaban *todo lo que quiso el rey de Francia*. Habla el cronista Fernández de Oviedo de *casamiento*. Aqueste casamiento, como comprenderáse, sólo consistía en el cambio recíproco de una palabra. Si Doña Leonor, ¡á pesar de que llegara á Illescas *como desposada y con un velillo cuajado de perlas!*... no era el tipo de *Paquete* de Francia, ¿por qué el monarca gallo iba á cargar con la señora de que sus gustos no era?... Injustamente los historiadores franceses se portan con Francisco I al situarle *en la cola de los caballeros de su patria*.

El 16 de Febrero, Francisco I y Carlos V dormían en el castillo del conde de Puñocastro, en Torrejón de Velasco; el siguiente, día 17, ambas testas coronadas, una en el plano de *carcelero* y otra en el de *preso*, y sí libertad de exclamar: «¡No me da la gana de *apencar* con esta señora!»..., después de comer cada uno en su cuarto—¿en el histórico *mesón*?...—visitaron á la Reina. Por cierto que á *Paco* se le olvidó quitarse el chapeo, olvido bastante comprensible porque su *magín* debía ser una grillera. Doña Leonor, ¡acaso para catequizar á *monsieur François!*, arodillóse y quiso besar la mano de su prometido; empero, el rey de la Francia, galante y caballero hasta para la mujer que no le entraba por el ojo derecho, parece que dijo:

—¡No; no, señora!... ¡No os he de dar sino mi bocal!...

Y abrazó y besó á la Doña Leonor. Las damas de la *Reina* besaron la diestra de Francisco I; y aqueste, que en aque-so del abrazo y del besuqueo debía ser una especialidad, correspondió á la fineza de las damas con un reparto general de besos y abrazos. Durante *dos horas* danzaron algunas damas y caballeros, además. Para volver al siguiente, ¡y proseguir la *juerga!*..., la noche del 17 pernoctaban Sus Majestades Carlos y Francisco en la fortaleza de Torrejón de Velasco. El día 18, domingo, volvieron á Illescas. ¡Nuevo bailoteo!... Doña Leonor—¡por no despertar celos en su augusto *cónyuge!*...—*danzó con la marquesa del Cenete*. Y luego, lucieronse en sus habilidades coreográficas otras damas y caballeros; y parez que la fiesta duró cuatro horas... ¡Y aquí termina el *sainete!*... Porque, dormido que hubieron en Torrejón, al día que siguiera al domingo, Carlos y Francisco despedíanse. Francisco I para, una vez en Francia, casarse de verdad con la *hermanita* del Emperador; y aqueste, satisfecho y frotándose las manos de gusto, ¡sin imaginarse que la *torta le iba á resultar un pan!*..., para largarse á Sevilla... ¡En plan de coyunda, igualmente, con su prima Isabel!...

He aquí, en términos rigurosamente históricos, toda la crónica del hospedaje de Francisco I en Illescas. ¡Crónica que hállase eslabonada á las *calabazas* que sufrió Doña Leonor!... Por lo demás, aque-se artesonado del histórico mesón, palio fué de galantes aventuras entre algunas damas aristocráticas y algún soldado de Flandes acontecidas; morada de pícaros y trashumantes y... Algún hado trágico, con su índice rojo, debió señalar á esta mansión histórica su fin: ¡el de perenne hostel, en vez de Biblioteca ó centro cultural de Illescas!...

Doña Carolina Lena de Argerich, presidenta de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres de la Argentina



DOÑA CAROLINA LENA DE ARGERICH

Presidenta del Consejo Nacional de Mujeres de la Argentina. Ostenta la condecoración de Caballero de la Orden del Mérito Civil, concedida por S. M. el Rey Don Alfonso XIII

Esta ilustre dama deben las mujeres argentinas la satisfacción y orgullo de tener en su país la más antigua y prestigiosa institución femenina de Suramérica, que ha llegado á las bodas de plata en fecha 8 de Octubre próximo pasado.

La señora de Argerich formó esta obra, entregada á sus manos á los dos años de nacer, á su imagen y semejanza. Le dió fuerza moral con el prestigio de su vida recta y pura; humanidad, con su labor humanitaria, plena de ideales de bien; valentía equilibrada y serena, con la serenidad y el valor de su espíritu, forjado en la recia y noble lucha por la vida; feminidad exquisita, al feminismo, que se regatea y menosprecia por incomprendido, imponiéndolo, en su magnífica grandeza humana, al respeto de los hombres y á la sanción del Gobierno, al crear-

se la Ley de emancipación civil de la mujer. Durante veintitrés años ha presidido la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, rodeándose de espíritus similares al suyo, cuyos nombres tienen arraigo profundo en la tradicional familia argentina: Ema W. de Pietranera, Belén Tezanos de Oliver, Mercedes Moreno, Emina Pietranera de Mezquita, María de Guerrico, y un importante grupo de mujeres intelectuales que secundan con eficacia la obra cultural y feminista con el aplauso del Gobierno nacional y de los países extranjeros.

S. M. el Rey Alfonso XIII, atendiendo á la obra eminentemente nacional y españolista, que desde su comienzo fué el más destacado punto de mira, otorgó á la presidenta de tan importante institución la condecoración de «Caballero del Mérito Civil», y el Gobierno de Portugal, la

«Orden de Caballero de la Espada con el grado de oficial», condecoración destinada á premiar el mérito científico, literario y artístico. Alemania y Francia hicieron honor oficial á la institución oficializando en sus respectivos países los diplomas de profesoras en el idioma alemán y en el francés, que expide la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, y todos los países americanos, en forma oficial, reconocen y secundan la labor pacifista y de intercambio intelectual que patrocina ella, guiada por el selecto espíritu de su presidenta en sus múltiples actividades: mujer ejemplar de clara inteligencia que ha sabido reunir y mantener, firmes y fuertes, las dispersas energías y valores femeninos de su país, para constituirlos en fuerza viva y bienhechora.

ALCIRA OLIVE



Manos exquisitas

por su distinción y suavidad,
por lo blancas y bien cuidadas,
son las manos de quien usa
asiduamente

J A B Ó N

HENO DE PRAVIA

En cuanto lo pruebe, será su
jabón favorito. Encantará a usted
la pureza de su pasta compacta,
su espuma abundante y suave, su
perfume delicioso, inconfundible,
tan intenso al final como al
principio de la pastilla.

Úselo, y cada día añadirá
encanto a su belleza.

Pastilla; 1,25 en toda España.

PERFUMERÍA GAL.-- MADRID

Casa en Buenos Aires: Maure, 2010-14.

Casa en Londres: Strand, 76.





Un tipo de indio aymar , con su gorro caracteristico

TIPOS BOLIVIANOS

gen, que se creen todos, por modestos que sean, personajes principales. Tienen rasgos étnicos muy agraciados; son de color claro, casi blanco, y de continente gallardo. Su traje recuerda mucho el de las aldeanas andaluzas, y es tan lindo, que las calles de sus ciudades perderán sin él su nota pintoresca. Yo creo que cuando la raqueta de la civilización pase sobre todo el mundo y se pierda lo t pico, desaparecerá el encanto de los viajes.

Entre los *cholos* bolivianos hay muchos riquísimos que, á pesar de sus grandes fortunas, no han dejado su traje nacional. Llevan las *cholas* varias faldas superpuestas, cortas, que dejan ver los zapatos   los borceguíes, que son de seda en las ricas. La característica es la abundancia de cabello, que no se cortan jams, y sobre el que se colocan un sombrerillo, semejante al de las aldeanas canarias; pero con la particularidad de que lo llevan colocado en ángulo, al modo de los *calaveras*, y no se les cae ni se mueve, aunque no lo sostienen con nada. Llevan también un chal airoso, como nuestros mantones, y las que tienen fortuna van deslumbrantes de joyería de gran valor, que las menos afortunadas usan falsa.

La *chola* es alegre, habladora y muy gesticulante, en oposición con los hombres, más callados y meditativos. Se encuentran multitud de razas diferentes. Son las mismas razas del Perú, pues no hay que olvidar que Bolivia ha sido, hasta época relativamente reciente, *el alto Perú*; pero en vano se buscan esas cabezas en forma de *pil n*, *cuadradas* y *triangulares*, de la época en que se deformaba   los niños dedicados   sus cultos. Lo que se encuentra, lo mismo all  que en el Perú, es una gran mezcla de razas y religiones. Para ver á los indios primitivos hay que



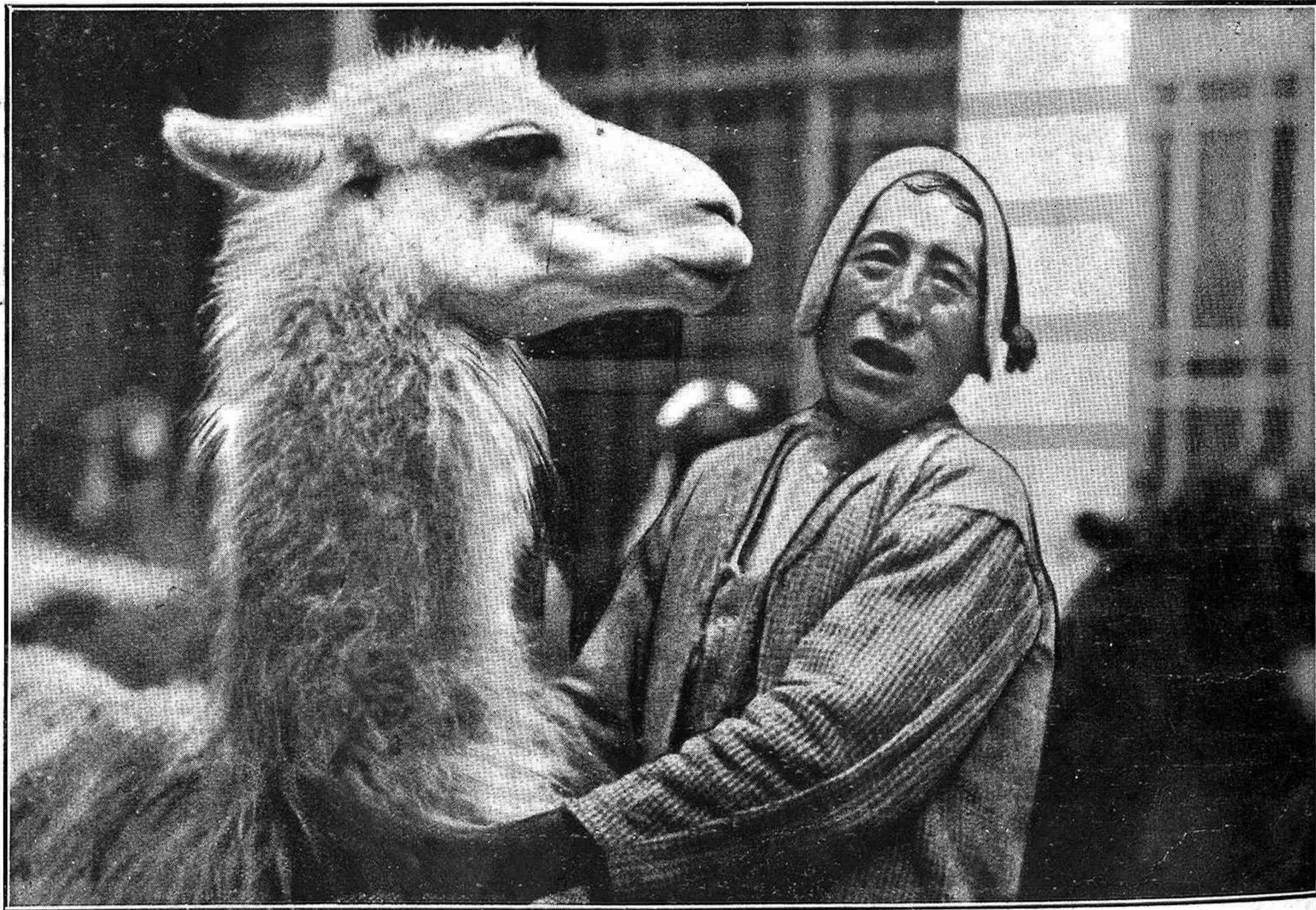
Tipo de indio khechna, de Ayata (Muñecas)

EL prohibir   los *cholos* el uso de su traje nacional, como se dice que quiere hacer Bolivia, no me parece cosa fácil. No hay seres más apegados   sus tradiciones que los indios. En Bolivia existe una gran población de *cholos* que defenderán su indumentaria más celosamente aún que los españoles de antaño defendieron sus chambergos y mostachos.

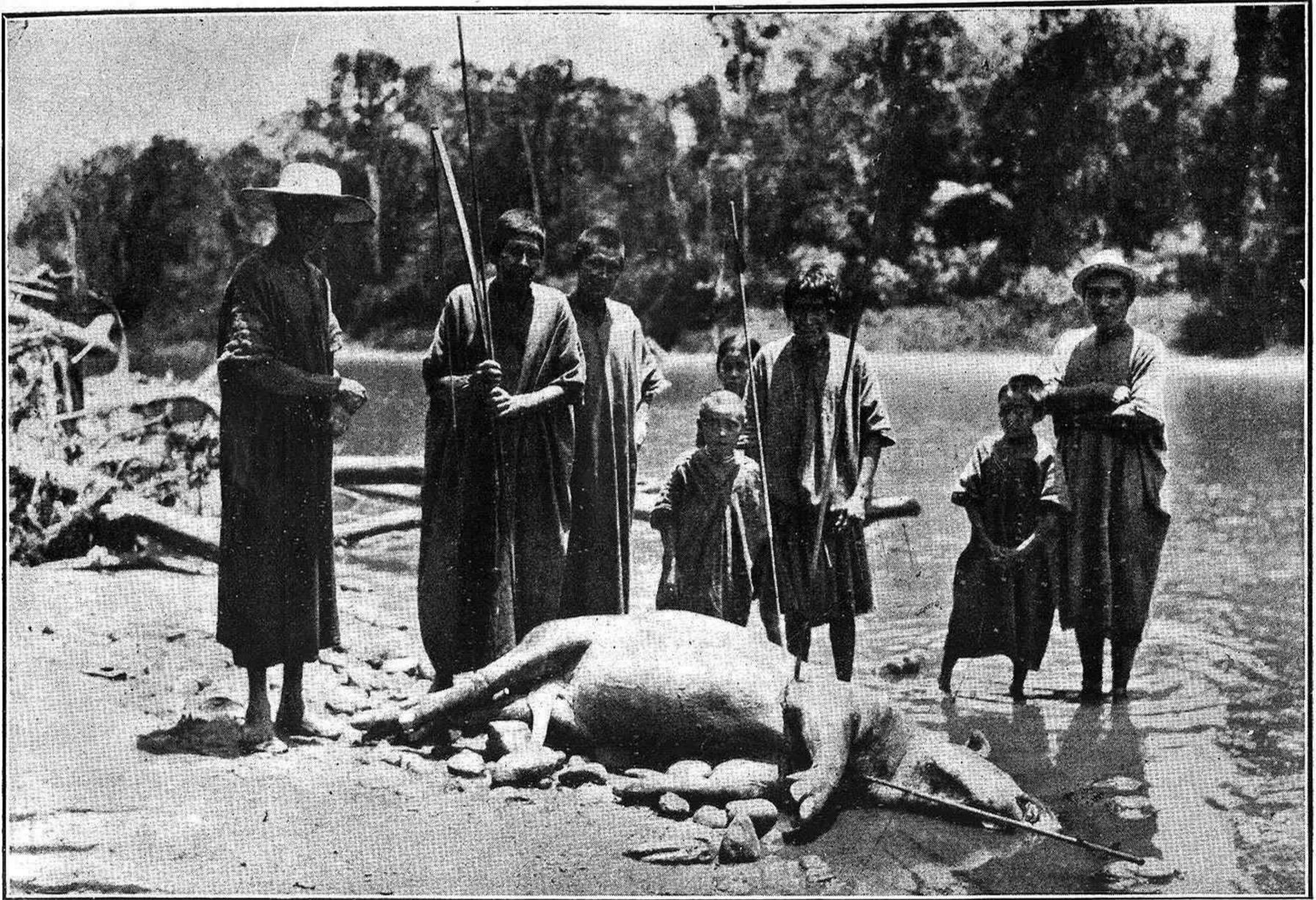
Los *cholos* son el producto de la mezcla de india con español, y tienen tal orgullo de su ori-

ir al interior del país, donde aun existen antropófagos y adoradores del Sol y de divinidades que exigen sacrificios incruentos, á pesar de la labor de los misioneros, en su mayoría españoles: franciscanos, agustinos y pa les, que realizan una admirable misión civilizadora.

Ahora se introduce un nuevo elemento con la inmigración de la raza amarilla. Más de 80.000 chinos y de 100.000 japoneses han entrado por el Perú y siguen llegando barcos cargados del



Tipo de indio aymar , de La Paz, con su llama predilecta



Un grupo de cazadores chimanes, indios bolivianos que en mayor pureza presentan el tipo racial aborígen

Oriente. América va a ser como un filtro de la prolifera raza amarilla que poblará su inmenso territorio.

Los indios de los lugares civilizados tienen ya los usos comunes del país. Por lo general, el indio boliviano es *un poco faquir*, es decir, contemplativo y poco aficionado a realizar trabajos que exijan esfuerzo. En los lugares donde trabajan indios tienen que consentirles el uso de la coca. Ellos apenas comen; pero se sostienen y son dichosos masticando las hojas de la coca, que les da energías para el trabajo y les proporciona después el amodorramiento en que se sumen en ensueños felices.

Se ve a los indios, casi siempre silenciosos, permanecer horas y horas inmóviles en las calles de La Paz ó de Oruro, vendiendo sus mercancías: baratijas y productos del país, entre los que se destaca la imagen de *Lekito*, el ídolo que aun conserva culto, sobreviviendo a los demás antiguos dioses, porque se le piden milagros y concede lo que se solicita, si le dan una reducción de lo que se desea. Así, el que quiere tener un hijo, le ofrenda un muñeco; el que desea una casa, le cuelga una de juguete; y así con todos los objetos. Se ve al idollillo grotesco lleno de ex votos al lado de montones de pieles sin curtir, que traen de la montaña y cuyo precio ignoran; de modo que mientras piden caro por una *vicuña*, dan por algunos céntimos una de esas raras *chinchillas reales* que no se encuentran en casi ninguna parte y tienen más valor que el oro.

La *llama* es como la compañera del indio boliviano. Ya no se las emplea tanto en los lugares donde hay medios de transporte modernos; pero seguirá imperando durante mucho tiempo en el interior del país.

El indio ama a la *llama*; único animal de carga allí antes de que conocieran el burro, la cuida y la mimó. Casi siempre prefiere el indio ir a pie, que molestar a su *llama*.

La *llama* es preciosa para el indio y constitu-



Un trío de músicos aimará, vistiendo el indumento típico

ye su riqueza. Es un animal que participa de las condiciones de la oveja y del camello: con razón se le ha llamado *camello de los Andes*.

De ese modo arbitrario con que se da patente de estupidez a algunos animales, la *llama* tiene en América la fama que en Europa el burro; pero no sabemos hasta qué punto es merecida, pues no parece tan idiota un animal que conoce y ama a su amo y que sabe protestar de los abusos, pues si le cargan siquiera un kilogramo más de lo que tiene costumbre de llevar, se niega a dar un paso.

Durante su vida, la *llama* produce leche, se utiliza su estiércol y da en la época de la esquila unas seis libras de lana; cosa importante en un país donde, en su mayor extensión, se deja sentir duramente el frío.

A la muerte del animal se utilizan también la piel y hasta los huesos, que se emplean en hacer husos y canillas para los primitivos telares. El precio ínfimo de la *llama* hace que pueda servir también de alimento. Su carne, fresca ó seca, cocida con arroz ó con habas, es uno de los principales alimentos.

Tal vez ha motivado la creencia en la estupidez de la *llama* su aspecto de seriedad orgullosa y de cómica majestad. De esto ha nacido también la leyenda que hace que los indios tengan mayor afecto por la *llama*, que realmente representa en su civilización lo que el reno para la nuestra.

Según la leyenda, el espíritu de *Atahualpa*, el soberano inca que sacrificó Pizarro en el Perú, se refugió en el cuerpo de este pacífico animal, el cual tomó desde entonces ese aspecto de altanería triste y llena de majestad para que los conquistadores tuvieran siempre ante la vista la protesta de los vencidos y sintiesen el remordimiento de su injusticia.

CARMEN DE BURGOS

(Colombine)

EL PROXIMO EXTRAORDINARIO DE **L A E S F E R A**

CUADROS

DE

Velázquez, Wan der Weyden, Rubens, Romero de Torres, Labrada, Pietro Belloti, Moisés, Chicharro, Rembrant, Morcillo, Sorolla, Pons Arnau.

ESCULTURAS

DE

Rodín, Benlliure y Wildt.

DIBUJOS

DE

Bartolozzi, Ribas, Echea, Manchón, Ximénez Herráiz, Aristo Téllez, Regidor, Brunelleschi, Guinegaul.

FOTOGRAFIAS

DE

Calvache, Walken, Campúa, Díaz Casariego, Ragel, Lladó, Gárate, Vernacci.



PROSAS

DE

Pérez de Ayala, Hernández Catá, José Francés, Dionisio Pérez, «Clarín», Martí Orberá, Manuel Abril, Alejandro Miquis, Montero Alonso.

POESIAS

DE

Concha Espina, Emilio Carrère, Valero Martín, Goy de Silva, Jurado de la Parra.

RETRATOS

DE LAS BELLAS ACTRICES

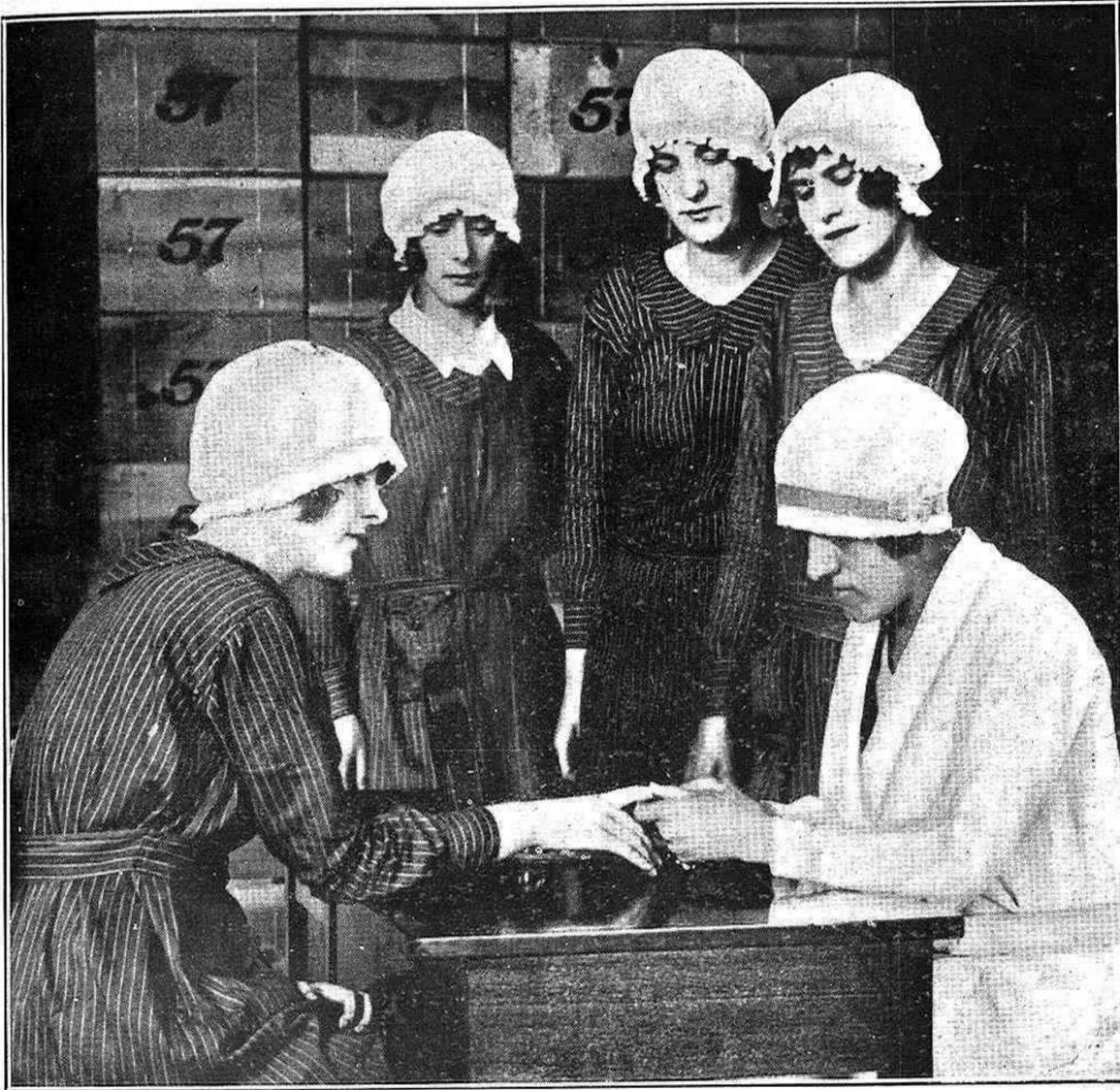
Margarita Xirgu, Rosario Pino, Lola Membri- ves, Concha Catalá, Hortensia Gelabert, Angelina Vilar, María Palóu, Catalina Bárcena, Anita Adamuz, María de las Rivas, Carmen Jiménez, Carmen Ruiz Moragas, Pepita Meliá, Loreto Prado.

Y ADEMAS

ESTA ESPLÉNDIDA COLECCIÓN DE PÁGINAS DONDE SE HAN REUNIDO MAGNÍFICAS OBRAS ARTÍSTICAS Y ADMIRABLES ORIGINALES LITERARIOS, ESTA PRESENTADA CON TAL RIQUEZA Y CON TAN ESCRUPULOSO BUEN GUSTO, QUE SIGNIFICARA EL MEJOR REGALO DE PASCUAS

TRES PESETAS EJEMPLAR

El manicurismo en una fábrica inglesa.



Hay en Harlesdon (Inglaterra) una fábrica cuyo personal obrero y oficinesco es exclusivamente femenino.

Al director de la Empresa, hombre muy refinado en sus gustos, no le placía advertir, cuando su dependencia le entregaba tal cual muestra de los productos elaborados ó algún documento para la firma, que las manos de las muchachas estuvieran mal cuidadas. Aque-

llo no podía continuar. Era atentatorio á la estética y una merma en los prestigios que deben rodear al bello sexo. Y al efecto, dispuso, y así sigue practicándose en la fábrica de Harlesdon, según prueba la fotografía adjunta, que todas las mañanas, antes de comenzar las operarias y empleadas su labor cotidiana, sean cuidadosamente *manicuradas* por una especialista contratada para dicho servicio.

SOMBREROS
CARMEN DE PABLO

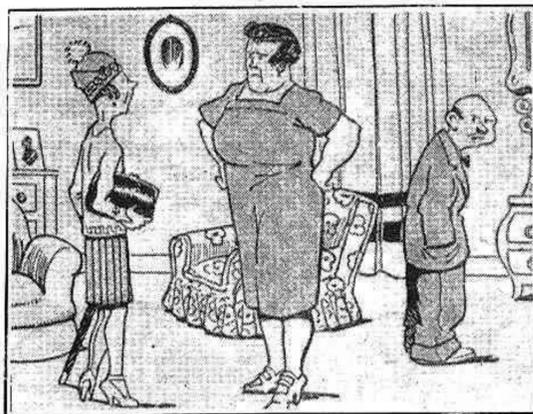


Modelos de París

Alcalá, 66
MADRID

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

NOTA CÓMICA



La señora.—Pues, sí. Mi marido ha dejado radicalmente de fumar.

La amiga.—¡Qué fuerza de voluntad!

La señora.—Ya lo creo que la tengo.

(D: «Pages Folles».—París)

LA EUPNINE VERNADE

El remedio sin igual para los asmáticos ha bajado de precio, y debe venderse á 6,00 pesetas el frasco en todas las farmacias.

PELUQUERÍA RAMOS
DE SEÑORAS



ARTÍSTICOS POSTIZOS PARA SEÑORA
Y BISOÑES DE CABALLERO
TINTES, PERFUMERIA, ADORNOS
MANICURA-MASAGISTA

CASA PERFECCIONADA EN
Ondulación Marcel y Permanente

Teléfono 10667

Huertas, 7 dpdo. Duque de la Victoria, 4
MADRID VALLADOLID

El aprovechamiento
de la «hulla azul»



La utilización de la energía de las mareas es una idea grandiosa que viene siendo acariciada por los técnicos desde hace bastantes años, sin que hasta el presente se haya resuelto el problema de un modo satisfactorio. El principal obstáculo, aparte de la dificultad de emplazamiento de las estaciones de aprovechamiento de la fuerza inmensa del mar, es, según parece, encontrar un sistema de turbinas adecuado al gigantesco trabajo á que han de ser sometidas.

Un ingeniero norteamericano, George E. Fauer, de Los Angeles (California), afirma haberlo resuelto con el juego de turbinas flotantes, capaces de ascender y descender con el flujo y reflujo que presenta en modelo nuestra fotografía. La energía eléctrica almacenada por esta instalación podría hacer frente á las necesidades de una ciudad como Nueva York, Londres ó París.

Déjesele que crezca con

DIENTES PERFECTOS



Ella lo puede hacer si se habitúa a ello permanentemente

UNA sonrisa gloriosa y resplandeciente . . . Dé a su hija este atractivo social. Lo puede hacer cuidando de que sus dientes se mantengan saludables, brillantes y limpios. De este modo no es posible el deterioro.

La mejor manera de hacerlo es usando el dentífrico que limpie los dientes mejor.

Este es el motivo por el cual se hallará miles y miles de personas en todos los países del mundo que comenzaron a usar la Crema Dentífrica de Colgate hace años, y cuyos dientes hoy día son excepcionalmente sanos y hermosos.

Elíjase un dentífrico para su hija tomando en consideración los resultados. Sígase el ejemplo de aquellos que han conservado sus dientes sanos por años.

Simplemente adóptese para el uso de ella el dentífrico más popular entre las personas con dientes bien conservados. El que recomiendan la mayor parte de los dentistas.

Entonces sus dientes serán hermosos. Su sonrisa resplandeciente será admirada,



5 AUTOS POR 25 PESETAS

Sensacional para Reyes

5 autos juguetes mecánicos, nuevo, imitando las gr. marcas vendidas al precio de coste nada más. Se envía fco. porte contra 25 pesetas, giro a casa

Levy, 18, Cours Pasteur, BURDEOS (FRANCIA).

Faltan representantes.

Obra nueva del Dr. Roso de Luna

LA ESFINGE.— Quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos.— Un tomo en 4.º Precio, 7 pesetas.

El elogio de esta notable obra de las 30 ya publicadas por este polígrafo, está hecho con sólo reproducir su índice, á saber:

Prefacio.—El Edipo humano, eterno peregrino.— Los epiciclos de Hiparco y los «ciclos» religiosos.— Las hipótesis.—Kaos-Theos-Cosmos.—Complejidad de la humana psiquis.— Más sobre los siete principios humanos.— El cuerpo mental.—El cuerpo causal.—La supervivencia.—La muerte y el más allá de la muerte.—Realidades «post mortem»: la Huestia-Arcana-coelestia.

De venta en casa del autor (calle del Buen Suceso, número 18 dupl.º) y en las principales librerías.

ECLADOR

BRILLANTE PARA LAS UÑAS

De venta en toda España.

J. LESQUENDIEU PARIS

Exclusiva de las Publicaciones de PRENSA GRAFICA

en la

ISLA DE CUBA

CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE

LA MODERNA POESÍA, Pi y Margall, 135

LIBRERÍA CERVANTES, Avenida de Italia, 62
HABANA

Para anunciar en esta Revista, diríjase á la Administración de la Publicidad de Prensa Gráfica

PUBLICITAS

Avenida Conde Peñalver, 13, entlo.
Apartado 911. Teléf. 16.375. MADRID

Casa en Barcelona: Pelayo, 9, entlo.
Apartado 228. Teléf. 14-79 A.

Cera "JOHNSON"

¿Por qué cada día se vende más la cera «JOHNSON»?

Porque el público ha comprendido las ventajas del empleo de la única cera dura y resistente que existe.

La cera «JOHNSON» es la única cera que no es blanda ni pegajosa, ni deja marcadas las pisadas.

Tamaños desde 1,50 Ptas.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS DROGUERIAS



Agencia general: Gastonorge, C. A., Sevilla, 16, Madrid